

HERENCIA BAJO TU PIEL
Una historia de vida

AMALIA
(1924 – 2001)

LETICIA RODRÍGUEZ ARIZPE
Septiembre, 2025

D. R. © Leticia Rodríguez Arizpe. 2025
Detalle de portada: Creación de
Rubén Alán Sifuentes Rodríguez
con IA.
Impreso en Monterrey, Nuevo León,
México



Amalia Arizpe Guerra, a sus 28 años, en 1953



Amalia Arizpe Guerra, a los 22 años, en 1946

Estamos ligados a nuestros ancestros, aunque no hayamos conocido sus rostros ni escuchado sus voces. Somos el resultado de sus amores, esfuerzos y logros; por eso, hoy valoro sus vidas y honro su historia.

Leticia Rodríguez Arizpe



ÍNDICE

Presentación

Agradecimientos

Momentos del proyecto

PARTE I: AMOR. Historia de vida

1. El lugar donde nació y su familia
2. Tareas domésticas e infancia sin juegos
3. Adolescencia y destino
4. Serenatas sin fin
5. Brazo derecho del abuelo
6. Reencuentro con el amor
7. Hogar propio
8. Las crisis en el hogar
9. Tres castillos en el aire
10. Momentos de angustia y pérdidas dolorosas
11. Nuestra cómplice
12. Una nueva generación
13. Ocaso de la existencia física
14. Su herencia bajo nuestra piel

PARTE II: FUERZA. Herencia ancestral

15. Nuestro origen
16. Retos de un nuevo mundo
17. Tierra, trabajo y religión
18. Linaje y particularidades familiares
19. Árboles genealógicos
20. Apellidos de los ancestros
21. ¿Somos descendientes de Don Diego de Montemayor?

PARTE III: MAGIA. Posibilidad real

22. Dulce María
23. Los ancestros indígenas de la bisabuela Guadalupe
24. Los ancestros blancos de la bisabuela Francisca
25. Amalia
26. Los descendientes de Amalia

ANEXOS

- I. Galería fotográfica
- II. Datos de ancestros
- III. Descendientes de ancestros. Líneas: paterna y materna
- IV. Melodías preferidas de Amalia
- V. Documentos
 - A. Censo de ganado. General Bravo, N. L. 1891
 - B. Artículo: Conozca la historia de los Arizpe, de Bravo, N. L. Periódico El Norte. Noviembre, 1968

Fuentes de consulta

Presentación

La vida de un ser humano es tan fugaz que rápidamente es olvidada después de que termina su existencia. Con el transcurrir del tiempo la persona fallecida deja de estar presente en la mente y en la realidad de los que le sobrevivieron y, peor aún, llega a ser desconocida y ajena para aquellos que vinieron al mundo después de su partida.

Como su primogénita, cuando todavía estoy en este plano terrenal, en un lugar del planeta y en un momento del tiempo, sin conocer cuánto me resta vivir, voy a contar la historia de mi madre. Así quiero honrarla y hacer un homenaje a su vida, como gratitud por lo que hizo de nosotras, sus hijas. Espero lograrlo.

Inicialmente, dedico este libro a mis seis sobrinos, sus nietos; pero luego, lo ofrezco a sus descendientes, para que conozcan y sientan la fuerza de la herencia que ella nos legó y, de algún modo, tengan elementos para comprender algunos rasgos de su propia personalidad. Espero que los que actualmente son mis consanguíneos y contemporáneos puedan compartir esta encomienda con los seres por venir.

Su nombre fue Amalia Arizpe Guerra. Al darnos la vida, ella nos regaló dones que están en los genes que portamos, algunos evidentes y otros en silencio temporal, pero que igualmente pueden transmitirse a las generaciones de sucesores. Es posible que varios de esos rasgos genéticos se manifiesten ocasionalmente, en uno o más de sus descendientes, un día cualquiera, en un momento inesperado y en algún lugar, por ahora, indefinido.

Les cuento la historia de Amalia en este libro, dividida en tres secciones: *Amor*, *Fuerza* y *Magia*. Considero que las tres palabras describen y resumen las características de quien nos trajo al mundo, a mis hermanas y a mí, en el escenario contextual de espacio – tiempo donde coexistimos.

En la sección *Amor*, relato mis recuerdos y los de otros familiares cercanos, en catorce apartados que narran momentos de su vida.

La sección *Fuerza* contiene información de nuestros ancestros directos; aquí separo los datos en siete temas, y a través de ellos cuales explico parcialmente sus orígenes, características y actividades que realizaban. Además, incluyo algunos árboles genealógicos, con seis generaciones de predecesores en común.

La última de las secciones, *Magia*, es una construcción personal ficticia acerca del don que mamá tenía. De manera novelada elaboro una explicación mágica del origen de ese don, de ascendientes a descendientes, en una realidad que pudo ser posible o, ... quizá no.

Empiezo a contar su historia...

Leticia Rodríguez Arizpe

Agradecimientos

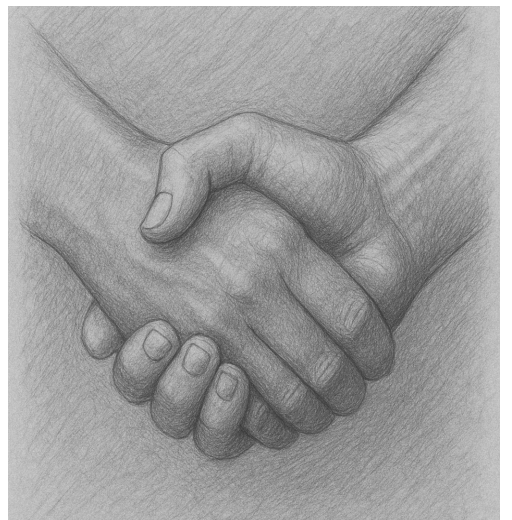
A los tíos Eristeo (†), Serafín, Aurelio (†), Manuela y Esthela Arizpe Guerra, así como a la tía política Dominga Martínez de la Cruz (†), por compartir anécdotas y experiencias sobre Amalia.

A Rubén Alán Sifuentes Rodríguez, nieto de Amalia, por la renovación de antiguas fotografías y por la edición de este libro.

A mi hermana Myrna Elizabeth y a mi cuñado Rubén por ser un enlace con los familiares que aportaron información.

Por sus aportaciones a este libro, con datos y/o imágenes de familiares contemporáneos y de ancestros, gracias a los primos:

Francisca Guajardo Arizpe,
Irma y Olga González Arizpe,
Guadalupe y Norma Arizpe Guajardo,
Jorge Arizpe Maldonado,
Martha González Arizpe,
Adela Guajardo Arizpe y Adelaido Anaya Jr.,
Beatriz Arizpe Martínez,
Esthela Garza Arizpe,
Esthela Rodríguez Vargas,
Juanita de Dios, Rosa Elia y Teresa Martínez Rodríguez,
Mario Treviño Rodríguez,
Javier y Nora Arizpe Rodríguez



MOMENTOS DEL PROYECTO

Si quiero que la conozcan en el futuro, sólo tengo que investigar su pasado y ... mirar en mis recuerdos.

Otoño del 2011

A once años y cinco meses de su partida trato de cumplir una promesa que me hice para honrarla: voy a escribir su historia porque quiero que sus descendientes sepan quién era ella, que le conozcan, aunque sea a través de mis palabras y mi trabajo.

Hoy la evoco y, aunque sé que está en otro plano del ser, comparto que la siento junto a nosotros como un ángel que nos cuida y protege. Mis hermanas y yo tenemos fe y esperanza de que nos escucha cuando le hablamos, en voz alta o en silencio, pero siempre desde nuestro corazón.

Después de su fallecimiento me propuse escribir un libro sobre ella, para sus nietos y la progenie que venga después. He tardado diez años en iniciar la tarea porque otras tareas y compromisos ocuparon mi tiempo y detuvieron el avance. Ahora, las circunstancias laborales me dan un espacio de tiempo para retomar este pendiente.

Quizá no empecé antes porque no me sentía lista para ello. Su ausencia aún me duele y le extraño. Ella era el motivo mayor que generaba mi energía, era mi razón para trabajar más y esforzarme, para seguir adelante.

No intento elaborar un texto de desahogo, aunque la escritura va a resultar útil en ese sentido. Tampoco quiero escribir una biografía típica de datos sueltos; por el contrario, deseo contar

su vida haciendo una descripción del ambiente lleno de magia y amor en el cual nos crio. Trataré de no abusar de mi sensibilidad, pero creo que será inevitable.

Espero lograr mi meta y entusiasmar a los que lean mis palabras. Los hijos de mis hermanas y sus vástagos deben tener una imagen clara de quien fuera su abuela, de su contribución a nuestras vidas, y la tendrán a través de mis relatos. Confío en que cada uno de ellos descubra en su interior, qué les motiva e impulsa a tratar de lograr ser lo que desean, en su presente y en su futuro.

Para dibujarle en palabras he debido investigar el pasado, recordar las historias que contó, consultar datos y preguntar a quienes le conocieron. Tal vez no consiga toda la información que requiero, pero supliré lo faltante con mis recuerdos y mi fantasía.

Primavera del 2017

Por casi seis años dejé en pausa la redacción de la historia, aunque continué esporádicamente buscando información sobre su familia y la de su esposo, los Arizpe y los Rodríguez, sin olvidar a los Guerra. Algunos de mis primos y tíos supieron de mi intención y aportaron fotos de gran valor sentimental. Ese material gráfico va a complementar mis relatos y seguramente provocará en los lectores la evocación de un pasado no vivido, pero determinante en la forja de la herencia bajo nuestra piel.

Mi agradecimiento a los parientes que me hicieron llegar las fotos de la abuela Julia Guerra de Arizpe siendo una adolescente y de la abuela Avelina Rodríguez de Rodríguez con sus hermanos y el bisabuelo Agustín. Son joyas de la historia familiar.

En este intervalo de seis años sufrimos la muerte de seres queridos, parientes por consanguinidad o por alianza legal, de ambos lados; es una prueba indiscutible de que la existencia humana es temporal.

Una vez superados los problemas de salud que padecí recientemente seguiré con el proyecto. Estoy agradecida con Dios por darme la oportunidad de continuar adelante. Los tratamientos requeridos para sanar provocaron mutilaciones en mi carne, pero a la vez, incrementaron mi fe en la divinidad. Las experiencias personales durante la enfermedad se convirtieron en recordatorios de la permanencia temporal del cuerpo en la tierra, efímero y con fecha límite, aunque se desconozca.

Ahora, retomo la tarea, me fortalezco interiormente al revivir mis recuerdos y aprecio la extensión de vida que se me otorga; la aprovecho para contribuir a la trascendencia de Amalia en el tiempo. Hoy reanudo la escritura de su historia.

Primavera del 2021

He tenido la fractura de mi húmero derecho. Es raro que intente ahora continuar mi proyecto pendiente; tal vez se deba a la sensación de fragilidad en la que me encuentro. Me recuerda que no somos eternos y que nuestra vida puede acabar de pronto.

La pérdida de seres queridos duele, en este caso, durante la pandemia del COVID – 19, por este maldito virus y otras causas más. En este año la cuenta de los Arizpe y de los Rodríguez mermó, aunque también creció con la llegada de nuevos miembros a las familias de las generaciones más recientes. No hay duda, la vida sigue su curso y la historia

humana continúa indefinidamente. Ahora, debo apresurarme, retomar el proyecto y culminarlo.

Primavera del 2022

Con cincuenta años cumplidos de vida laboral docente decidí que ya era suficiente tiempo dedicado a otros. Por las obligaciones de mi empleo, al tener que atender las clases a distancia por la pandemia, postergué mi trámite de jubilación para el mes de enero.

Soy aficionada a la numerología y, ahora, es el elemento que de alguna manera determina el cierre de mi compromiso laboral. Siempre he atribuido a la combinación de los números 2, 2 y 2, a mi alrededor, una señal de buena suerte y, esta no fue la excepción; entregué papelería para tramitar la jubilación, el 2 de febrero del año 2022.

Recibí la primavera de este año, jubilada. Ya tengo tiempo libre para cumplir mi sueño: escribir la historia de vida de mi madre. Si Dios me lo permite, voy a lograrlo.

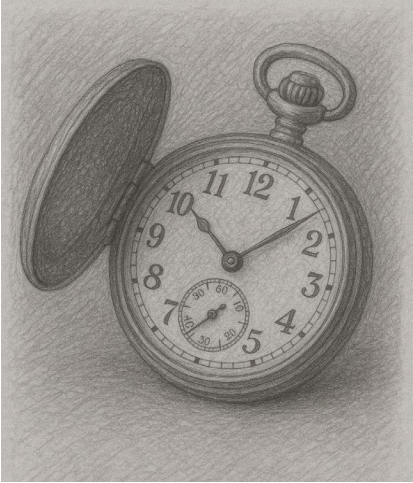
Mayo del 2025

En septiembre del 2024 se cumplieron 100 años del natalicio de mamá. Yo ansiaba terminar mi obra previamente y hacer su publicación para celebrar este acontecimiento; sin embargo, el tiempo y la información que fui agregando al ampliar la idea inicial, hicieron más lento el avance y el tiempo resultó insuficiente para alcanzar la meta.

Tardé un año más de lo previsto. Estoy por concluir la tarea pendiente, la obra ya está en proceso de revisión. Si las circunstancias de logística lo permiten, los destinatarios de esta obra la recibirán en sus manos en los próximos meses, a 24 años después de la partida de Amalia a una nueva vida.

Para ti, por tu cariño, por regalarnos la vida y tus dones, ...
gracias, mamá.

Leticia Rodríguez Arizpe



PARTE I:
AMOR. Historia de vida



1.El lugar donde nació y su familia



Hija y nieta de labradores, la segunda hija de la familia Arizpe Guerra nació y creció en el medio rural del este de Nuevo León.

Amalia nació en el Rancho del Toro, hoy municipio de General Bravo, en el estado de Nuevo León, México. Siempre creyó que había venido al mundo el 19 de septiembre de 1924, sin embargo, su acta oficial de nacimiento consigna el 8 de septiembre de ese mismo año. La fecha en la que ella celebraba su cumpleaños era, en realidad, el día en que fue registrada en el Registro Civil.

El territorio de General Bravo está ubicado en la región oriental de Nuevo León, y colinda con los municipios neoloneses de China y Dr. Coss, así como con Reynosa y Díaz Ordaz, pertenecientes al vecino estado de Tamaulipas. El origen de este poblado se remonta aproximadamente al año de 1790, cuando se estableció el Rancho del Toro; al tiempo esta localidad fue conocida también como Rancho del Toro de Abajo y, más tarde, como Villa de San Juan Bautista. Fue el 18 de noviembre de 1868 cuando obtuvo oficialmente la categoría de municipio, tras ser autorizada su separación de la Villa de China. Tal fecha resulta relevante para comprender por qué muchos de nuestros antepasados fueron registrados como originarios de China, al nacer en el antiguo Rancho del Toro, antes de ser elevado a la categoría de municipio.

Los padres de Amalia fueron Pedro Arizpe Guajardo y Julia Guerra Rodríguez. Él, viudo a los veinticuatro años, tenía una hija de su primer matrimonio, Porfiria, de tres años. Pedro y Julia contrajeron matrimonio el 14 de noviembre de 1921 en la

comunidad de Rancho Verde, del municipio de China, Nuevo León.

La familia Arizpe–Guerra estuvo compuesta por trece hijos. Los hermanos de Amalia fueron: Porfiria, Elida, Ofelia (Fela), Eristeo (Teo), Aurora, Valeria, Silvano, Criselda (Chela), Aurelio, Manuela (Mela), Serafín y Esthela.

De acuerdo con registros documentales, la tía Porfiria permaneció viviendo en casa de su abuela paterna, la señora Teodora Guajardo —madre del abuelo Pedro—, tras el segundo matrimonio de su padre. Esta información resultó confirmada en los documentos del censo nacional de 1930, cuando la niña tenía doce años; además, el acta de su matrimonio consigna que dicha ceremonia se celebró en ese mismo domicilio. En realidad, las viviendas de ambas familias, la de Pedro y la de su madre, estaban muy próximas una de la otra, a unos trescientos metros, en el mismo barrio de General Bravo.

Los abuelos paternos de Amalia fueron Felipe de Jesús Arizpe González y María Teodora Guajardo Cantú, originarios de Cadereyta Jiménez y de China, respectivamente, en el estado de Nuevo León. Esta pareja estableció su hogar en General Bravo en 1875. Según describió el tío Eristeo, “el bisabuelo Felipe era chaparrito, al igual que él mismo, y la bisabuela Teodora también era bajita; ella criaba cerditos”. Desde 1914, Teodora se quedó viuda y, al paso del tiempo, casó a los hijos solteros que le quedaron. En el censo de 1930 todavía vivían con ella su hija Juana, la hija de esta —Nazaria—, y la tía Porfiria.

Los abuelos maternos de Amalia fueron José Plácido Guerra Flores y María Severina Rodríguez Gracia, nacidos en el municipio de General Bravo, aunque sus familias están

registradas como habitantes del municipio de China, donde la pareja se casó en 1896.

De todos los hijos de Pedro y Julia —excepto Elida, quien falleció en el parto junto con su bebé—, el resto alcanzó la mayoría de edad y se casó. Los enlaces matrimoniales de los hermanos y hermanas de Amalia fueron los siguientes:

En Gral. Bravo, N.L. se casaron: Porfiria y Pedro Guajardo Anaya en 1939, Elida y Martín Anaya Guajardo en 1942*, Ofelia y Antonio González Rodríguez en 1946*, Eristeo y María Dolores Guajardo Moya en 1950*, Criselda y Alejandro González Salinas en 1952, Amalia y Tomás Rodríguez Rodríguez en 1954, Aurora y Regino González Rodríguez en 1954*, Aurelio y Juana Cázares Garza en 1960*, Esthela y Anastasio Garza Anaya en 1964, y Manuela y Eugenio Guajardo Garza en 1966.

Silvano se unió a María Blanca Maldonado Tamez en 1959, en Cd. Mier, Tamaulipas; Valeria a José Héctor Treviño Acuña en 1956* en Monterrey, N.L. y Serafín contrajo nupcias con Dominga Martínez de la Cruz en 1966, en Reynosa, Tamaulipas.

Algunos de los esposos de las hermanas Arizpe trabajaban en Estados Unidos como jornaleros agrícolas, principalmente en Texas. Aunque su residencia familiar estaba en General Bravo, se trasladaban por temporadas con esposa e hijos al vecino país. Criselda y Silvano emigraron definitivamente a Estados Unidos, donde obtuvieron la ciudadanía norteamericana y establecieron su hogar. El esposo de Porfiria trabajaba en Pemex; de ahí lo enviaban a algún lugar del país, donde permanecía recluido por varias semanas; luego regresaba al pueblo natal durante una breve licencia de descanso. La única información que pude obtener de Elida fue la de que

* Año estimado

fallecieron ella y su primogénito durante el parto, al poco tiempo de su casamiento.

Los tíos Eristeo, Aurelio, Aurora y Serafín permanecieron en General Bravo. Aurora y su esposo se dedicaron a la cría de ganado vacuno y caprino. Eristeo fue agricultor, criador de caballos y comandante de la policía rural en varias administraciones. Aurelio trabajó con su padre en la siembra, la cría de aves y cerdos, y también se ocupaban de trabajos de herrería, como la fabricación de cinchos metálicos para carretas y herraduras para los caballos; además, este mismo tío era contratado para sacrificar animales (cabras, cerdos y reses) y proveer la carne para los guisos y platillos que se servían en distintos eventos sociales. Serafín se dedicó a la construcción de viviendas, donde destacó como arquitecto empírico; era constructor de casas de block, un material cuyo uso empezó a generalizarse en el municipio a finales de los años cincuenta.

Una de las habilidades más notables de las mujeres de la familia Arizpe–Guerra fue la confección de ropa. Aunque todas sabían coser, Valeria, Criselda y Manuela figuraron como modistas profesionales, en Monterrey, San Juan (Texas) y General Bravo, respectivamente.

Puedo afirmar que una cualidad distintiva de todas las familias formadas por los hijos e hijas de Pedro y Julia fue su gran capacidad de trabajo. La vida no fue fácil para algunos de ellos, pero todos supieron salir adelante con dignidad, oficio y determinación.

De los hijos de los abuelos Pedro y Julia nacieron 82 nietos:

- 7 de Porfiria: Genaro, Teodora, Arnoldo, Nina, Dora, Teresa y Francisca Guajardo Arizpe.

- 3 de Amalia: Leticia, Myrna Elizabeth y Sanjuanita Rodríguez Arizpe.
- 6 de Ofelia: Dámaso, Delia, Daniel, Adán, Roel, y Guadalupe González Arizpe
- 10 de Eristeo: Elida, Roberto, Gloria, Martha, Concepción, Norma, Pedro, José, Guadalupe y Eduardo Arizpe Guajardo.
- 11 de Aurora: Olga, Irma, María, Elías, Lauro, Enrique, Reyes, Miguel Regino, Javier, Hernán y Sergio González Arizpe.
- 2 de Valeria: Jaime y Ramona Treviño Arizpe.
- 9 de Silvano: Bertha, Sandra, Leticia, Rosa, Rodolfo, Marcos, Jorge, Israel e Isela Arizpe Maldonado.
- 1 de Aurelio: Ramiro Arizpe Cázares.
- 15 de Criselda: Ramón, Mirthala, Martha, Rosa, Rigoberto, Rubén, Crissy, Magie, Mina, Mary, Reynaldo, Raúl, Jesús, Rolando y Roel González Arizpe.
- 8 de Manuela: Maribel Albeza, Maritza Adelita, Aleyda, Francisco, Pedro, Verónica Alejandra, Eugenio y Jaime Guajardo Arizpe.
- 4 de Serafín: Artemio, Beatriz, Nereyda y Luz María Arizpe Martínez.
- 6 de Esthela: Mireya, Jaime, Mina, René, Anastacio y Esthela Garza Arizpe.

Varios testimonios dan cuenta del carácter y habilidades de los familiares de Amalia. El profesor Juan Quiroga Arizpe, por ejemplo, escribió en 1968 lo siguiente sobre Pedro Arizpe Guajardo:

“Pedro Arizpe Guajardo, el otro hermano de Antonio, José y Felipe, es el hombre más honrado y más trabajador (sic) de Gral. Bravo, incansable trabajador en lo que salga, siempre ha dado gusto a los que les ha servido, exquisito y rápido en todos sus trabajos y cuando llega a la casa descansa arreglando anzuelos y trampas para esas actividades y es el

hombre en la región que ha cogido más castores, coyotes, tejones, zorras, así como los más interesantes peces.” (Quiroga, 1968)

También dejó una reseña sobre las habilidades acuáticas de los Arizpe:

“Los Arizpe, hombres y mujeres han sido muy buenos nadadores, en tiempos de lluvias y cuando el Río de San Juan, el más caudaloso del Estado, viene muy crecido, son los únicos que se confunden con los peces, sacando de las broncas aguas muchos objetos que son arrastrados por las aguas del enfurecido río.” (Quiroga, 1968)

Otro de los hermanos de Pedro, Antonio Arizpe Guajardo, practicaba la medicina de manera empírica, con ayuda de los libros heredados de su tío Tomás Arizpe. Sobre él, Quiroga escribió:

“Antonio, ... fue un hombre muy estimado por todas las gentes de la región, fue agricultor y se dedicó a la medicina, auxiliado con los interesantes libros que le dejó su tío Tomás Arizpe, hermano de Felipe, mi bisabuelo, en una bestia mular se le veía con frecuencia recorriendo las rancherías de China, General Bravo y Dr. Coss, curando a las gentes pobres, nunca cobraba sus servicios, pero nunca le faltó que (sic) comer, ya que las gentes le pagaban con cabritos, pollos, cerdos, etc”. (Quiroga, 1968)

El Dr. Hernán Salinas relató una anécdota, de 1946, aproximadamente, sobre Don Antonio, que ilustra el cambio de época en la medicina del pueblo.

D. Antonio, ya muy anciano, estaba por ser operado y había sido anestesiado con Raquia (sic), por lo que se daba cuenta de lo que pasaba a su alrededor. Antes de iniciar, el cirujano le preguntó, un poco irónico: ¿qué es lo que cree que tiene D. Antonio?, a lo que él contestó rápidamente: “Es una tripa torcida doctorcito” ... En

realidad, todo indicaba que el paciente tenía un tumor maligno. Aunque la operación resultó bien, el enfermo murió a los pocos días ... El cirujano médico que lo operó era el joven Dr. Méntor Tijerina de la Garza. (Salinas, C. H. 1966. Pp. 131-132)

Finalmente, se sabe que uno de los antepasados de la familia, Antonio Arizpe, formó parte del segundo cabildo municipal en 1870, cuando Matías Salinas era alcalde de General Bravo, según notas del doctor Hernán Salinas (Salinas, C. H. 1966:43). Por la fecha, se trató del Sr. Antonio de Arizpe Saldaña, bisabuelo de Amalia, fallecido en 1890.

Como dato curioso, comento que, en el panteón de General Bravo, a la entrada del cementerio original (antes de la ampliación más reciente), reposan los restos de los abuelos paternos de Amalia. Sus tumbas están marcadas con mausoleos en forma de columna. Se cuenta, al interior de la familia, que Don Felipe dispuso ser enterrado justo en la entrada de ese viejo camposanto, y que bromeando al respecto decía: “Así, todos se quitarán el sombrero al pasar ante mí”.



2. Tareas domésticas e infancia sin juegos

Sin mucha libertad para jugar, ella adquirió las responsabilidades de un adulto, a muy temprana edad.

La casa de los abuelos Pedro y Julia estaba compuesta por varios jacales, un patio central y dos grandes corrales. El jacal más amplio servía como dormitorio, pero también como bodega durante las cosechas: ahí se almacenaban sandías, melones y calabazas. A su derecha se encontraba el jacal que fungía como cocina, donde la familia se reunía para comer; enseguida había otro espacio de terreno donde alguna vez estuvo un tercer jacal que colindaba con la propiedad del tío Teo.

Otros dos jacales estaban dispuestos perpendicularmente alrededor del patio. En uno de ellos se guardaban herramientas y objetos en desuso; también era utilizado como cuarto de baño, pues ahí se aseaba la familia utilizando cubetas y un botecito para rociar el agua sobre el cuerpo. Adjunto estaba el último habitáculo; ahí vivieron durante sus primeros años de casados los tíos Aurelio y Juana.

En mi memoria persiste la imagen de un árbol, no muy alto, que se alzaba entre la última vivienda y uno de los corrales. Al atardecer, las gallinas trepaban entre sus ramas para dormir, tal vez buscando resguardo frente a los depredadores nocturnos.

Antes de casarse, en 1966, el tío Serafín construyó su propia casa, a un lado de la de los abuelos Pedro y Julia, entre la antigua cocina de sus padres y el terreno del tío Teo.

La tía Elida fue la primogénita del matrimonio Arizpe–Guerra; Amalia llegó después. Luego nacieron los demás hermanos. La abuela Julia solía decir que amamantaba a sus hijos por más de un año y que, durante ese tiempo, ella no quedaba embarazada. Atribuía a esa práctica la causa de que sus partos ocurrían cada dos años. Hoy sabemos que tal creencia carece de sustento científico.

Ignoro si Elida compartió con Amalia la tarea de cuidar a sus hermanos menores, pues se casó muy joven. Porfiria, por su parte, vivió la mayor parte del tiempo con su abuela Teodora. Así que Amalia, siendo de las mayores, debió asumir muchas responsabilidades desde temprana edad, como el ayudar con la crianza de sus hermanos y realizar diversas labores domésticas.

La vida en la primera mitad del siglo XX fue muy diferente a la que hoy se conoce. En las vacaciones que pasé en el pueblo durante los años sesenta, en mi infancia, me impresionaron las tareas tan pesadas que realizaban las mujeres adultas.

Por ejemplo, no había agua potable en las casas. Cada día se debía acarrear agua desde un canal cercano, para beber y asear. No recuerdo haber visto que se hirviera ese líquido, sólo ví que se colocaba en cántaros de barro asentados sobre leños en el jacal grande, tal vez, con la intención de que las impurezas se sedimentaran al fondo de su contenedor.

Si alguien quería bañarse en casa debía traer el agua del canal o del río. En el jacal destinado a ese propósito, la misma persona procuraba recolectar el agua jabonosa empleada para luego reutilizarla en el riego de plantas o para humedecer el patio de tierra. Las mujeres lavaban la ropa de uso cotidiano en casa, pero llevaban al río San Juan las prendas pesadas, como colchas y cobijas.

En la cocina, los trastos se lavaban en una palangana. Se recolectaba el agua utilizada y se separaban los restos de comida para alimentar a los cerdos. Cada mañana se barría y regaba el extenso patio de tierra con el agua reciclada.

Uno de los corrales se utilizaba para almacenar el rastrojo, es decir, los residuos de las cañas del maíz después de quitar las mazorcas. Entre esos montones de follaje, las gallinas escondían sus nidos. El otro corral estaba dividido en tres zonas: una pequeña, al frente, donde la abuela criaba cerdos; otra a la derecha, para trabajos de herrería; y una tercera más extensa, para encerrar el ganado.

Las tortillas eran el alimento base de cada día; su preparación comenzaba con el desgranado de mazorcas. Luego se hervía el maíz para ablandarlo y se molía a mano con un molino metálico, accionado con fuerza manual. La masa resultante servía para hacer tortillas de maíz. Las tortillas de harina también se elaboraban en casa, todas las mañanas, con el producto comercial que se vendía en una tienda cercana; eran hechas por la abuela Julia, con gran habilidad. Aclaro que, mi madre nunca tuvo la destreza de su progenitora en este oficio.

Otra de las rutinas matutinas consistía en recorrer los corrales buscando huevos entre el rastrojo, en los nidos de las gallinas, para el consumo diario.

La comida se cocinaba en un fogón de leña; era una estructura de aproximadamente un metro de alto. En la base se encendían los leños y, cuando estos se convertían en brasas, se colocaba una parrilla de hierro encima para sostener las ollas, el comal de las tortillas o la jarra del café.

Era un placer desayunar en casa de la abuela Julia: gordas de harina untadas con mantequilla, acompañadas con café de

grano molido y leche recién ordeñada, servidas junto al fogón. Las tortillas sobrantes del desayuno eran colocadas fuera del alcance de los niños, en una canasta colgante del techo.

El fogón y su chimenea tenían paredes de adobe. La tapia trasera daba a la calle, protegida por una cerca de troncos. Cuando mis primas y yo nos sentábamos sobre esa cerca a ver el atardecer, podíamos recargar la espalda contra la pared sin sentir calor, pues en ese momento solo quedaban algunas brasas encendidas en aquel horno rudimentario.

La leña era responsabilidad de los jóvenes. Ellos rajaban los troncos con hachas. En mis recuerdos, veo al tío Serafín y a la tía Esthela realizando esa labor. Amalia también contó que, durante su soltería, muchas veces ejecutó esa tarea.

Conforme crecían las hijas asumían tareas en el hogar. Había un rol semanal de actividades: alimentar a las gallinas y cerdos, barrer, acarrear agua, lavar, tender, planchar, cocinar, coser con aguja e hilo, rajar leña, moler maíz y preparar tortillas, entre muchas otras.

Antes de 1965, la casa no tenía drenaje. Se usaban fosas sépticas que, al llenarse, se cubrían con cal y tierra. Poco antes de ser requerida, se hacía una nueva excavación para sustituir a la anterior, siempre en algún espacio del corral izquierdo. Fue entre 1962 y 1963 que se empezó a instalar el drenaje en General Bravo. La casa de la tía Porfiria fue de las primeras en contar con sanitario con agua corriente. Pasarían algunos años más, antes de que la casa de los abuelos tuviera una llave de agua; esta dio servicio también a los tíos vecinos. Más adelante, el tío Serafín construiría un baño con regadera y sanitario.

En los primeros años de la década de 1960, tampoco había electricidad. Las calles y casas eran alumbradas con lámparas de petróleo o quinqués. En la vivienda de Pedro y Julia se encendían dos de esos objetos, uno en la cocina y otro en el jacal

principal, los cuales se apagaban temprano, entre 8 y 9 de la noche, antes de ir a dormir.

Para desarrugar ropa, se usaban planchas de hierro que se abrían por arriba y se llenaban con brasas. La familia tenía dos, para usarlas alternativamente, sin interrumpir el trabajo; mientras se planchaba con una, la otra era rellenada.

Los hombres de la familia se dedicaban a las faenas del campo y a la ganadería. De lunes a viernes, salían a la “labor” (o parcela) antes de las siete de la mañana en carretas tiradas por bueyes, y regresaban por la tarde, tras sembrar, regar o cosechar.

Amalia estudió en la primaria del pueblo, pero no terminó los seis grados. Alguna vez comentó que solo había cursado hasta cuarto, y en ese entonces ya tenía más de 12 años. Fue allí donde conoció a quien tiempo después sería su esposo, a Tomás Rodríguez Rodríguez. Ellos tuvieron un breve noviazgo durante la adolescencia. Después, él se mudó a Monterrey y dejaron de verse. Según recuerda la tía Esthela, Amalia tenía casi quince años cuando se separaron y volvió a verlo casi quince años después, cuando ella estaba por cumplir treinta.

Ni Amalia ni sus hermanas continuaron los estudios de secundaria. Las exigencias del hogar y la forma de pensar del abuelo Pedro lo imposibilitaron. Él sostenía que la educación era para el varón, quien era responsable de mantener a la familia, mientras que la mujer sólo debía aprender los quehaceres del hogar. Recuerdo que una vez, escuché al abuelo repetir un refrán de su época: “La mujer, como la carabina: cargada y en la esquina.” Esta frase indica, de cierto modo, la visión sumisa y restringida que se asignaba a la mujer, a la mitad del siglo XX.

3. Adolescencia y destino

Cuando ella fue adolescente tuvo problemas de salud que le causaron fiebres muy altas y caída del pelo; al aceptar un don que le ofrecían, sanó completamente.

La adolescencia de Amalia resultó difícil pues tuvo que superar malestares que afectaban seriamente su salud. Fue un tiempo de fiebres altas, visiones extrañas y pérdida total de su cabello. En la actualidad esos síntomas podrían explicarse como manifestaciones de alguna enfermedad infecciosa acompañada de alucinaciones, pero en su época —entre los años 1935 y 1940— se interpretaron como señal de que ella estaba siendo acosada por seres sobrenaturales.

En aquellos momentos de malestar, Amalia relataba que veía figuras que otros no. Bajo su estado febril, tuvo repetidas visiones: jinetes y reyes de la baraja española que le hablaban y le pedían aceptar el don que le ofrecían. Las “apariciones” se repitieron durante días, hasta que ella, ya agotada, accedió verbalmente. A partir de ese momento, su salud mejoró repentinamente: la fiebre cesó, su cabello comenzó a crecer nuevamente y, sin explicación médica, ella recuperó por completo su vitalidad.

Después de aquellos episodios y su repentina recuperación empezó la lectura de cartas. La joven Amalia podía anticipar sucesos importantes para familiares, amistades, e incluso para algunas de sus maestras de escuela. No sabemos si aún era alumna cuando desarrolló ese don, pero su habilidad fue conocida en pocos días, por todos los que estaban a su alrededor.

Setenta años después de aquellos sucesos que le transformaron la vida, al entrevistar a sus hermanos, reunimos testimonios sobre lo que ella vivió. La tía Mela recordó que Amalia, en algunos de esos momentos de crisis, gritaba desesperadamente que era atacada por criaturas extrañas: lagartijas enormes y monstruos que la herían. Su piel aparecía marcada con rasguños y moretones, especialmente en las costillas y la espalda, aunque nadie más veía a los supuestos agresores.

También contó que, antes de tener las visiones, alguien le había regalado una medalla que contenía grabados de los cuatro ases de la baraja española. Cuando ella se la ponía, – nos dijo –, parecía entrar en trance y sentía el impulso de leer la baraja.

El tío Serafín compartió otro dato interesante con mi hermana Myrna y su esposo Rubén durante una entrevista. Dijo que los abuelos creían firmemente en la existencia del “mal de ojo”, la brujería y los curanderos. Por ello, buscaron la ayuda de un hombre que aseguraba tener el poder de sanar. Este señor visitó a Amalia y colocó sus manos sobre la cabeza de la adolescente; a partir de ese momento comenzó la mejoría y la práctica de lectura de cartas.

Es posible que todas las acciones, desde los remedios caseros de la abuela, los efectos de aquella medalla, el poder sanador del curandero, o hasta la autosugestión de aceptar un “don”, sumadas a otras medidas científicas, en conjunto, todas hayan contribuido a desaparecer la enfermedad.

Después de su matrimonio, cuando Amalia regresaba al pueblo natal llevaba consigo su baraja española porque sabía que la gente, al enterarse de su llegada, iría a buscarla a la casa de sus padres, y le solicitaría una lectura de su baraja.

Nunca cobró por hacerlo, pero pedía simbólicamente al menos un peso “para que lo dicho se cumpliera”. A lo largo del tiempo, fuimos testigos de innumerables aciertos en sus predicciones, y de cómo su fama se extendía entre familiares, vecinos, compadres y desconocidos.

En mis recuerdos resuenan algunas de las frases más frecuentes durante una lectura de cartas. Por ejemplo, estaban: “Un morenito ronda tu casa, te esperará a que salgas”; “En tu trabajo hay chismes, pero no pasará nada”; o “Compra un boleto de lotería terminado en....”, aludiendo a la cifra de la carta de oros que aparecía junto a la figura que representaba al solicitante en turno.

Lo más relevante de cada lectura particular eran los comentarios que venían a su mente intempestivamente; por ejemplo, en los casos de personas que habían extraviado objetos o dinero, ella les decía dónde buscar o, de plano, que ya no los recuperarían. Así fue la historia narrada por el tío Eristeo, quien contó que cuando su primo Abel le preguntó acerca de un dinero que no encontraba, Amalia le respondió que el dinero seguía en su misma casa porque quien le había robado era su propia esposa.

La tía Esthela relató una historia personal. Ella contó que poco antes de su boda, visitó a mamá en Monterrey y le pidió una lectura. Amalia le dijo con firmeza: “No te vas a casar pronto, porque va a haber cuatro muertos en la familia.” A los pocos meses, murieron los tíos José Guerra, José e Inés Arizpe, y otro pariente cercano del prometido. La boda, naturalmente, se pospuso más de un año.

Yo misma presencié otros hechos sorprendentes. Una vecina acudió a consultar por una joya extraviada. Amalia le dijo que no se la habían robado, que buscara en el bolsillo de un saco

olvidado en un ropero. Al día siguiente, la señora regresó agradecida: la joya estaba ahí, exactamente donde se le indicó.

Algunas de las visiones no provenían de la baraja, sino de sus sueños. Una vez soñó que el tío Aurelio intentaba levantar un toro echado en el suelo; lo jalaba de la cola, y esta se le desprendía sin lograr mover al animal. Al siguiente día, antes del mediodía, Amalia recibió la noticia de su pueblo: el tío Aurelio vivió la escena exacta de aquel sueño.

No todas sus premoniciones eran favorables al interlocutor. Me acuerdo que cuando yo trabajaba como maestra en una escuela primaria de Monterrey, algunas de mis compañeras, curiosas por el don de mi madre, acudieron a consultarla. Una de ellas escuchó algo inquietante. Mamá le preguntó si tenía un hermano güerito con planes de viaje. Al recibir una respuesta afirmativa, ella le advirtió que debía tener mucho cuidado, pues se avecinaban peligros (había salido el as de espadas junto con la carta que representaba al hermano, el jinete de oros). Esa misma semana, el joven falleció en un accidente automovilístico.

Durante su vida, Amalia se convirtió en consejera de muchas personas. Algunas acudían por curiosidad, otras en busca de orientación genuina. Siempre ofrecía palabras de consuelo, advertencias prudentes o respuestas serenas. La mayoría de sus consultantes eran mujeres. La visitaban por temas sentimentales, laborales o familiares. Los casos más difíciles giraban en torno a infidelidades, enfermedades terminales o pérdidas irreparables. Siempre estuvo ahí, disponible para escuchar y dar alguna esperanza a quien requería palabras de aliento o tranquilidad ante una situación desesperada.

Nosotras, sus hijas, también le solicitamos la lectura de sus cartas. Lo hicimos por motivos diversos: exámenes escolares, enamoramientos, decisiones laborales. A los nietos mayores les pasó igual, aunque muy pocas veces les concedió una lectura seria; en realidad, ella aprovechaba para aconsejar a los infantes. Por ejemplo, cuando Paco tenía diez años, ella, le dio sugerencias para que mejorara sus calificaciones y para que fuera amable con sus amigas. En cada caso, la lectura concedida nos tranquilizaba y podíamos seguir adelante sin contratiempos, pues sus consejos y predicciones siempre fueron acertados.

Otro servicio que ella daba a la gente consistía en “curar el susto” y el “mal de ojo”. Usaba ramas de pirul, un huevo y piedra de alumbre, mientras rezaba oraciones. Las “curaciones” se repetían durante tres días consecutivos, de preferencia en miércoles, jueves y viernes. Quienes las recibían decían dormir bien desde la primera noche.

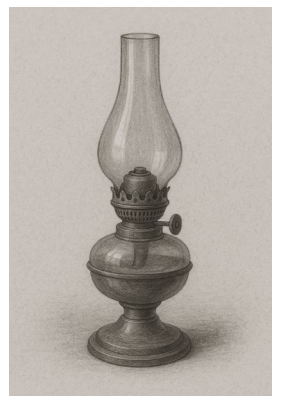
El primer viernes de cada mes, ella quemaba incienso en casa y rezaba implorando amparo y seguridad para el hogar y la familia. En algunas ocasiones preparaba frascos de perfume con incienso para personas que le pedían ayuda y socorro; durante la maniobra de elaboración, Amalia oraba a Dios y a distintos santos implorando protección para las solicitantes.

Mi madre recibió mucha gente que venía de varios sectores de la ciudad, próximos y lejanos. Unos eran clientes frecuentes y otros eran ocasionales, muchos acudieron por recomendación de terceros, buscando orientación por una situación conflictiva. Con algunos tuvo vínculos emocionales por ser familiares o compadres, con otros estableció relaciones de respeto y solidaridad ante la problemática por la que pasaban en esos momentos de consulta.

Incluso, hubo mujeres jóvenes que consideraron a Amalia una segunda madre; a ella acudían en busca de consejo. Fue madrina, testigo de bodas y anfitriona de distintas celebraciones para mujeres a las que proporcionó asistencia, algunas huérfanas y otras, solas en la ciudad.

Nunca puse en duda sus prácticas. Crecí con ellas. Me tocó ser parte de sus rituales y, aunque racionalmente los cuestioné, muchas veces fui testigo de sus efectos. Como adulta, como maestra formada en la ciencia, pensé que sus aciertos no eran producto de la magia o la adivinación. Eran, más bien, el resultado de una combinación extraordinaria de intuición, percepción, empatía, lógica, sensibilidad y profundo conocimiento de la vida y de las personas.

Y, sin embargo, cada vez que se cumplía con asombrosa precisión lo que ella predecía, mi razón callaba... y mi fe en su don se fortalecía.



4.Serenatas sin fin

La música siempre estuvo presente, fue reflejo de su alegría por vivir, su historia personal, sus amores, emociones y pesares, desde que nació y hasta el final.

El matrimonio Arizpe–Guerra procreó una descendencia numerosa: nueve mujeres y cuatro varones. Para 1951, ya se habían casado Porfiria, Elida, Ofelia y Aristeo. En esa época, las hermanas Amalia, Aurora, Valeria y Criselda estaban en edad de ser cortejadas. Además, la familia extendida incluía primas de edades similares que compartían con mamá y sus hermanas labores, paseos y confidencias. Cuando los jóvenes del pueblo hablaban de “las Arizpe”, se referían a todas esas muchachas que, desde la mirada de entonces, eran mujeres casaderas.

Al transcurrir los años, Amalia comenzó a ser vista en su pueblo como una "quedada". Ya tenía veintinueve años y no se había casado. Algunas mujeres solteras del pueblo, tal vez con algo de celos, la llamaban “marimacho”. Sus pretendientes eran muchos, y no faltaban aquellos que desviaban su atención de otras para intentar conquistarla.

A mediados del siglo XX, lo habitual en el pueblo era que las mujeres contrajeran matrimonio antes de cumplir los veinte. La expectativa social era que se dedicaran por completo al hogar, a su esposo y a sus hijos. Se valoraba la sumisión, la obediencia y la discreción femenina; Amalia no encajaba en ese molde.

Ella era distinta. Tenía carácter fuerte, tomaba decisiones por sí misma, sabía nadar, montar a caballo y disparar una pistola.

Solía vestir pantalones, algo mal visto por aquel entonces en una mujer. Dirigía a los trabajadores de su padre, rajaba leña, desgranaba maíz, cocía tortillas, lavaba ropa en el río, alimentaba al ganado, acarreaba agua y cuidaba a sus hermanos. Era una mujer vigorosa, enérgica, con temple, alegría y mucha determinación. Particularmente, ella no se dejaba afectar por los juicios de los demás.

Los sábados por la noche eran una recompensa a tanto esfuerzo. En General Bravo se organizaban bailes semanales con música en vivo, en la plaza principal. El conjunto norteño se instalaba en el quiosco, y las parejas bailaban a su alrededor. Las jóvenes solteras caminaban en círculo siguiendo el sentido del reloj, mientras los muchachos lo hacían en sentido contrario. Esa era la forma de cruzar miradas, hacer señas y, tal vez, atreverse a una invitación para bailar.

Después de que se inauguró el casino del pueblo, en los años setenta, los bailes se trasladaron a ese local. Las mujeres entraban gratis; los hombres pagaban una cuota simbólica. Las damas esperaban, sentadas o de pie, a los varones que se acercaban a invitarlas a danzar en la pista.

Además de los bailes semanales, también estaban las bodas; en el pueblo o en ranchos cercanos. Cuando todavía no era muy común el uso del automóvil, los invitados se trasladaban a los eventos en caballo, carretas o a pie. En los años cuarenta, era frecuente ver grupos de jóvenes caminando de China a Bravo, o viceversa, para acudir a una fiesta. Antes de iniciar la marcha, las jóvenes no usaban afeites en la cara; pero, antes de llegar al evento, pellizcaban sus mejillas para darles color y/o humedecían las yemas de sus dedos con

papel de china rojo, para luego pasarlos por sus mejillas y labios, a manera de rubor y colorete.

En la familia Arizpe, la responsabilidad de acompañar y cuidar a las jóvenes recaía en la mayor de las solteras. Si Amalia iba al baile, las demás podían asistir. Pero si ella no iba, las otras tampoco. Por eso, algunas hermanas y primas le ofrecían continuamente a mamá regalos o le ayudaban con los quehaceres para convencerla de asistir.

No todos los eventos musicales terminaban bien. A veces, una pareja se fugaba en plena noche, causando gran escándalo familiar. Otras veces, algún pretendiente despechado provocaba una pelea o, en el colmo del enojo, se emborrachaba y hacía escándalo, obligando a las autoridades a intervenir y detener la diversión.

Cuando no iban las Arizpe a un baile, la actividad se terminaba temprano porque alguno de los galanes inconformes disparaba su pistola a los faroles de gas (no había luz eléctrica), dejando todo en obscuridad; ellos justificaban su acción diciendo que, sin las Arizpe, no tenía caso continuar ese baile, aburrido y nada agradable.

Amalia contó que tuvo muchos pretendientes pero que ninguno le movió el corazón lo suficiente como para casarse. Tal vez por eso algunos le adjudicaban calificativos hirientes. El abuelo Pedro tampoco facilitaba las cosas; él corrió a varios de ellos a punta de pistola. Una vez, rechazó una formal petición de mano. El enamorado en turno envió como portadores a hombres respetables del pueblo: al consuegro Cruz González y a los primos Serapio y Graciano, sobrinos del dueño de la casa. El abuelo no los recibió; él disparó al aire y los mandó, según el relato del tío Teo, "mucho a la chin...".

Amalia disfrutó plenamente la música, desde las canciones de cuna de su niñez hasta las melodías que cantaba al hacer las tareas domésticas: la música fue parte de su vida. En los bailes era de las primeras en ir al centro de la pista y de las últimas en retirarse.

Un recuerdo de mi adolescencia es el de haber visto a una pareja que tenía la misma costumbre de mamá: la tía Porfiria y su esposo Pedro, papás del primo Arnoldo Guajardo. Ellos iniciaban y cerraban los bailes, siempre alegres; los vi bailar varias veces durante eventos sociales en los años sesenta.

El gusto de Amalia por la música no disminuyó al casarse. Aunque papá no era diestro ni aficionado al baile, seguido le llevaba serenatas a la casa. Si ella escuchaba una canción de su juventud, su rostro se iluminaba y evocaba recuerdos que, a veces, nos compartía.

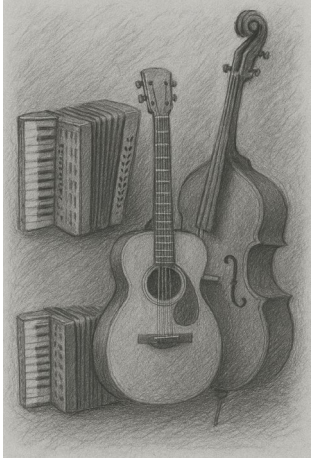
Los grupos musicales más famosos en la región, en los años cincuenta, eran los Montañeses del Álamo, los Rancheritos del Topo y los Alegres de Terán. De ellos eran las canciones que más le gustaban a mamá: *Ingrato amor*, *Amorcito norteño* y *Amor de los dos*. Cada una de esas melodías tenía una historia asociada: una mirada, una noche, un baile, un pretendiente, un suspiro. A veces, al evocar o escuchar cierta pieza, la señalaba como la favorita de su madre o del abuelo Pedro.

Después de casarse, Amalia ya no iba a los bailes, pero su corazón seguía latiendo al ritmo de la música. No olvidó las noches en la casa paterna, a donde las serenatas llegaban después del baile, poco después de medianoche y hasta el amanecer. Don Pedro pasaba esas noches sin dormir. Con tantas hijas y sobrinas bonitas, dormitando en los jacales, él se quedaba en vela, escopeta en mano, por si alguna serenata

llegaba sin aviso. Si el pretendiente era un novio formal con anuencia para el cortejo, se permitía la música. Si no, le mandaba a correr... a veces, a balazos.

Imagino las emociones, suspiros y miradas a través de aquella única ventana del viejo jacal, disimulada por los jazmines del jardín. Seguramente no faltaron risas, secretos, promesas, y algún beso fugaz, robado entre sombras o a la luz de una romántica luna.

Así fue la juventud de Amalia: entre el trabajo duro del día y las melodías que endulzaban las noches.



5. Brazo derecho del abuelo

Fue apoyo del abuelo al administrar los medios de subsistencia básicos de la economía familiar: siembra de maíz, caña de azúcar, sandía, melón y calabaza, así como la producción de piloncillo y la miel de abeja.

El jacal principal que conocí en mi infancia, donde vivían los abuelos Pedro y Julia, tenía muros hechos de troncos de árbol y adobe, encalados por dentro, lo que le daba a su interior un ambiente fresco y sereno. En un tiempo, el techo fue de carrizo y palma; sin embargo, era lo bastante denso para no dejar pasar el agua durante las lluvias. Al paso de los años fue renovado, en varias ocasiones, y finalmente, se cubrió con láminas acanaladas. El piso de esta vivienda tenía un acabado rústico, liso como piedra; se trapeaba con agua o petróleo. Ese fue el dormitorio de los abuelos, de sus hijos, y también de muchos de los nietos, sobrinos y bisnietos que frecuentemente los visitaban.

De esa habitación recuerdo algo muy especial: las paredes interiores estaban tapizadas de cuadros. Había algunos retablos religiosos, pero la mayoría eran fotografías de hijos, hijas, nietos y otros familiares, entre fotos de boda y retratos de juventud. Con el tiempo, se volvió tradición familiar el que cada nuevo matrimonio o descendiente llevara su imagen a la casa de los abuelos, donde era colgada como un símbolo de pertenencia y orgullo parental. Casi al final de su vida, Doña Julia, ya muy enferma, expresó su deseo de que cada persona retirara sus propio retratos y los conservara para sí, como una forma de despedida y de cierre al ciclo de vida compartido. Así se procedió para cumplir su voluntad.

Ese jacal grande tenía dos puertas —una al este y otra al oeste— y una única ventana al norte. Desde las puertas, se podía ver el amanecer o la caída del sol. La puerta del este daba a un angosto pasillo de tierra que conectaba con la calle, el patio central y la cocina. La puerta del oeste casi nunca se usaba, pues permanecía cerrada la mayor parte del tiempo; a través de ella se accedía al espacio de terreno por donde entraban las carretas, el ganado y algunos vehículos de motor, al patio central. Enfrente de dicha puerta estaban las colmenas de abejas.

La única ventana del local carecía de marco y de vidrio; era solo un hueco cuadrado en la pared, no muy amplio, pero suficiente para mirar discretamente hacia la calle. Antes de los años setenta no se necesitaban cerraduras ni rejas en el pueblo. Las puertas quedaban abiertas, incluso por la noche. Si algo o alguien se acercaba a la casa, los perros lo daban a conocer de inmediato, mediante sus ladridos al exterior de la vivienda. La seguridad de la comunidad estaba en la confianza mutua entre los habitantes del lugar.

El jardín del hogar tenía forma rectangular, el lado más largo paralelo y al frente del jacal. Aún puedo oler en mi memoria los jazmines ahí plantados. No eran flores simples, sino compuestas, formadas por racimos de varias flores pequeñas, intensamente aromáticas. Me parece que fue después del matrimonio de la última hija cuando se eliminó ese jardín, quizá para reducir los quehaceres domésticos de la abuela.

Con algo de melancolía evoco la imagen de aquel corral lleno de rastrojo tras la cosecha del maíz. También recuerdo el jacal principal repleto de sandías, melones y calabazas. Estas escenas me remiten a mis vacaciones de infancia, en los meses de julio y agosto, cuando se hacía la “pizca” y los

productos eran almacenados para el consumo familiar o para la venta.

La propiedad de Don Pedro y Doña Julia era grande; los niños podíamos estar en las distintas áreas en que se dividía, excepto en cierto rincón al que teníamos prohibido acercarnos. Este se encontraba al oeste, junto a la cerca de troncos de madera que marcaba el límite con los vecinos. Ahí, bajo un tejado rústico sin paredes, se hallaban varios cajones de madera, cubiertos con lonas, eran las colmenas de abejas. Cuando los enjambres habían producido lo suficiente, los abuelos, protegidos con ropas especiales y trapos humeantes para adormecer a los insectos, extraían las pencas de cera y miel de cada colmena; luego vendían el producto en frascos de vidrio. Esta fue otra fuente de ingresos para la familia.

Otra actividad que generó recursos económicos a esta familia fue la molienda. Aunque mis hermanas y yo no alcanzamos a verla en funcionamiento, mamá nos contó que en su juventud ellos elaboraban piloncillo. En aquellos tiempos, la caña de azúcar se sembraba en la región; la habían traído a estas tierras los primeros colonos españoles, consiguiendo que se adaptara bien al clima del noreste. La molienda de los Arizpe era grande, por lo que se infiere que sembraban su propia caña.

En las faenas anteriores, Amalia fue el brazo derecho del abuelo Pedro. Ella no sólo colaboraba en el trabajo físico; también administraba los ingresos, pagaba a los trabajadores y dirigía las acciones de producción, con autoridad. Aunque tenía poca escolaridad formal, se desempeñaba como una contadora natural, práctica y confiable.

Amalia aprendió desde muy joven a generar ingresos. Después de casarse siguió ayudando económicamente a sus padres.

Una de las actividades que desarrolló con habilidad fue la confección de colchonetas de lana, hechas a mano. Algunas mujeres del pueblo también tenían el conocimiento necesarios para confeccionar este artículo, pero sólo lo ponían en práctica para consumo propio; otras, en cambio, preferían comprar las cobijas ya hechas o encargarse de su elaboración. Amalia encontró así otro modo de ganar dinero, primero en General Bravo y luego en Monterrey.

En el pueblo, cuando alguien solicitaba una colcha nueva, era costumbre reunir a tres o cuatro mujeres que cosían juntas; así ellas terminaban el bordado en un solo día, y al siguiente, una de ellas cerraba la orilla o perímetro de la colchoneta rematándola con un ribete.

El proceso de elaboración era artesanal y requería precisión. Se armaba un bastidor con cuatro varas de madera, dos largas y dos más anchas; estas últimas eran las cabeceras y sobre ellas se enrollaba la colcha conforme se avanzaba en el bordado. El relleno, de placas de lana cardadas a mano, iba entre los dos lienzos de tela, de satín o algo similar, uno arriba y otro debajo de la lana. Las costureras dibujaban líneas o flores con gis sobre el paño superior; después, cosían con puntadas de regular tamaño sobre esas líneas, así se evitaba el desplazamiento de la lana con el uso. Las medidas de este tipo de cobertores variaban según el tamaño solicitado, el cual podía ser matrimonial, individual o de bebé.

Para fijar el “tendido” de la colcha a los bastidores se utilizaban retales de tela, en tiras delgadas, unidos con imperdibles (los típicos seguros) a los 4 bordes del rectángulo; así se amarraban las dos capas de tela y el relleno al bastidor de madera.

Mis hermanas y yo aprendimos con mamá este arte. Durante muchos años Myrna y yo fuimos sus ayudantes. Al avanzar su edad, por la artritis en sus manos y la llegada de cobertores industriales, ella dejó de hacer colchonetas grandes. Ocasionalmente, cuando nacía algún bebé en la familia o entre sus conocidos, se animaba a hacer una cobijita como obsequio para el recién nacido.

Amalia también viajó. Soltera hizo varias visitas a Texas, para ver a familiares y comprar mercancía que revendía en su pueblo y en Monterrey. En aquellos años sólo se requería un permiso temporal para cruzar la frontera y adentrarse algunos kilómetros en el territorio vecino. Ella comercializaba principalmente lo que hoy se conoce como “blancos”, es decir, sábanas y otros artículos para cama, así como las telas para confeccionar ropa y colchas, todo muy apreciado por las mujeres de su comunidad.

En sus estancias en Monterrey, antes de casarse, vivió con una prima hermana, María Zuazua, esposa del profesor Juan Quiroga Arizpe. Aunque ese matrimonio se disolvió, mamá mantuvo siempre una relación cordial con las hijas de la pareja. Como ella, todas esas mujeres tenían un carácter firme y decidido.

Cuando entrevistamos a sus hermanos para reconstruir esta parte de su historia, cada uno aportó piezas del rompecabezas. La tía Esthela, la menor, dijo que Amalia había sido como “el hombre de la casa”, que ayudó a criar a sus hermanos y fue una segunda madre para ellos. El tío Aurelio recordó lo buena bailadora que era. El tío Teo, con su franqueza, nos dijo que mamá fue muy “cabrona” y traviesa, pues les daba buenas nalgadas a los hermanos y sobrinos cuando se portaban mal. Estas anécdotas nos confirmaron lo

que siempre sospechamos: Amalia tuvo que asumir responsabilidades adultas desde niña.

6. Reencuentro con el amor

En el Bravo, después de 14 o 15 años de no verse, se volvieron a encontrar en un baile. Tomás le preguntó: ¿Te casas conmigo? Amalia le dio el Sí... Y se casaron.

Amalia tuvo más de una docena de pretendientes, pero ella los rechazó, hasta que apareció uno más. En una ocasión, a principios de 1954, durante uno de los bailes del pueblo, se reencontró con un antiguo compañero de la escuela primaria que había sido su novio en la adolescencia. Bailaron juntos esa noche y, pocos días después, él comenzó a cortejarla. En menos de seis meses contrajeron matrimonio. Ese hombre fue mi padre: el señor Tomás Rodríguez Rodríguez.

Sobre la familia de mi progenitor, menciono que sus padres fueron Alberto Rodríguez Cantú y María Avelina Rodríguez Garza, ambos originarios de General Bravo, Nuevo León, al igual que nuestros abuelos maternos. Ellos contrajeron matrimonio el 12 de abril de 1912, en su pueblo natal. No conseguí mucha información sobre esta rama de la familia; sin embargo, comparto a continuación los datos que logré recuperar.

El abuelo Alberto se dedicó a la agricultura y la abuela Avelina a las labores del hogar. Tuvieron trece hijos, de los cuales sólo siete llegaron a la edad adulta; ellos fueron: Gregorio, Tomás, Agapito, Ruperta, Roberto, Adelina y Aristeo. Los hermanos fallecidos durante la infancia o adolescencia fueron: un bebé sin nombre (a los pocos días de nacido), Rodrigo (a los veinte días), Severa y María de Jesús (ambas antes de cumplir su primer año), Teódulo (a los cinco años) y Pedro (antes de cumplir veinte).

Las condiciones de vida en aquella época eran difíciles y la atención médica escasa: probablemente eso influyó en la alta mortalidad infantil. Las familias Rodríguez y Arizpe fueron contemporáneas, y al comparar las causas de muerte en ambos grupos de antepasados se observa una tendencia entre los familiares de papá: el setenta y cinco por ciento de hermanos y padres Rodríguez falleció a causa del cáncer; en cambio, la mayoría de los familiares de Amalia murió en la tercera edad, por causas diversas, sin observar una tendencia, el único caso de cáncer confirmado fue el de Amalia.

El abuelo Alberto falleció en 1944, a causa de las heridas sufridas en un accidente en su carreta, al voltearse y caer en un barranco. Al parecer, después de enviudar, la abuela se trasladó a Monterrey con sus vástagos, excepto el tío Gregorio que permaneció en General Bravo. La familia Rodríguez Rodríguez rentó viviendas en la colonia Obrera, al oriente de la ciudad, cerca de la antigua Fábrica Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey (Ahí se localiza hoy el Centro de Negocios Cintermex). También habitó otras casas alquiladas, sobre las calles: Agustín Melgar (2), Adolfo Prieto e Isaac Garza.

La fotografía familiar incluida en el Anexo I fue tomada en la calle Agustín Melgar; en ella, al fondo de la imagen, son visibles las ventanas de la Escuela Industrial Álvaro Obregón, la cual se encontraba en el cruce de la Calzada Madero y la Ave. Félix U. Gómez. Probablemente, el grupo posó sobre la acera, frente a la primera casa de la abuela en dicha calle, entre las vías de Isaac Garza y Gral. Treviño.

En la segunda sección de este libro y en sus anexos II y III se incluye información detallada sobre padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos de ambas líneas familiares, así

como de sus descendientes, o sea, los hermanos de nuestros ancestros.

Del papá de Avelina se relata una acción destacada en su juventud, respecto de la Iglesia de la Santa Cruz, del pueblo natal, según narra el Dr. Hernán Salinas Cantú:

“La construcción de la iglesia se inició en el mes de febrero de 1853, dato encontrado grabado en una de las vigas de madera que sostienen el techo...” Por un tiempo la campana de la iglesia estaba a nivel del suelo, sostenida por fuertes horcones... cuando fue izada hasta su torre, el joven Agustín Rodríguez sufragó parte de los gastos para esa tarea. (HSC, 1966: 47)

Por otro lado, el bisabuelo paterno José Agapito Rodríguez Rodríguez, padre de Alberto, fue labrador y criador de ganado. Fue propietario del rancho “Rincón del Ébano” y poseía ganado vacuno, lanar y ganado de pelo (ver Anexo V).

Amalia mencionó alguna vez que su padre no estaba de acuerdo con que se casara tan pronto con Tomás, ya que se sabía muy poco en el pueblo sobre su vida en Monterrey. Por su edad y fuerte carácter mamá logró convencer a su padre de realizar la boda en el corto tiempo. Antes de partir a la ciudad, el abuelo advirtió a mi padre que su hija no era una carga para ellos y que, si alguna vez decidían separarse, debía regresarla a la casa de donde se la llevaba; le dijo que ella siempre tendría un lugar en el hogar que la vio nacer.

Al casarse, Amalia se integró a una nueva familia: su suegra — a quien llamaba “mamá Avelina”— y sus cuñados. De los hermanos de papá, conocí a Gregorio (cuando ya estaba muy enfermo), Agapito, Aristeo y a las tías Ruperta (Pita) y Adelina (Nina). Según la historia que se contó al interior de la familia, Roberto fue gemelo de Pita, pero no vivió con los demás

hermanos pues fue entregado a la tía Cesaria, hermana de Avelina, para su crianza en los Estados Unidos; ella y su esposo no tenían descendencia propia.

Los matrimonios de los hermanos de papá fueron:

En Gral. Bravo, N. L. se casó Gregorio con Eugenia Vargas Alejandro, en 1945*. En Monterrey, N. L. se casaron Agapito y Alicia Garza en 1951*, Ruperta y Julio Martínez Ortiz en 1949*, Adelina y Juan Treviño Treviño en 1953*, Aristeo y Amalia Martínez en 1955*. Del tío Roberto no se encontró información.

Gregorio vivió en General Bravo con su esposa Eugenia y cinco hijos: Esthela, Domingo, Alberto, Rolando y María Eugenia. Recuerdo que le visitamos cuando él ya padecía un cáncer avanzado en el estómago. a mis diez u once años. Su viuda se casó de nuevo y migró a Estados Unidos. Uno de sus hijos fue mi primo Domingo, quien vivió un tiempo en Monterrey al cuidado de la abuela Avelina y mi papá, su padrino Tomás.

Agapito tuvo dos hijos, Alíber y Álvaro Rodríguez Garza. Fue víctima del alcoholismo, lo que llevó al rompimiento del matrimonio. Tras el divorcio, la abuela Avelina lo acogió en su casa y lo cuidó hasta la muerte, con el permanente apoyo de su hija Nina. Ambos, el tío y la abuela fallecieron por complicaciones hepáticas.

En la década de los sesenta la tía Ruperta (Pita) quedó viuda en Matamoros, Tamaulipas, y regresó a Monterrey con sus siete hijos: Julio, Juanita de Dios, María Luisa, Rosa Elia, Gloria, Teresa y Yolanda Martínez Rodríguez. Toda la familia se alojó temporalmente con nosotros y luego compraron una casa cercana sobre la calle Vicente Suárez. Por coincidencia, uno de sus vecinos fue el tío Jesús Torres Rodríguez, primo de

* Año estimado

papá e hijo de la tía Margarita, hermana de Avelina. La tía Pita fue la más longeva de los hermanos; falleció a los noventa y cinco años por complicaciones derivadas del COVID-19.

Aristeo (Teo) fue oficial de la Policía Federal de Caminos. Con su esposa, la señora Amalia Martínez tuvo siete hijos: Gloria, Javier, Jorge, Sergio, Héctor, Rafael y Jaime Rodríguez Martínez. La familia vivió en una casa sobre la calle Adolfo Prieto, de la colonia Obrera, a dos cuadras de la nuestra; luego se mudaron a Las Puentes. No tuvimos mucho contacto con esta familia. Mis padres y yo acudimos a la funeraria donde velaron los restos del tío Teo, quien falleció de cáncer, apenas unos meses antes de papá.

Adelina (Nina) y el Ing. Juan Treviño Treviño tuvieron el matrimonio más estable, bendecido con quince hijos. Ellos vivieron algunos años en la colonia Cuauhtémoc y después se mudaron a la colonia Las Puentes. Recuerdo a la tía Nina como una dama amorosa y solidaria. Ella nunca dejó de estar pendiente de sus hermanos enfermos; también cuidó a su madre hasta el final de sus días, contando siempre con el respaldo y apoyo de su esposo y sus hijos. Los descendientes de esta pareja fueron: Juan, Adelina, Enrique, Ethelvina, José Luis, Mario, Miguel, Ricardo, Eugenio, Raúl, Carlos, Irma, Gerardo, Norma y Lilia María Treviño Rodríguez.

Del tío Roberto diré que su adopción lo llevó a crecer en Estados Unidos con la tía Cesaria y su esposo Leonardo Rodríguez. El llevó los mismos apellidos que sus hermanos. En Internet localicé tres documentos de su existencia: el censo de 1950 señala que él vivía en Newgulf, Texas; su reclutamiento militar fue en 1943; el tío falleció en 1981 en Los Ángeles, California. No hay datos de nupcias, hijos o causas de muerte.

Algunas de las hijas de la tía Pita tuvieron la oportunidad de conocer al gemelo de su propia madre, al tío Roberto, cuando éste vino a Monterrey a conocer a su madre biológica, Avelina, en la década de 1970. Ese reencuentro, según se relata, removió los recuerdos y el dolor de la abuela, quien seguramente tomó aquella difícil decisión con la esperanza de darle a su hijo una vida mejor.

La foto de Roberto, incluida en la Galería del Anexo I, da cuenta del gran parecido físico entre los hermanos Rodríguez, particularmente, entre este tío y su hermano Agapito.

Para terminar, señalo que la cuenta de nietos del matrimonio de Alberto Rodríguez y Avelina Rodríguez fue de 36, sin contar posibles descendientes de su hijo Roberto.

7. Hogar propio

La canción “Gema” estuvo incluida siempre en las serenatas que Amalia recibió de su esposo; ella escuchaba enamorada: “Eres la gema que Dios convirtiera en mujer para bien de mi vida ...”

Letra de Luis Cisneros Alvear

En la década de los años cincuenta del siglo pasado, la abuela Avelina rentó una casa sobre la calle Adolfo Prieto, número 2115, en la colonia Obrera de Monterrey. Ahí vivía con algunos hijos, sobrinos y otros jóvenes a quienes les proporcionaba alojamiento, lavado de ropa y comida. A esta casa llegó Amalia para establecer su propio hogar, en una nueva construcción, adjunta a la que ocupaba la abuela.

Para las personas ajenas a la familia, ese domicilio era una vecindad de dos inmuebles, aunque estuviera habitada por una misma familia; sus dos secciones tenían una entrada común, un corredor y un patio compartido. La primera parte, al frente, estaba formada por tres habitaciones (sala, recámara y cocina) y un baño. Luego seguía un espacio con dos lavaderos y un muro divisorio entre ellos. Siguiendo hacia adentro de la propiedad estaba la segunda parte, con igual número de cuartos, pero con distribución a la inversa, pues se accedía primero a la cocina. El corredor lateral se extendía a lo largo de las dos viviendas y concluía en un patio trasero de aproximadamente sesenta metros cuadrados.

Según contó mi padre, él rentó esa propiedad por más de cuarenta años, primero soltero y luego casado, aunque al principio de la ocupación solo existían las piezas del frente. Mis recuerdos de infancia en esa casa, junto a la abuela

Avelina, son vagos, pero conservo algunas fotografías de esos años que se muestran en el anexo I.

La suegra de mamá pasaba temporadas con algunas de sus hijas, en Matamoros con la tía Pita o en Monterrey con la tía Nina. Durante esas ausencias, Amalia se hacía cargo de los jóvenes que la abuela alojaba. Con el tiempo, ella asumió por completo esta responsabilidad. Un día, la abuela desocupó la sección del frente y el dueño la rentó a otras familias, quienes se convirtieron en nuestros nuevos vecinos.

Tomás tuvo un taller automotriz y de vulcanización de llantas, ubicado a veinte metros de nuestro hogar, en la misma acera. En ese local, las dos hijas mayores pasamos largas horas bajo el cuidado de papá y sus empleados, mientras mamá realizaba otras actividades. Entre los clientes del taller estaban los dueños de la empresa Transportes Martínez, que hacía fletes a diferentes estados del país. Dicha empresa estaba ubicada en las calles de Isaac Garza y Juan de la Barrera, también en la colonia Obrera.

A Myrna y a mí nos conocían en el barrio como las "Tomasitas". Así nos llamaban los clientes, empleados y vecinos, al vernos con frecuencia en el taller. Esa familiaridad evitó que un pepenador se llevara a Myrna cuando tenía dos años. Un día, mientras la niña estaba sentada en la banqueta, el hombre se le acercó, le dio unas tablitas para jugar, la cargó y se la llevó, sin que alguien se percatara de ello. Sin embargo, al pasar frente a Transportes Martínez, los empleados la reconocieron y la rescataron del robachicos.

Amalia siempre fue una mujer inquieta y luchadora. Después de casarse comenzó a trabajar para apoyar económicamente a su esposo. Dio alojamiento a jóvenes de su pueblo natal, de China, y hasta de Coahuila y San Luis Potosí, que estudiaban o

trabajaban en Monterrey. Además, vendía a sus vecinas mercancía americana que le traían algunos conocidos. También trabajó como cobradora de una casa comercial que vendía a crédito; en este empleo, mamá se trasladaba en camiones urbanos. Ella nunca aprendió a manejar un automóvil.

Cuando nació Sanjuanita, papá ya había vendido su negocio para saldar las deudas que contrajo por una enfermedad hepática. Después trabajó temporalmente en la Comisión Federal de Electricidad y en la compañía de Agua y Drenaje, de Monterrey. Posteriormente, ejerció el oficio de plomero particular.

Tuvimos momentos buenos y malos en aquella casa, como sucede en la mayoría de las familias. Recuerdo especialmente las serenatas de fin de semana y la afición a la cerveza de papá. En nuestra infancia, él solía llegar ebrio al hogar casi todos los fines de semana. En ese estado, era alegre y generoso; le pedíamos dinero para golosinas y siempre nos daba. Solía llegar acompañado de músicos; la primera canción que interpretaban era "Gema". Por eso, algunos vecinos creían que ese era el nombre de mamá.

A ella le gustaba esa costumbre y disfrutaba la música. A veces pedía canciones que le traían recuerdos, como "Amor de madre" y "Julia" y, de cuando en cuando, solicitaba al conjunto de intérpretes alguna de las melodías que escuchaba en la radio cuando realizaba los quehaceres domésticos, como "Ingrato amor", "Amorcito norteño", "Morena la causa fuiste", "Alma enamorada", "Dos seres que se aman" y "Amor de los dos".

La única canción que mamá no toleraba escuchar en las serenatas era "La que se fue", de José Alfredo Jiménez. Papá

solía pedirla para cerrar la velada. En mi inocencia infantil, atribuía los enojos a sus bromas; al tiempo comprendí la razón de su molestia: Amalia se sentía lastimada porque suponía que papá recordaba con esa melodía a un viejo amor.

Lamentablemente, papá se volvió alcohólico, o quizá ya lo era antes del matrimonio. Mamá nunca se quejó de ello; por el contrario, le tuvo mucha paciencia. Si él llegaba borracho, ella lo alimentaba, conversaba con él y luego lo acostaba. Una de sus estrategias era nunca discutir con él si estaba ebrio; cualquier asunto importante lo trataría al día siguiente, cuando Tomás recuperara la sobriedad.

Como hijas, debíamos seguir una regla estricta: no hacer ruido si papá dormía, pues si lo despertábamos de su siesta, se levantaba furioso y teníamos que correr para evitar el golpe de su cinto. Myrna y yo no éramos muy conscientes de la situación; para mi hermana era como un juego, se divertía al tener que correr, salir de la casa y dar vuelta a la manzana sin que papá la alcanzara. Durante la niñez de Sanjuanita ya no ocurrieron esos episodios, pues la edad y las dolencias de nuestro padre le dificultaban correr.

A pesar de las enfermedades y debilidades emocionales de papá, mamá siempre lo amó profundamente. Se lo demostraba de muchas maneras; una de ellas, la comida, al cocinarle sus platillos favoritos. La tarde del sábado preparaba menudo para el almuerzo del domingo; frecuentemente compraba cabrito para hacer fritada y "machitos", A nosotras nos disgustaban esos olores en la cocina, pero Tomás era su prioridad.

La vida en la colonia Obrera era tranquila. Por las noches, los vecinos sacaban sillas a la banquetta y conversaban mientras los niños jugábamos a la rayuela (avión o bebe leche) y nos

sentábamos a la orilla de la calle a platicar, sin riesgos, pues la avenida Adolfo Prieto era ancha y con poco tráfico. La Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey estaba muy próxima, y su silbato marcaba el ritmo del barrio: a las 6, 12 y 22 horas. Al escuchar el silbato de las diez de la noche, las familias se preparaban para ir a dormir.

En esa época, la radio era el centro del entretenimiento. Noticias, música y radionovelas inundaban el ambiente de los hogares. Una de esas historias famosas fue "El ojo de vidrio", transmitida a todo el país por la estación radiofónica XET, y favorita de mis abuelos en General Bravo.

Amalia y Tomás eran muy sociables, mantenían amistad con todos los vecinos. La tía Valeria, hermana de mamá, vivía en la misma acera que nosotros, al menos, durante unos cinco años. En esos años Myrna y yo compartimos los juegos con nuestro primo Jaime Treviño Arizpe.

Puedo afirmar que mis hermanas y yo tuvimos una niñez feliz. Mis padres se esforzaron por darnos momentos agradables. Disfrutamos los paseos dominicales a la Ciudad de los Niños, la Alameda y las ferias del barrio; en alguna de estas últimas experimenté por primera vez el temor a las sillas voladoras y a la rueda de la fortuna.

Mamá era solidaria con la gente, especialmente con sus familiares. Si alguno de sus parientes venía a Monterrey por motivos de salud, ella lo hospedaba en nuestra casa. Así fue con el tío Toño (esposo de la tía Fela), con su sobrina Delia, con su cuñada, la tía Juana (esposa del tío Aurelio); también dio alojamiento, previo a algún parto, a sus hermanas Manuela y Esthela, y a Irene, esposa de mi primo Arnoldo. Asimismo, los abuelos maternos fueron objeto de la hospitalidad de Amalia durante una breve estancia. Recuerdo que ellos eran

sensibles al movimiento del automóvil y, cuando los trasladaban en ese vehículo, se mareaban con facilidad y tenían náuseas; esa vieja escena quedó grabada en mi mente.

En resumen, reitero que Amalia fue una mujer trabajadora, fuerte y perseverante, dotada de una energía inagotable y una voluntad inquebrantable. Fue madre dedicada, esposa amorosa, anfitriona generosa, amiga solidaria y vecina entrañable. Su carácter firme, su vocación de servicio, su alegría permanente y su temple para enfrentar las adversidades la convirtieron en una figura respetada y querida por todos los que la conocieron. Como bien lo expresó su cuñada, la tía Dominga, esposa del tío Serafín.

8. Las crisis en el hogar

El primer vals que ella bailó en su boda fue “Viva mi desgracia”; un fragmento de su letra es: “No puedo decir que tengo corazón, a ti te lo di con santa devoción ...”

Letra de Francisco Cárdenas Larios

Pareciera que aquel vals que bailaron en su boda habría de marcar el destino de su vida en común. Tal vez solo era la melodía de moda y no importaba su título de *Viva mi desgracia*; sin embargo, al pasar el tiempo, la letra de esa canción pareció reflejar, en más de un aspecto, su vida matrimonial. Los versos refieren a un hombre decepcionado de las mujeres que espera curar sus heridas del pasado con una nueva compañera.

En esta narración no busco juzgar ni recriminar a mi padre. Más bien, pretendo mostrar el contexto en el que formó el hogar donde sus hijas nacimos y crecimos, un hogar donde, a pesar de errores y debilidades humanas, floreció el amor, se enfrentaron dificultades y se vivieron momentos felices. Todo eso fue posible gracias a la guía, el cuidado y la fortaleza de nuestra madre, quien supo sobreponerse al sufrimiento, una y otra vez.

Amalia se casó enamorada, a los treinta años, y sin conocer a fondo la vida de Tomás, ya de treinta y tres. A esa edad, él ya tenía un pasado sentimental, que no le contó del todo. No pasó mucho tiempo después de la boda para que ella comenzara a enterarse, quizá por alguna indiscreción de la familia Rodríguez, de que Tomás había vivido en unión libre con una mujer llamada Natividad y que tenían dos hijos

varones. Desde el momento en que mamá le preguntó al respecto y hasta el día de su muerte, él siempre sostuvo que los niños habían fallecido y que aquella mujer se había marchado para no volver.

Mamá solía repetir la frase: “lo que no fue en tu año, no fue en tu daño”, pero yo siempre sentí que a ella le dolía aquella sombra del pasado. Me daba esa impresión cuando papá, al final de cada serenata, pedía la canción “*La que se fue*”. Amalia se mostraba incómoda pero no lo cuestionaba; y, sin embargo, la duda flotaba en el ambiente.

Durante los primeros cinco o seis años del matrimonio, a finales de los años cincuenta, nuestra familia gozaba de bonanza económica. Teníamos un automóvil Ford T, al que llamábamos “la fortinga”; cada domingo salíamos a pasear en familia, ya fuera a la Alameda, a la Ciudad de los Niños o a comer en un restaurante, ... Como si evocara un sueño, aún puedo verme sentada en el asiento trasero de aquel coche.

Los paseos también incluían visitas al cine. Al menos una vez por semana caminábamos hasta una de las dos salas de la Colonia Obrera: la Terraza Elsy o el Cine Obrero. Papá nos llevaba por las noches, y ahí veíamos dos o tres películas seguidas, disfrutando al mismo tiempo de un bote de palomitas.

A dos años de casados, el alcohol le cobró factura a papá. Se le diagnosticó una cirrosis hepática. Amalia lo cuidó con esmero, pero la tensión y el desgaste afectaron su segundo embarazo y tuvo un aborto espontáneo en los primeros meses de gestación, perdiendo unos gemelos varones. Tomás se recuperó de la enfermedad, pero nunca dejó de beber ni de fumar. Era adicto al tabaco desde adolescente y, ya adulto,

llegó a consumir hasta dos cajetillas diarias. Este vicio le provocó el cáncer pulmonar que le arrebató la vida.

Cuando su taller de vulcanización prosperaba, Tomás malgastaba el dinero en alcohol y mujeres. Él no fue físicamente atractivo, pero el dinero le abrió puertas y oportunidades, lo que derivó en muchas infidelidades para Amalia, quien, en silencio, perdonaba.

Como anécdota chusca, les cuento que, una vez, después de la hora de comida, se presentó una desconocida en nuestra casa, y muy insistente buscaba a papá. Amalia le dijo que no estaba, entonces, haciendo a un lado a mamá, ella se metió directo a la recámara y se asomó debajo de la cama, asegurando que él acostumbraba a dormir la siesta en ese sitio. No lo encontró, pero sí era cierto que él solía hacer eso, porque era un lugar muy fresco. Aclaro para las nuevas generaciones que, en aquellos años, la estructura de las camas incluía dos bastidores de madera, los largueros, a suficiente altura para permitir el deslizamiento de una persona por debajo del resorte y el colchón.

Hubo ocasiones en las que papá llegó de madrugada en un carro de sitio (o taxi), después de una parranda y sin un centavo; le pedía dinero a mamá para pagar el viaje y otras deudas. Sin hacer escándalo, ella le daba el dinero y lo ponía a dormir. No sé si discutían el tema después, pero nunca lo hicieron delante de nosotros.

Las actitudes de Tomás se ajustaban a la imagen del “macho mexicano” de aquella época: parrandero, jugador y mujeriego. Las de Amalia correspondían a las de la mujer abnegada de mediados del siglo XX: fiel, callada, sumisa y resistente.

Atestigüé otra infidelidad a mis escasos seis años. No escribiré detalles, pero diré que esa experiencia se grabó en mi inconsciente y condicionó las decisiones que tomé como adulta. Mientras existió una cierta barda en el cruce de las avenidas Adolfo Prieto y Diagonal Azarco, en la colonia Obrera, evité caminar por ahí, pues me provocaba recuerdos dolorosos. Sin dar pormenores de lo sucedido, menciono este hecho por dos razones: una, para reconocer que todos los seres humanos tenemos debilidades y papá no fue la excepción; y dos, para compartirles cómo influyó en mi vida esa experiencia.

A lo largo de varias décadas de mi vida desconfié del sexo masculino, rechacé cualquier ofrecimiento de relación amistosa o romántica con un varón, y siempre estuve a la defensiva, hasta que pude racionalizar lo acontecido, desde la madurez. Hoy comprendo las razones que motivaron la conducta de papá. Le perdoné y logré sanar. A los descendientes de Tomás les pido valorar las dificultades que él enfrentó y, por el contrario, construyan bases firmes en sus matrimonios: amor, comunicación y respeto.

Después de diez años de matrimonio, los vicios y el despilfarro obligaron a Tomás a vender su vulcanizadora. Entonces trabajó como plomero y electricista, mientras Amalia convirtió nuestro hogar en una casa de asistencia para jóvenes que llegaban a Monterrey, de su pueblo y otras regiones, a buscar mejores oportunidades de estudio y/o trabajo.

Los percances que sufrió mi hermana Myrna también causaron momentos de angustia familiar. Aparte del intento de robo, ella sufrió accidentes y una delicada enfermedad.

Antes de cumplir un año, la niña gateó desde la banqueta de la casa hasta la calle y un camión urbano estuvo a punto de

atropellarla. Milagrosamente, quedó ilesa bajo el chasis, entre las dos llantas delanteras, gracias a los gritos de los vecinos que alertaron al conductor. A los tres años, la criatura volcó sobre sí misma una olla de leche hirviendo. Mamá actuó rápido, le frotó jabón *Palmolive* sobre las quemaduras, cubriéndolas con espuma. Ella no tiene hoy algunas cicatriz visible.

A los cuatro, Myrna contrajo poliomielitis. Mamá y la señora Susana Medrano de Peña, una vecina de la misma colonia que tenía una niña de la misma edad y problemática que mi hermana, a diario, llevaron a las dos pequeñas al Hospital Universitario a recibir la adecuada rehabilitación, por un largo periodo. Por los cuidados médicos y la tenacidad de sus madres, las chiquillas lograron caminar con normalidad. El único vestigio de este proceso en mi hermana es una pequeña protuberancia en el empeine del pie derecho.

La segunda hija del matrimonio Rodríguez Arizpe era intrépida: montaba perros, cargaba gatos, trepaba bardas. Una vez, desesperada por su imprudencia, le lancé una piedra que le causó una herida en la cabeza. En otra ocasión, cuando ella intentó escalar una barda inestable, esta colapsó y los bloques le cayeron encima, sin causar heridas graves.

Hoy, al recordar todos esos incidentes, reconozco la entrega y valentía de mi madre. Siempre fue ella quien estuvo ahí, sola, resolviendo, curando, protegiendo. La figura paterna, en esas circunstancias, no estaba presente.

El alcoholismo de Tomás también acarreó problemas con los vecinos. En dos ocasiones, intervino la policía. En la primera, mamá pidió ayuda a unos amigos abogados para liberarlo; en la segunda, fui yo quien realizó los trámites necesarios para sacarlo de la cárcel. El primer caso fue más grave, él peleó con

un vecino a causa de un malentendido en estado de ebriedad. Hubo gritos, golpes y detenciones, aunque finalmente se resolvió; en ese momento yo tenía catorce años. Tiempo después, cuando yo estaba por cumplir los veintisiete, papá fue detenido como testigo de la muerte súbita de un señor en una cantina; mi padre se encontraba bebiendo y jugando dominó en la mesa contigua.

Cuando él fue una persona de la tercera edad, si bebía en la cantina, solía caerse en las aceras y calles. Los vecinos le conocían y le ayudaban a levantarse; para mí, esos episodios eran motivo de vergüenza. Yo era maestra en la escuela primaria de la colonia, mis alumnos también lo conocían y presenciaban ocasionalmente sus accidentes.

Después de muchos años, cuando apareció su enfermedad terminal, pude ver su fragilidad con otros ojos. Comprendí su historia, sus limitaciones, su entorno. El resentimiento que llevaba oculto en mi interior se hizo consciente y se transformó en perdón. Sané. Agradecí el amor que sí nos dio, y solté la amargura. Así, finalmente, encontré paz dentro de mí.

9. Tres castillos en el aire

“... es que mi reina no sabe una cosa: Que yo soy feliz si ella teje de rosa.” Rudy Flores, canción “Con hilo azul”

El matrimonio Rodríguez Arizpe tuvo tres hijas: Leticia, Myrna Elizabeth y Sanjuanita.

Yo nací cuando mis padres estaban por cumplir diez meses de casados; Myrna llegó al mundo tres años y cuatro meses después, y Sanjuanita nació casi seis años más tarde. Por la proximidad en edad, Myrna y yo compartimos muchas vivencias en un mismo contexto familiar. En cambio, la experiencia fue distinta con Sanjuanita; sus necesidades e intereses eran muy diferentes a los nuestros. Para mí, esta niña fue como una muñeca a la que debía proteger, especialmente en los momentos en que mamá enfrentaba problemas de salud.

Nuestro color de la piel, morena aperlada, y los rasgos faciales, de Myrna y míos, son semejantes a los de mamá y de la abuela Julia; Sanjuanita, en cambio, tiene más características de los Rodríguez: es de piel blanca, nariz ancha, boca y orejas grandes.

En un relato familiar muy antiguo se narraba que, siendo aún bebé, un tejón se metió a la cuna y mordió la nariz de Amalia. Aquel incidente le dejó una pequeña deformación, casi imperceptible. Con los años, su nariz se veía bonita: pequeña, respingada y proporcionada. Esa característica la heredamos las dos hijas mayores.

Otro miembro en la dinámica familiar fue nuestro primo Arnoldo Guajardo Arizpe, hijo de la tía Porfiria. Al terminar la

secundaria en General Bravo, se trasladó a nuestra casa para estudiar una carrera técnica en la Escuela Industrial Álvaro Obregón. Al concluirla, ingresó a la Normal “Miguel F. Martínez” para ser profesor de educación primaria. Tras titularse, obtuvo trabajo en Monterrey y vivió con nosotros cerca de ocho años más. Cuando falleció su padre, el tío Pedro, por una agresión con arma de fuego, Arnoldo solicitó su cambio de plaza al municipio de General Bravo, para estar cerca y al cuidado de su madre y hermanos.

Cuando Arnoldo siguió estudiando en la Normal Superior para prepararse como profesor de escuela secundaria optó por seguir la carrera durante los cursos de verano de esta institución. De nueva cuenta él volvió a vivir con nosotros, pero ahora para hospedarse durante esos periodos de formación docente.

Arnoldo se casó con la profesora Irene González Uribe, el 22 de diciembre de 1971, en su pueblo natal. Ella fue una hija más en la familia. Sus hijos —Juan Arnoldo, Abigail y Julio Guajardo González— se convirtieron en los primeros nietos de mis padres.

Como ya mencioné antes, las borracheras de papá solían ser tranquilas y alegres. Si estaba ebrio, era más fácil obtener algún permiso o algo de dinero, y aprendimos a seguir la indicación de mamá: no contradecirlo y simplemente “seguirle la corriente”.

A Tomás le gustaban los juegos de mesa como el dominó y la baraja. Solía jugar con sus amigos, muchos de ellos vecinos de nuestra cuadra y de la acera de enfrente. Las partidas de juego comenzaban los viernes o sábados por la noche y se extendían hasta el amanecer del día siguiente, en el patio de alguna casa, incluida la nuestra. Los señores bebían cerveza, comían

botanas, pero siempre mantenían el respeto hacia las familias anfitrionas. Papá nos enseñó a jugar dominó y algunos juegos con la baraja española, como el conquián, un antecedente del moderno Rummy.

Todavía conservo en la memoria aquellos fines de semana en los que papá llegaba entre las ocho y las diez de la noche, con unas copas encima y acompañado por músicos que contrataba en la cantina para ofrecernos serenata. A mamá le cantaban *Gema*, y a Myrna, *Muñequita Linda* (en realidad titulada *Te quiero, dijiste*). Todo fluía con ternura y alegría, pero si él pedía *La que se fue*, de José Alfredo Jiménez, la serenata terminaba abruptamente: Doña Amalia despedía a los músicos de inmediato.

A nuestros padres no les gustaba que usáramos ropa negra. Mamá decía que era como “llamar al luto”; pero, cuando vestíamos de ese color para seguir la moda, siempre recibimos un piropo encantador de papá, él nos decía: “¿Quién se moriría en los cielos, que los ángeles andan de luto?”. Él siempre fue cariñoso con nosotras, más cuando había bebido algunas cervezas.

Mi madre siempre quiso darle un hijo varón a su esposo, pero él decía que estaba feliz con sus tres hijas, nos llamaba sus “tres castillos en el aire”.

Papá nos llamaba de esa manera porque creía que en la cabeza de las mujeres sólo hay ilusiones, o dicho de otro modo, que la mente femenina es fantasiosa y soñadora. Él estaba equivocado. Hoy, las tres somos mujeres de trabajo, de proyectos y realidades, nobles, pero con carácter firme, tenaces y sin ambiciones mezquinas, tal como lo fue Amalia, y como lo fueron tantas mujeres de nuestra familia: hermanas,

madres, tías, abuelas, primas y sobrinas, de los Arizpe, pero también de los Rodríguez.

A veces, mamá se mostraba celosa de su ahijado y sobrino, Domingo Rodríguez Vargas, hijo del tío Gregorio, hermano de papá. Ella creía que Tomás le dedicaba más atención o le compraba más cosas que a sus hijas, pero nosotras nunca sentimos diferencias en su trato.

Aunque éramos una familia de clase media baja, nunca nos faltó lo esencial. Nuestra infancia fue feliz y transcurrió dentro de lo normal. Las tres estudiamos la primaria en la escuela de la Colonia Obrera: la “Profr. Conrado Montemayor”, entonces ubicada junto a la entrada principal de la Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey, sobre la calle Adolfo Prieto. Ingresamos directamente a ese nivel educativo sin haber cursado el jardín de niños o preescolar, el cual no era obligatorio en aquellos años.

Después seguimos caminos diferentes: yo estudié en la Secundaria No. 5 “Profr. Macario Pérez Cázares”, Myrna en la No. 4 “Miguel Alemán Valdés”, y Sanjuanita en la Secundaria No. 22, que en ese tiempo aún no llevaba nombre.

Myrna y yo elegimos la carrera de profesoras de educación primaria y, más tarde, nos especializamos como maestras de matemáticas en secundaria. Ambas ejercimos esa profesión. Sanjuanita estudió el bachillerato en la Preparatoria No. 1 y un semestre en la Facultad de Físico - Matemáticas de la UANL. Al suspender sus estudios universitarios, se inscribió en una carrera técnica como programador analista y de ahí egresó.

Don Tomás —así lo nombro ahora, como solía llamarlo la gente— fue, dejando de lado su alcoholismo, un padre respetuoso con nosotras. Salvo por las correteadas que nos

daba en la niñez, cuando interrumpíamos su siesta, jamás recibimos de él un grito, insulto o maltrato, ni siquiera verbal. Ni una sola vez lo vimos en ropa interior. Aunque delegó en mamá nuestra crianza, hubo momentos valiosos de empatía y cercanía con él.

Recuerdo el día que me encontró sentada en el piso, llorando tras mi primer desengaño amoroso. Me dijo: “No mi’ja, ningún cabrón como ése vale tus lágrimas”. Nunca le hablé de ese novio, pero él sabía por quién lloraba... y claramente no lo tenía en buena estima. Tiempo después, papá conoció a otro de mis pretendientes: un ganadero de Tamaulipas. Le caía bien, pues compartían intereses, como la cría de ganado. El hombre llegaba a casa a verme y a veces le mostraba a papá algún toro recién comprado. Esa relación no prosperó, pero cuando terminó, Don Tomás respetó mi decisión sin cuestionarla.

En el caso de Myrna, la historia fue casi profética. Un día, un grupo de compañeros de la Normal —tres varones y tres mujeres, incluida mi hermana— se reunió en casa para una tarea escolar. Estaban trabajando alrededor de la mesa de la cocina cuando papá llegó y, sin conocerlos, les dijo a los jóvenes: “Tengan cuidado, muchachos, porque estas 'pinguas' (traviesas) se los quieren secuestrar”. Con el tiempo, cuatro de ellos terminaron casados: Rubén y Héctor se convirtieron en esposos de Myrna y de su amiga Azalia, respectivamente.

La relación de Sanjuanita con Francisco González Alanís agradó a papá desde el principio. Conocía a sus progenitores desde la niñez, pues eran paisanos y contemporáneos. Sabía que Francisco había sido educado con los mismos valores que él admiraba: honestidad, sencillez, trabajo y responsabilidad. Además, el joven estudiaba medicina.

Don Tomás tuvo la dicha de ver casarse a Myrna con Rubén Sifuentes González y de compartir con ellos la felicidad de los primeros años. Alcanzó a conocer a sus primeros nietos: disfrutó del primer año de vida de Eva Valeria y sostuvo en brazos a Rubén Alán apenas siete días antes de morir. Recuerdo sus palabras de ese día: “Llega un hombre a esta familia y se va otro hombre”. Con esa frase, resaltaba el hecho de que, tras una vida rodeado de mujeres, su primer nieto varón llegaba para sustituirle y continuar su legado, pues él pronto dejaría de existir.

Durante el último año de vida de Tomás, Sanjuanita ya era novia de Francisco, quien estaba por terminar la carrera de medicina. Su acompañamiento fue un enorme apoyo para nosotras, guiándonos en cada etapa de la enfermedad de papá. Él nos indicó qué medicamentos administrar, cuándo llamar al médico y, finalmente, nos ayudó a saber el momento exacto para certificar legalmente su fallecimiento. Papá no pudo entregar a mi hermana menor en el altar, pero sí dio su bendición al enlace.

Antes de cerrar este apartado, quiero compartir un recuerdo que me llenó de orgullo y satisfacción. Al comenzar a trabajar, me propuse comprar una casa para mis padres, pues aún seguíamos viviendo en el domicilio rentado donde nacimos y crecimos, y del cual, papá, por costumbre, terquedad y antigüedad, se negaba a mudarse.

Tenía yo veintidós años cuando encontré una propiedad a menos de un kilómetro de distancia de nuestra casa, en el centro de la ciudad de Monterrey, muy próxima a la colonia Obrera. Al compartir los datos en la familia, dije: “Cada vez que paso frente a esa casa en taxi, algo me llama, tengo que voltear a verla”. Yo no hice nada en ese momento, pero días

después, Sanjuanita —que cursaba el último año de secundaria— fue a verla, anotó el teléfono y concertó una cita.

Gracias al impulso de mi hermana más pequeña, inicié los trámites. Conseguí un préstamo bancario, con el aval del profesor Francisco Cantú García y su esposa Carmen Valadez Sierra. Tiempo después supimos que, mientras yo gestionaba la compra, papá ya había ido a conocer la casa por su cuenta.

El día en que firmé el contrato y me entregaron las llaves, mis hermanas y yo fuimos con mamá a organizar la mudanza. Al llegar con el primer camión de muebles a la nueva vivienda, papá nos esperaba en la puerta. Fue el primero en entrar y recorrer las habitaciones. Él nunca más regresó a la casa anterior. Tampoco volvió a pelear por un derecho que creía tener por antigüedad. Yo me sentí profundamente feliz y agradecida por ese gesto de aceptación. Ese fue, sin duda, uno de los regalos más significativos que pude dar a mis padres.



10. Momentos de angustia y pérdidas dolorosas

“... Mira madre que en el mundo nadie te ama como yo, se acabó el amor de madre que era mi única ilusión.”

Canción mexicana. Autor desconocido.

Amalia tenía un carácter alegre y optimista. Siempre sonreía y ofrecía palabras de aliento a quienes la rodeaban. Rara vez la vimos enojada o triste, aunque sí hubo algunos momentos inusuales, que le provocaron quiebres en su habitual serenidad. En dos de ellos estuvieron involucrados sus sobrinos Arnoldo Guajardo y Luis Ortiz Quiroga.

Una tarde, cuando Myrna tenía cuatro años y aún tomaba biberón, Arnoldo y Luis, ambos hospedados en casa, decidieron jugarle una broma a la niña: amarraron un escarabajo verde, conocido como “mayate”, al biberón de la niña y lo lanzaron al techo de la casa. Esa noche, ya de madrugada, Myrna lloraba sin cesar, pidiendo su biberón para poder dormir. Mamá, indignada, hizo que los dos jóvenes subieran al techo a recuperarlo.

En otra ocasión, probablemente un viernes, los mismos muchachos no regresaron a casa después de concluir sus clases en la Escuela Álvaro Obregón. Se esperaba que llegaran al mediodía, pero se presentaron hasta la mañana siguiente. En aquellos años no había teléfonos celulares, tampoco teníamos una línea fija en el hogar, por lo que ella no recibió noticias acerca de la ausencia y pasó una noche llena de angustia. Cuando los vio regresar sanos y salvos, primero dio gracias a Dios, y luego, del susto pasó a la furia; ella descargó las frustraciones de su preocupación, al usar un metro de

madera y propinarles varios tablazos. Los jóvenes intentaban explicarle que habían sido invitados a Sabinas Hidalgo a presenciar un encuentro deportivo y que no pudieron avisarle, pero ella no les creyó. Pasaron varios días antes de que mamá lograra calmarse.

Otro incidente que alteró su ánimo fue provocado por Alberto, un estudiante de la Normal Básica, originario de Gral. Bravo, N. L. Una noche, Beto, juguetón por naturaleza, se impacientó por la tardanza de la cena. Cuando Amalia le dijo que apenas comenzaría a prepararla, él chasqueó los dedos con impaciencia y comentó: “Pero rapidito”. Mamá reaccionó de inmediato y le respondió: “A mí nadie me truena los dedos, y aquí mando yo. ¡En este momento se me larga de esta casa!”. Y lo echó, sin más.

Considero que yo fui una niña tranquila, obediente, responsable y colaboradora. Acompañaba a mamá en muchas tareas y rara vez le causaba molestias. Sin embargo, cuando estudiaba en la Normal Básica, a los catorce o quince años, tuve un arranque adolescente y discutí con ella por alguna tontería. Alzando la voz, le advertí que si seguía regañándome me iría de casa. Ella, que tenía un huevo en la mano mientras preparaba la cena, me dijo: “Te callas o te aviento este huevo”. En lugar de tranquilizarme le grité: “¡A que no me lo avienta!”. Y que me lo lanza. El huevo se estrelló en mi pecho, bañándome de clara y yema, frente a varios de los huéspedes. Hoy, recuerdo aquella escena con amor y gratitud. Sé que ella me perdonó el exabrupto, y jamás volví a faltarle al respeto.

Las ocasiones de mayor tristeza y dolor para Amalia fueron causadas por las muertes de sus padres y esposo. Papá falleció el 19 de septiembre de 1985, justo el día que cumplían

31 años de casados y mamá celebraba su cumpleaños número 61.

El diagnóstico de cáncer de pulmón de papá llegó en enero de ese mismo año, después de un accidente que él tuvo. Nunca supimos con certeza si fue atropellado o si cayó en una banqueta, como él decía. Lo cierto es que presentaba un enorme hematoma alrededor del abdomen. Mi cuñado Francisco recomendó realizar estudios y se detectó una neoplasia. Aunque los médicos iniciaron una operación para extirpar el tumor, optaron por cerrar sin realizar la cirugía, al descubrir metástasis extendida a los huesos.

Por ocho meses papá fue objeto de estudios, hospitalizaciones, quimioterapia y radiaciones. Entraba y salía del hospital, por 3 o 4 días. Mamá no acudía al hospital por causa de sus propios padecimientos. Sus hijas le cuidamos en esos episodios: Sanjuanita, de 7 a 14 horas, Myrna de 14 a 22, y yo de 22 a 7. Si él debía estar internado en fin de semana, Arnoldo venía de Gral. Bravo para cubrir los turnos vespertino y nocturno.

En casa, Amalia se hacía cargo de atenderlo, con admirable fortaleza. Jamás se quejó. Fue estoica, valiente, firme. A él lo vimos sufrir intensamente, perder más de cuarenta kilos, su piel morena se tornó pálida, casi blanca. Durante las crisis de mayor malestar, papá decía aceptar la voluntad divina y solo cuestionaba la lentitud del proceso que le acercaba al final de su vida.

Meses antes de su partida, y sin hacerle algún reclamo, yo me reconcilié con él. Dejé atrás viejos rencores por su alcoholismo, comprendí su condición humana y agradecí que hubiese sido nuestro padre. Al despedirlo, sentí paz; en

silencio agradecí a Dios que él, al fin, descansara de tanto sufrimiento.

Una semana antes de la muerte de papá nació Rubén Alán, su primer nieto varón. Para Amalia, la llegada del bebé fue un motivo para seguir adelante. Lo asumió como un regalo de Tomás, al que ella debía proteger. Ella cuidaba al niño y a su hermanita, en nuestra casa, mientras los padres trabajaban. Verlos crecer le devolvía algo de alegría, pero, cuando se los llevaban al mediodía, volvía la sombra de la tristeza a su rostro.

Amalia soñaba con Tomás a menudo. Decía que, si él la abrazaba en el sueño, ella pronto recibiría un premio de la lotería. Por extraño que pareciera, casi siempre sucedía algo así, aunque fuera un reintegro; la cantidad era pequeña, pero alegraba su día.

Mamá y la tía Valeria solían visitar su pueblo natal cada tres o cuatro meses. En los primeros años que yo recuerdo iban acompañadas de sus esposos e hijos pequeños; después fue el tío José Héctor Treviño quien las llevó. Tras la muerte del tío fue mi cuñado Rubén quien asumió el rol de chofer. En esas jornadas no solo visitaban a sus padres, también se daban tiempo para ir a saludar a sus hermanos y hermanas.

El siguiente gran dolor para Amalia fue la pérdida de su padre, el abuelo Pedro Arizpe. Aunque envejecido y con la vista mermada, su progenitor conservó la memoria lúcida hasta el final. Falleció a los 95 años de un paro cardíaco.

Mamá lloró su pérdida, al igual que toda la familia, pero todos debieron sobreponerse al dolor propio para consolar y acompañar a la abuela Julia. En esos momentos, la más afectada por el fallecimiento fue la tía Mela; ella siempre tuvo

un vínculo especial con el abuelo, de confianza y complicidad. Estando soltera él fue su confidente, ella solía contarle historias de su noviazgo con el tío Eugenio, y él, entre risas, bromas y una que otra palabrota, le daba consejos para sortear las tentaciones de la juventud.

Sin duda, la pérdida más devastadora para Amalia fue la muerte de su madre, la abuela Julia. Con este deceso, se quebró profundamente. Le costó años volver a sonreír.

La abuela tuvo dificultades para caminar desde que tenía como sesenta años, por problemas circulatorios. Al principio, ella usaba bastón, pero luego fue perdiendo la movilidad hasta quedar postrada. Las hijas y nueras la cuidaron con ternura y dedicación; los hijos varones y los yernos también contribuyeron en distintas formas a suministrar lo necesario y satisfacer necesidades de la situación; sin excepción, todos se sumaron para proveer la asistencia requerida, siempre con cariño y esmero.

Un detalle hermoso de mis abuelos maternos fue que, a pesar de todo, Doña Julia y Don Pedro jamás quisieron dormir separados. Compartieron cama durante casi setenta años. Solo al final, por necesidades médicas y de cuidados específicos, aceptaron la separación física. Cuento este gesto de la pareja como ejemplo de amor, de compromiso y entrega mutua, como evidencia de la unidad conyugal que supo vencer dificultades, procrear una gran familia, alcanzar logros, amar y ser feliz.

Las fortalezas espirituales de Amalia fueron también virtudes compartidas por todos los hijos del matrimonio Arizpe Guerra. La solidaridad, el respeto, la alegría de vivir y el amor por la familia eran sellos distintivos de este clan. Por eso, al fallecer el abuelo Pedro, no hubo conflictos. Todos sus descendientes

directos firmaron en favor de la abuela, cediéndole facultades como heredera universal; así, ella pudo vender tierras y propiedades, a algunos de sus nietos. Con el dinero recaudado se generó un fondo para cubrir las necesidades médicas de la anciana, incluida una cuidadora nocturna.

Las hijas y algunas nueras se organizaron en turnos para acompañar a Doña Julia, día y noche. Cada una cubría una semana completa y, al cabo de dos meses, repetía una jornada similar. Las tías Chela y Valeria, que vivían fuera de General Bravo, se organizaban para poder permanecer una semana entera en la casa de su madre, y así apoyar al resto de familiares. Amalia, por su salud, no podía cubrir los siete días, así que nosotras le apoyábamos al contratar a una mujer del pueblo para cubrir el turno asignado a mamá; el fin de semana, ella viajaba al pueblo y ayudaba en lo que podía. La abuela Julia también falleció de un paro cardíaco, a los 93 años.

Amalia sobrevivió a su madre casi cuatro años. Su tristeza era evidente. Pocas cosas la hacían sonreír: algún premio menor en la lotería, el ingreso extra por leer la baraja, una serenata sorpresa, un aniversario importante o un pequeño logro de sus nietos. Cada día 10 de mayo era para ella un día de sentimientos encontrados; sentía nostalgia profunda por los que ya no estaban y alegría fugaz por los que la rodeaban.

El dolor por perder a su madre la acompañó hasta el último día. Tanto así, que nos pidió incluir en su última serenata la canción *Amor de madre*.

11. Nuestra cómplice

Ella ha estado con nosotros siempre que la necesitamos, aún más allá de su vida. Nos ha aconsejado y protegido en el momento oportuno.

Nosotras compartimos confidencias con amigas, pero quien realmente conocía nuestros secretos era Amalia, nuestra madre. Por su intuición maternal o por ese don especial que poseía, siempre supo cómo hacer que le contáramos lo que nos ocurría día con día.

Al regresar a casa, de la escuela o del trabajo, nos recibía con la misma pregunta: “¿Cómo te fue?”. Y sin darnos cuenta, comenzábamos a narrar las incidencias del día: lo ocurrido en clases, en la oficina, con amigos o colegas. Si se ameritaba, nos brindaba siempre una palabra pertinente, un consejo acertado, una calma inmediata. Si alguna de nosotras intentaba ocultar algo, como el interés por algún joven o el inicio de un noviazgo, Amalia no tardaba en descubrirlo. A los dos o tres días del secreto nos interrogaba, en tono de broma, hasta que terminábamos confesándole todo; luego de eso, seguía una guía sensata de recomendaciones, basada en su experiencia de vida, en el conocimiento adquirido a través de los años y en su inmenso amor por nosotras.

Amalia no fue una madre autoritaria, pero tampoco permisiva. Desde pequeñas, nos marcó límites claros, ganándose nuestro respeto y confianza con el ejemplo de mujer honrada, trabajadora, amorosa. Fue nuestra amiga, nuestra consejera, pero también nuestra cómplice fiel en los proyectos más locos y en las aventuras más personales.

Nos respaldó en la mayoría de nuestras decisiones, aunque había una en particular que le generaba gran angustia: el viajar fuera de la ciudad. Ella tenía fobia a desplazarse por carretera; su miedo se intensificó tras un accidente automovilístico que sufrió mientras acompañaba a los tíos Criselda y Alejandro rumbo a San Juan de los Lagos, Jalisco. El motivo de aquel viaje fue el de cumplir una manda y, como mamá era devota de esa Virgen, aceptó la invitación. Durante el trayecto, el vehículo se salió de la carretera y dio varias volteretas en la cuesta de Mamulique, en Sabinas Hidalgo. No hubo pérdidas humanas, pero el trauma quedó grabado en ella, y desde entonces evitó los viajes largos. Aun así, nunca dejó de visitar a sus padres en el pueblo natal, a unas dos horas de camino. Cada vez que debía hacer ese recorrido, se llenaba de ansiedad, se encomendaba a Dios, y sólo respiraba tranquila al llegar a su destino.

Pese a sus temores, un día aceptó mi invitación para ir juntas de vacaciones a Mazatlán. Yo atravesaba una etapa de estrés laboral y sentía la necesidad de desconectarme de mis obligaciones. Además, veía cómo mamá envejecía y temía que, en poco tiempo, ya no pudiera disfrutar un viaje como ese. Mis hermanas no podían acompañarnos, pero las dos respaldaron la idea. Para convencer a Amalia le aseguré que no iríamos por carretera; y así, venciendo sus miedos, mamá se subió por primera vez a un avión.

Nos hospedamos en un hotel con playa privada, paseamos en las famosas “pulmonías” por la ciudad, compramos artesanías, comimos en distintos restaurantes, reímos mucho. Mamá se relajó en un jacuzzi del hotel, y hasta se adentró dos metros en el mar; ella rio a carcajadas cuando una ola la derribó y le dio una voltereta en la arena, a la orilla del mar. Antes de abordar el vuelo de regreso, ella no pudo resistirse a

comprar unos boletos de lotería, su pequeño vicio. Regresó feliz de aquel viaje; lo fue aún más, al recibir la cálida bienvenida de hijas, yernos y nietos, en el aeropuerto y al llegar a casa.

Meses después, cuando el trabajo volvió a presionarme, me dijo con ternura: “Renuncia al puesto... y vámonos a Mazatlán.” Lamentablemente, antes de poder hacer planes de viaje, recibimos el diagnóstico de su enfermedad, y ya no hubo tiempo de cumplir ese deseo.

Recuerdo que, cuando los compromisos laborales me exigían viajar, sola o con personas que ella desconocía, me alentaba a cumplir. Cuando fui parte de un equipo que escribió libros de texto para estudiar matemáticas en educación secundaria, me apoyó totalmente; iba a sacarme copias a la papelería y hasta me liberó de mis responsabilidades domésticas.

Permanentemente estuvo ahí para cada una de sus hijas. En las reuniones en mi casa, con alumnos, colegas o amigos, mamá estuvo presente. Fue la señora de respeto, la anfitriona silenciosa, la que sostuvo el hogar sin hacer alaraca. Sin ella, nada hubiera sido posible.

A pesar de sus temores e inseguridades, nos dio libertad para vivir la vida a nuestro modo. Nunca me impuso límites ni coartó nuestro tiempo.

12. Una nueva generación

Las familias somos como las ramas de un árbol: crecemos en diferentes direcciones; sin embargo, nuestras raíces permanecen como una sola.

Autor desconocido

Amalia alcanzó a conocer a los nietos y pudo participar de su crianza durante varios años.

Con la familia de su hijo de crianza, formada por Arnoldo, Irene y sus hijos Juan Arnoldo, Abigail y Julio, ella compartió momentos de afecto. Convivió más con Juan Arnoldo porque él vivió con nosotros durante cinco años; al concluir el bachillerato en el pueblo, el joven vino a la ciudad a estudiar la carrera de Contador Público y Auditor en la UANL.

Al cuidar de Valeria y Alán, desde el nacimiento, mi madre los vio crecer y los acompañó durante más tiempo. Ella fue testigo de la conclusión de su educación primaria y secundaria; cuando falleció, los dos adolescentes cursaban el bachillerato. Nuestro padre también compartió la dicha de cargar a estos dos nietos, aunque por poco tiempo, a Valeria por un año y Alán por unos cuantos días.

Sanjuanita contrajo matrimonio con Francisco en 1987. El tío José Héctor Treviño Acuña, esposo de la tía Valeria, representó a papá en las ceremonias civil y religiosa. Sus hijos Francisco Fabián, Xahaira Elizabeth, Guillermo Omar y Lorena fueron parte de las pocas alegrías de Amalia durante su viudez. Amalia solo los cuidó ocasionalmente, ya que al no tener un empleo fuera de casa, mi hermana se encargaba de sus hijos.

Cuando mamá murió, los niños tenían respectivamente trece, doce, once y cinco años.

En septiembre del año 2000, Amalia cumplió setenta y seis años. A la medianoche del día 18 le llevamos una serenata con mariachis. Al avanzar los primeros minutos del diecinueve, las notas de “*Las Mañanitas*” resonaron frente a nuestra casa. Al salir a la cochera, mamá se encontró con las hijas, yernos y nietos que no vivían con ella; todos la abrazamos y le expresamos buenos deseos. Ninguno de nosotros imaginó esa noche que estábamos en el último cumpleaños, aunque los niños percibían que algo no andaba bien en la salud de Amalia, como se evidencia en los mensajes que le escribieron ese día:

Güela: Gracias por haberme aguantado tantos años, a mí y a todos nosotros. Espero que nos aguantes muchos años más. —*Valeria, 16 años.*

Güela: Felicidades por tu cumpleaños y que sigas bien para que puedas vernos a nosotros viejos. —*Alán, 15 años.*

Güela: Espero que cumplas muchos años mas (sic), que te mejores, que te recuperes y que cumplas muchos años masss (sic). —*Paco, 13 años.*

Güeli: Espero que cumplas muchos años mas (sic) porque yo y los demas (sic) te queremos mucho y no queremos que te pase nada malo. —*Xahaira, 12 años.*

Güela: Espero que te balla (sic) bien en tu cumpleaños porque todos te queremos. —*Memo, 11 años.*

(Lorena no dejó mensaje escrito, pues tenía solamente 5 años y no sabía escribir.)

En las reuniones familiares, el cariño y la unión familiar fueron protagonistas inevitables, entre Amalia y su descendencia, ya fueran en casa, en algún paseo o en un restaurante.

El tiempo no se detiene, y como es natural, la vida de los descendientes de Amalia y Tomás siguió su curso: crecieron,

estudiaron, trabajaron y formaron nuevas familias. Al momento de escribir estas líneas, el número de bisnietos —los nietos de mis hermanas— asciende a siete; nuestra madre ya no alcanzó a conocerlos.

- De Rubén Alán Sifuentes Rodríguez y Sara Lucía Reynoso Rodríguez: Alessia Isabela (2014), Zaid Alán (2022) y Sara Valeria (2024).
- De Xahaira Elizabeth González Rodríguez y Gustavo Caballero Pérez: Ethan Gustavo (2021) y Aria Elizabeth (2024).
- De Francisco Fabián González Rodríguez y Mariana Garza Garza: Mariano (2021).
- De Lorena González Rodríguez y Víctor Alfonso Flores Lumbreras: Matías (2024).

Guillermo Omar González Rodríguez está casado con Evelyn Tovar García, aunque aún no tienen hijos. Por su parte, Valeria permanece soltera y sin descendencia.

Con total certeza puedo afirmar que esta historia no terminará con estos siete bisnietos. El árbol de la vida familiar seguirá extendiendo sus ramas, floreciendo con nuevas generaciones. Solo es cuestión de tiempo para que así sea.

13. Ocaso de la existencia física

La muerte nos arrebató su cuerpo y le impidió seguir físicamente junto a nosotros; sin embargo, ella se volvió inmortal en nuestros recuerdos.

En abril de 2001, durante la Semana Santa, —el día 11 o 12—, mamá me comentó, con aparente tranquilidad, que le había salido una pequeña llaga en el seno izquierdo. Al revisar la lesión me alarmé profundamente por el aspecto de la lesión y de inmediato llamé a mi cuñado Francisco para que fuera a valorarla. Él se encontraba fuera de la ciudad, participando en una misión religiosa en el municipio de Galeana. Aun así, me aseguró que acudiría dos días después, y cumplió su palabra.

Después de auscultarla, Francisco me dio la noticia con firmeza, aunque con cuidado, me dijo: “Con un 99 % de certeza, es un cáncer de seno... y está muy avanzado.” La semana siguiente, Amalia fue revisada por el oncólogo del servicio médico del ISSSTELEÓN y, tras una serie de estudios urgentes, se confirmó el diagnóstico. El especialista recomendó iniciar un tratamiento químico para reducir el tamaño del tumor antes de intervenir quirúrgicamente.

Inicialmente, le administraron un medicamento oral que logró reducir el tumor a la mitad en solo una semana. Luego, el médico ordenó la primera sesión de quimioterapia, aplicada de forma ambulatoria el 30 de abril. En aquellos años —hace ya más de dos décadas— los efectos secundarios de la quimioterapia eran intensos: náuseas, vómitos, ardor interno, debilidad extrema, entre otros; mamá los padeció todos. Su organismo, ya debilitado, sufrió mucho.

El miércoles 2 de mayo, a eso de las 5 de la tarde, a solicitud nuestra, el oncólogo la visitó en casa. Esperaba encontrarla en recuperación, pues habían transcurrido casi 72 horas desde la aplicación del tratamiento, las más difíciles, según la opinión del médico. Sin embargo, al verla tan deteriorada, ordenó su traslado inmediato al hospital esa misma noche.

Ese día yo había salido a trabajar, pero regresé en cuanto me avisaron de la gravedad de su estado. Mientras esperábamos la ambulancia, ocurrió algo que nunca olvidaré. Tal vez fue por el don que mamá poseía, o por esa antigua creencia de que un ser querido viene a buscar al alma que está por partir, o quizá por las alucinaciones provocadas por la fiebre; lo cierto es que, delante de todos los que estábamos reunidos a su alrededor, la escuchamos decir con absoluta claridad que ya se iba, que papá había venido por ella y que la esperaba en el patio. Instintivamente, volteé hacia el patio del fondo, ya sumido en la oscuridad de la noche, y, llena de ansiedad e impotencia, grité al posible espíritu de mi padre que no permitiría que se la llevara.

Al ser hospitalizada fue ingresada a terapia intensiva. Le detectaron un fallo pancreático y un nivel de glucosa superior a 700: estaba entrando en coma diabético. Sus hijas y yernos nos turnamos para acompañarla desde una sala contigua, pues no se permitía la permanencia de familiares junto a su cama. Solo podíamos verla cinco minutos durante los cambios de turno: a las 7:00, 14:00 y 22:00 horas. La atención médica fue excelente, y mucho ayudó el que Francisco trabajara en ese mismo hospital.

El sábado 5 de mayo me correspondía a mí la primera guardia del día. Llegué quince minutos tarde y no me dejaron pasar a saludarla. Fue Myrna quien habló por última vez con ella, a eso

de las 7 de la mañana. Antes de entrar, el médico le comentó que mamá mostraba mejoría y que probablemente ese mismo día la trasladarían a una habitación privada. Cuando Myrna lo comunicó a la enferma, la respuesta de Amalia fue tajante: “No... ya no.”

Mi hermana regresó a casa a descansar mientras yo permanecía de guardia. Estaba en la sala de espera del hospital, en el quinto piso, frente al área de terapia intensiva, rezando el rosario. Cuando recitaba la letanía del cuarto misterio glorioso —la Asunción de la Virgen María al cielo— viví algo inexplicable. Escuché, muy claro, en mi interior, una voz femenina que me dijo: “No tengas miedo... yo me la llevo.” Sentí que era la Virgen quien me hablaba; entre lágrimas incontenibles, le respondí: “Madre mía... a ti no te la puedo negar.”

Levanté la vista del libro de oraciones, justo para ver por los cristales de las puertas de terapia intensiva a varias enfermeras que corrían, empujando el carrito de electrocardiogramas. Supe, sin dudarlo, que se dirigían hacia mi madre, pero ... ya era tarde. Ella había partido.

Llamé de inmediato a Sanjuanita para pedirle a su esposo Francisco que se comunicara al hospital para solicitar información. Sin embargo, antes de poder hablar con él, por otra vía telefónica, ya le estaban notificando el deceso.

Ese mismo día, durante las horas de la madrugada, Sanjuanita había tenido un presentimiento. Ella había despertado de repente y vio cómo el techo de su habitación se iluminó con una luz que formaba la silueta de un ángel con las alas extendidas. El mensaje le quedó claro; ese ser de luz venía por alguien.

Permanecí en la sala de espera del hospital hasta que llegó Francisco; él me ayudó a realizar los trámites para entregar el cuerpo a la funeraria. Mientras aguardaba su llegada se presentaron mis tías Esthela, Criselda y Manuela, hermanas de mamá, que habían viajado desde General Bravo para verla. Me tocó darles la noticia; nos permitieron pasar a despedirnos de ella, ... juntas y entre lágrimas, le dimos el último adiós.

Las tres hijas estamos convencidas de que Amalia sabía que su final estaba cerca. Tal vez, sucedió lo que ella temía; quizá, se lo reveló su baraja. En vida, muchas veces le preguntamos por qué no la usaba para ella misma, para adivinar los números ganadores de la lotería. Siempre nos respondió: “No debo hacerlo, porque podría ver mi muerte.” Tal vez un día tuvo la sospecha, leyó las cartas, y lo confirmó.

Semanas antes de ser diagnosticada la enfermedad, Amalia comenzó a dejar todo preparado: al recibir el dinero de una tanda de ahorro, pidió que se liquidaran las aportaciones restantes y se guardara el resto para pagar a los mariachis que habrían de llevarle su última serenata en el panteón.

Además de lo anterior, nos indicó el vestido que su cuerpo debería llevar al ser enterrada; pidió que dentro del ataúd colocáramos su última baraja, sus prótesis dentales y un rosario entre sus manos. Nos instruyó acerca de las canciones que deberían cantarse en la serenata: *Julia*, *Mi linda esposa* y *Amor de madre*, como tributo a los tres grandes vínculos de su vida: su madre, su esposo y sus hijas. Mientras se realizaba el proceso de depositar sus restos en la tierra se cumplió su voluntad. Los músicos añadieron, por iniciativa propia, la melodía-oración *El pescador*.

Hoy comprendo que el haber pedido aquella última serenata fue un muestra de la sabiduría que ella tenía. Las canciones

que se interpretaron en su despedida nos permitieron llorarla con el alma y desahogar la pena. Al mismo tiempo, al “obligarnos” a escuchar esas melodías nos preparaba para superar el duelo y alcanzar la resignación poco a poco; hoy, asociamos su recuerdo a las notas melódicas de sus canciones preferidas, con amor y nostalgia.

Definitivamente, al final de su existencia física, honramos su memoria, no con silencio, sino con música y llanto. Sí, con lágrimas... pero también con inmensa gratitud por todo lo que ella significó en nuestras vidas.

El domingo 6 de mayo, ya en casa, nos reunimos las hijas, yernos y nietos. Habíamos comprado comida para compartir. Estábamos en la cocina cuando, de pronto, se escucharon ruidos en la recámara de mamá. Fui a revisar y me encontré con un pequeño pajarillo —un “chilero”, como ella los llamaba— posado en el centro de su cama, como empollando. El animalito no se movió cuando llamé a mis hermanas; al verlo, no pudimos evitar soltar lágrimas, pues interpretamos la situación como una despedida.

Con tristeza, recordamos que Amalia les arrojaba arroz cocido a los pájaros en un pequeño patio interior, todas las mañanas; las aves, descendían a comer durante el día. Tal vez, el ave solo buscaba el alimento que no había recibido en varios días, pero ... para nosotras significó mucho más.

El animalito permaneció sobre la cama unos minutos más y luego voló. Al poco rato comenzó a caer una llovizna ligera. Interpretamos este fenómeno como otra señal, quizá, nos indicaba que el alma de nuestra madre ya había emprendido su vuelo hacia la eternidad y estaba siendo recibida en el cielo.

14. Su herencia bajo nuestra piel

Por nuestras venas fluye una misma sangre y, como familia, estamos unidos a un pasado común; sin embargo, tal herencia se vuelve cimiente de puentes, que, fortalecidos por otros linajes, conducen al futuro de las nuevas generaciones.

En el legado genético y espiritual de Amalia y Tomás a sus descendientes es posible identificar ciertas fortalezas y debilidades. Éstas no se presentan de manera idéntica ni con el mismo predominio en hijas, nietos y bisnietos, pues las nuevas generaciones se forman con otras aportaciones que matizan y enriquecen la herencia original.

Desde el punto de vista físico, los Arizpe se han distinguido por su fortaleza, buena salud y longevidad. Son personas de piel blanca, generalmente altas y delgadas. Del abuelo Pedro resalto, especialmente, su memoria prodigiosa, conservada intacta hasta los noventa años.

En contraste, los Guerra tienden a una estatura media, con propensión a la obesidad y a problemas vasculares en las piernas. Al observar las fotografías de la abuela Julia —en particular la de su adolescencia— se advierten rasgos físicos de herencia indígena.

Dentro de la familia Arizpe – Guerra se pueden encontrar miembros que exhiben predominantemente las características de uno u otro linaje, aunque muchos combinan ambos de manera armónica.

Los padres de Tomás formaron la familia Rodríguez – Rodríguez. Ambos progenitores compartían grados de

consanguinidad, aunque lejanos, por dos parejas de ancestros en común, pentabuelos de quien esto escribe. Me refiero, por una parte, a Juan José Rodríguez de Montemayor y a María Xaviera de la Garza (Ver posiciones 63, 67, 79 y 64, 68, 80 de las secciones 2 y 4 del árbol genealógico, Parte II de esta obra); y por otra, a Juan Joseph Cristóbal Cantú Guajardo y María Josefa Margarita de la Garza Falcón González de Quintanilla (Ver posiciones 71 y 72, sección 3 del árbol genealógico, misma fuente anterior).

Cabe mencionar que esas dos parejas también están incluidas en la categoría de mis hexabuelos, como ancestros de Tomás, pero también de Amalia (Ver secciones 3, 5 y 7 del árbol genealógico, misma fuente anterior).

La mayoría de los integrantes del clan Rodríguez tiene la piel blanca, sobre todo en la generación de los abuelos y sus ascendientes, aunque abundan también los tonos de piel morena clara o “aperlada”. Al observar las imágenes de los familiares de papá, en la galería fotográfica del Anexo I, pueden apreciarse rasgos faciales muy similares entre ellos.

En cuanto al estado de salud, entre los Rodríguez, se detectaron vulnerabilidades, quizás de origen genético. En las generaciones pasadas se registraron numerosas muertes infantiles por diversas causas. Ya en tiempos más recientes, varios miembros adultos —incluido papá— fallecieron a causa del cáncer en distintos órganos del cuerpo.

En el plano actitudinal, los hombres y mujeres Arizpe – Guerra se han destacado por su nobleza, sencillez, espíritu de servicio y gran capacidad de trabajo. Los lazos de unidad entre ellos fueron notorios. En contraste, entre los varones Rodríguez – Rodríguez se observó cierto distanciamiento, quizás motivado por la dispersión geográfica, las exigencias

laborales o los estilos de vida —incluidas las adicciones al alcohol y al tabaco. De las tías paternas recuerdo con cariño su trato afectuoso y su fortaleza, a pesar de las exigencias de la vida doméstica que debieron enfrentar y de la crianza de familias numerosas.

Las mujeres de ambas estirpes merecen un reconocimiento especial de nuestra parte. Abuelas, madre y tías se distinguieron por su amor y fidelidad hacia un solo hombre, por su compromiso con el hogar y los hijos, y por la solidaridad con su pareja. Es probable que muchas de ellas pudieran haber destacado en algún campo profesional, pues contaban con inteligencia y dedicación; sin embargo, la falta de oportunidades educativas limitó su desarrollo en ámbitos externos al hogar.

Recuerdo a la abuela Julia, fuerte y trabajadora, iniciando labores desde el amanecer. Ella fue comadrona de su comunidad en General Bravo. Con sus propias manos ayudó a traer al mundo a muchos niños, incluidos algunos de sus nietos.

De la abuela Avelina, en cambio, conservo la imagen de una mujer triste y agotada, resignada con su destino, marcada por las adversidades, pero con una profunda fe en Dios; muy devota, tierna y sincera. Ella fue quien me enseñó a rezar mis primeras oraciones, cuando yo tenía seis años.

En el ámbito de lo místico y espiritual, estoy convencida de que Amalia nos transmitió un don especial a sus descendientes. Una sensibilidad e intuición por encima de lo común. Lo que algunos llamarían percepción extrasensorial o habilidades psíquicas ha estado presente, de manera evidente, en los sucesores de las siguientes generaciones.

A lo largo de este libro he narrado algunas experiencias mágicas o sobrenaturales vividas por mis hermanas y por mí. Agregó otras a continuación, las que parecen confirmar la existencia de ese vínculo con lo invisible.

Mamá solía contarnos que me escuchó llorar dentro de su vientre antes de que yo naciera. En lo personal, he tenido presentimientos que, al verbalizarlos, se cumplen como si los hubiera decretado. En ocasiones, sin querer, al pasar la mirada por personas o cosas a mi alrededor, han tropezado o caído.

Sanjuanita llegó “con torta bajo el brazo”; la noche en que nació, mamá ganó el segundo premio de la Lotería Nacional. Ella también ha tenido presentimientos, especialmente relacionados con situaciones trágicas, que se han vuelto realidad.

Sin lugar a duda, quien ha manifestado mayor sensibilidad espiritual es Myrna. Ella ha visto figuras humanas que le transmiten mensajes. Algunos de esos seres le han causado ligeras molestias físicas para captar su atención. Los mensajes que ha recibido han sido validados por los respectivos destinatarios. Así ocurrió con su cuñado César, con la tía Valeria, con el tío Juan, y especialmente, ... con mamá.

Un testimonio reciente del don que Amalia heredó ocurrió al inicio del año 2017, cuando Myrna vivió una experiencia espiritual que nos involucró a todas las mujeres descendientes.

Los mensajes del más allá

El 9 de enero de 2017, casi dieciséis años después de la partida de Amalia, Myrna despertó en la madrugada con la

certeza de que nuestra madre había estado junto a su cama. El espíritu le pidió que escribiera un mensaje. Mi hermana obedeció y redactó textualmente:

El año 2017 será un año difícil para Lety y Juany, con problemas que se solucionarán y con grandes acontecimientos. Está todo en los números:

2017 – 12 de julio – Lety

2017 – 21 de octubre – Juany

Las siete mujeres de la familia (Lety, Myrna, Juany, Valeria, Xahaira, Lorena y Amalia [su foto]) deben reunirse alrededor de una mesa con vela, agua bendita y una cruz, para rezar la oración de sanación.

Convencidas del valor del mensaje, nos reunimos pocos días después y realizamos el ritual exactamente como se indicó. Al inicio, Myrna dijo: “La luz blanca de pureza y sanación nos guiará.” Luego, con agua bendita, dibujamos una cruz en nuestra frente y sobre el corazón. Entonces, comenzó la oración dictada por Amalia:

Oración de Sanación

Jesucristo, nuestro Señor Dios:

Por petición de tu hija Amalia Arizpe Guerra, que se encuentra en tu reino, nos encontramos reunidas aquí todas sus descendientes femeninas para pedirte con todo el corazón nos des la fuerza necesaria para liberar de nuestra alma todo enojo, ira, resentimiento, odio y rencor que, consciente o inconscientemente, guardamos en contra de aquellas personas que pensamos o creemos nos hicieron daño o trataron de alguna forma de herirnos... Te pido a nombre de mi madre, que intercede por nosotras en tu presencia, nos liberes de estos sentimientos que se encuentran en

nuestra alma y nos des la paz que necesitamos ya que nos está dañando físicamente en el cuerpo.

Lety: Hígado

Valeria: Estómago

Myrna: Corazón

Yahaira: Boca

Juany: Pecho

Lorena: Piernas (muslos)

Dios, permítenos sanar con tu divina misericordia los males que nos aquejan y libéranos de todo mal, envidia, que nos quieran hacer, así como nosotras liberaremos este mal o envidia que alguna vez hemos sentido hacia ciertas personas.

Las mujeres de la familia somos la fuerza que sostiene a la familia unida con amor y superamos el dolor que los hijos y/o esposos nos causan, apoyando de manera incondicional.

Padre nuestro pedimos perdón si alguna vez te ofendimos.

Gracias, señor, por oír nuestra petición y, al salvar nuestra alma, toda dolencia y mal físico desaparecerá.

Gracias, señor, por tu misericordia infinita. En ti confiamos.

En el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo, te lo pedimos con fervor. Amén.

Aunque para algunos esta experiencia pueda parecer fantasiosa o producto de una ilusión o enfermedad mental de Myrna, para nosotras fue un suceso real y profundamente significativo. En aquellos momentos de la aparición había una coincidencia de dígitos entre los números del año 2017 y nuestras fechas de nacimiento; según los números correspondientes a día y mes de cumpleaños, las cifras de Sanjuanita son 2210, y las mías, 0712.

Al mes siguiente de aquel ritual que realizamos, los hechos comenzaron a confirmarse. A mí me detectaron una bolita en el seno izquierdo. Tras estudios, cirugías y procedimientos

médicos, me diagnosticaron cáncer, del mismo tipo que tuvo mamá. Todo el año 2017 fue de entrada, estancias, tratamientos y salida de hospitales. El tumor descubierto en mi cuerpo estaba en su primera etapa. Con fe y atención médica logré recuperarme y gozar de años de buena salud.

Los momentos difíciles de Sanjuanita se presentaron con su familia. Su hija Xahaira tuvo que ser operada por una grave infección en nariz y paladar; fue una cirugía delicada que se realizó en la Ciudad de México. Dos semanas después de este suceso, su esposo Francisco sufrió una trombosis pulmonar que puso su vida en peligro. Ambos lograron recuperarse gracias a Dios y al apoyo médico.

Por fortuna, terminamos el año 2017 con salud y felicidad, celebrando el matrimonio de Francisco Fabián, hijo mayor de Juany, con la joven Mariana Garza, al finalizar el mes de noviembre.

En la siguiente generación de los descendientes, la de los nietos de Amalia y Tomás, también hemos observado señales de sensibilidad espiritual. Rubén Alán ha percibido presencias, sombras, contactos leves a su piel y movimientos inexplicables. Francisco Fabián tuvo un encuentro en España con una mujer gitana que le “leyó las cartas”; él asegura que la imagen y el discurso de esa señora eran idénticos a los de su abuela. Xahaira ha soñado muchas veces a Amalia, quien le ha advertido sobre acontecimientos futuros que, al tiempo se cumplieron.

Entre los bisnietos, hemos notado que la mayoría de los niños, durante el lapso entre los cinco y diez meses de edad, han sonreído en mi casa a alguien que ninguno de los adultos podemos ver. Uno de ellos incluso juega con una “hermanita

imaginaria” a la que llama Catalina, nombre que no existe en su entorno familiar o escolar.

Aún es pronto para saber si los más pequeños heredarán los dones de Amalia. Lo cierto es que algo permanece en nosotros, una huella bajo la piel, una herencia que va más allá de los genes.

Estoy convencida de que todos los descendientes de Amalia poseemos capacidades espirituales que están latentes en nuestro ser. Posiblemente, algunos las desarrollarán y otros, quizás las reprimirán. Tal vez, como los genes recesivos, solo necesitan oportunidad, — y condiciones —, para revelarse.

Solo el tiempo nos permitirá saber si esa herencia invisible se manifestará de nuevo, con fuerza, en los sucesores de las generaciones futuras.

PARTE II:
FUERZA. Herencia ancestral



15. Nuestro origen

El pasado no está inerte, las fuerzas dinámicas de su existencia marcarán el rumbo de nuestro futuro.

Dr. Hernán Salinas Cantú (1966:11)

El hoy es el único tiempo que realmente nos pertenece; sin embargo, cada uno de nosotros mantiene un lazo profundo con el pasado y una constante proyección hacia el futuro. La historia de nuestros antepasados merece pleno reconocimiento, tanto por la herencia genética, humana y social que nos transmitieron, como por las acciones, esfuerzos y batallas individuales que emprendieron para dar continuidad al ciclo de la vida. Su legado vive en nosotros: se manifiesta en características biológicas, rasgos de personalidad, aptitudes y en la forma en que nos relacionamos con los demás.

Los que compartimos este presente relativo somos un eslabón más en la vasta cadena humana que inició con nuestras raíces y que continuará con aquellos que nos sobrevivan o lleguen al mundo tras nuestra partida. Les donaremos parte de lo que hoy nos define, y ellos, a su vez, enriquecerán esa herencia con sus propias vivencias y contextos, para luego heredarlo a sus propios descendientes.

Las líneas de texto en esta segunda parte de la obra expresan gratitud y reconocimiento para los ancestros que hicieron posible la existencia de la familia Rodríguez Arizpe.

Al investigar las raíces de cualquier línea familiar —propia o ajena— deben enfrentarse limitaciones como lo remoto del tiempo y la escasez de evidencias físicas. Si bien, la

humanidad ha existido por milenios, antes de poder establecer registros poblacionales debió atender necesidades básicas como la supervivencia, la movilidad y el abrigo.

Con el tiempo, los distintos grupos humanos desarrollaron algún sistema de registro, no idénticos ni de manera simultánea, pues en cada caso, el avance estuvo condicionado por el nivel de desarrollo de la cultura respectiva.

Entre los vestigios de los pueblos originarios más avanzados de América se conservan pocos registros —mayormente ideográficos— relacionados con la nobleza indígena, anteriores a la llegada de los españoles. Los primeros documentos con listados de población en el Nuevo Mundo datan de principios del siglo XVI y fueron elaborados por la Iglesia católica como parte de su labor evangelizadora.

La información más antigua localizada, con detalles específicos de nuestros ancestros, proviene de los primeros años del siglo XVIII; incluye al menos seis generaciones de antepasados. La fuente más valiosa de esta reconstrucción es el archivo digital de la organización internacional *FamilySearch*, disponible para consulta pública en línea. Sin este recurso, la investigación habría llegado solo hasta los abuelos de quien esto escribe.

En ese sitio hay numerosos documentos: actas de bautizo, confirmación, matrimonio y defunción, emitidas por parroquias católicas de distintas regiones, conforme la geografía y las normas de cada época. La información conservada varía entre iglesias, por la diversidad de formatos utilizados para el registro. Algunas páginas están ilegibles, otras no están incluidas. Los datos disponibles corresponden a periodos específicos, con huecos en la secuencia de tiempo.

También se encontraron documentos sobre algunas dispensas matrimoniales por consanguinidad, testamentos, y hasta juicios del Santo Oficio. En conjunto, los registros disponibles pertenecen al final del siglo XVII (en menor cantidad), al siglo XVIII y XIX (más numerosos), y al primer tercio del siglo XX.

El sitio *FamilySearch* también alberga actas del Registro Civil de diversas regiones del país, desde enero de 1857, el año en que se creó esta institución por ley nacional y hasta las primeras 3 o 4 décadas del siglo XX. La disponibilidad de documentos varía según la región. Estas actas civiles aportaron más datos que las eclesiásticas.

La lectura de cada documento permitió vislumbrar fragmentos de la vida de nuestros antepasados y recrear, en la imaginación, las circunstancias y desafíos que enfrentaron. Hoy puedo afirmar con certeza que en nuestras venas corre sangre mestiza: la blanca, heredada de los españoles; la llamada “sangre de bronce” de los pueblos indígenas y, posiblemente, también la de algunos otros grupos étnicos, como europeos, africanos o gitanos.

En la actualidad, la realización de estudios de ADN podría contribuir con mayor precisión a identificar la composición genética y el origen de nuestra familia, pero tal encomienda excede las metas del proyecto personal.

16. Retos de un nuevo mundo

Lo más difícil es la decisión de actuar, el resto es solo tenacidad. Amelia Earhart

Según lo aprendido en las clases elementales de historia, la hipótesis más aceptada sostiene que los primeros pobladores del continente americano llegaron desde Asia hace aproximadamente 12,000 años, cruzando a pie el estrecho de Bering, en la región de Alaska. A medida que avanzaban hacia el sur, algunos de ellos se establecieron en diversas regiones; así, aprovecharon los recursos naturales disponibles y dejaron la vida nómada. El asentamiento de las tribus permitió el desarrollo de sus respectivas culturas.

Cuando los españoles arribaron al territorio que hoy conocemos como México, a inicios del siglo XVI, encontraron una gran diversidad de pueblos originarios. Les llamaron “indios”, bajo la creencia equivocada de Cristóbal Colón de haber llegado a la India. Estos pueblos son identificados en el presente como civilizaciones prehispánicas. Entre los más destacados, en el centro y sur del país, estuvieron los mayas, aztecas, toltecas, olmecas, mixtecas y zapotecas. Estos formaron sociedades complejas, construyeron pirámides y erigieron poderosos imperios, en una zona conocida como Mesoamérica.

La situación en el norte del país fue distinta. A la región se le denominó Aridoamérica. Sus habitantes prehispánicos se dedicaron principalmente a la caza y la recolección. Se organizaron en pequeñas comunidades y no realizaron construcciones monumentales como las de Mesoamérica.

Los españoles llegaron a principios del siglo XVI (...). En 1521, con ayuda de algunos pueblos indígenas, los españoles conquistaron Mesoamérica. (...) El avance de los españoles y pueblos indígenas aliados fue más lento, pues los pueblos de Aridoamérica se resistieron con firmeza. Bastaron tres siglos para que los españoles colonizaran esa abundante región; exterminando o convirtiendo en agricultores a los pobladores. (Guzmán, Lozano y Zamora, 2020)

La incursión española en el territorio de la Nueva España no fue pacífica. Los conquistadores impusieron su dominio mediante la fuerza, sometieron a los pueblos originarios y sofocaron sus rebeliones. Lo mismo sucedió en las provincias del Nuevo Reino de León, incluidas las tierras que hoy constituyen el Estado de Nuevo León. Durante los años de la Colonia, a la región emigraron extranjeros de diversos orígenes.

Tras los primeros asentamientos a partir de 1596, los pueblos del entonces Nuevo León se conformaron por los grupos conquistadores de españoles y portugueses, pero también con sefardíes, indígenas tlaxcaltecas, mulatos o negros y los nativos. (Mendoza L, G. 2020)

En una sección de Aridoamérica se estableció el Nuevo Reino de León, que hoy abarcaría partes de Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas y el sur de Texas. Los pueblos originarios de esta región, en los primeros años del siglo XVI, eran nómadas y seminómadas, estaban organizados en grupos tribales y se dedicaban a la caza y recolección.

De los grupos étnicos de la región, conocidos genéricamente como chichimecas, y tomando como punto de referencia a la actual ciudad de Monterrey, habitaron hacia el norte hasta las márgenes del río Bravo, los alazapas; al sur, los huachichiles; al poniente, los coahuiltecos, y al oriente, hasta la costa, los borrados. Éstos se subdividían en subgrupos que los

colonizadores llamaron naciones o rancherías. (Alanís F. G, 2008: 140 – 141)

Los registros históricos mencionan una extensa lista de grupos étnicos distribuidos por todo el Nuevo Reino de León. Glafiro Alanís Flores señala que, antes de 1660, el gobernador Martín de Zavala documentó la existencia de 251 grupos étnicos en la región. (Alanís F. G., 2008, p. 141)

Algunas tribus de nativos tomaron su nombre del lugar de origen —como los Catujanes, Guachichiles, Gualaguas y Gualagüises—; otros fueron nombrados por sus pinturas corporales —como los Aculibrinados, Blancos, Bocaprietas, Borrados, Cenizos, Pelones y Pintos—. Hubo quienes llevaban nombres de animales —como los Garzas, Gavilanes, Gileños, Guajolotes y Venados—; otros reflejaban costumbres tribales —como los Comecabras, Cometunas y Mezcaleros—; y algunos más, eran designados por su lengua, como los Chichimecas, Quiniguas y Tlaxcaltecos. Varias de estas etnias se resistieron a los conquistadores, mientras que otras se aliaron con ellos para reprimir rebeliones de grupos rivales.

El Dr. Hernán Salinas señala que en las regiones de China y Bravo habitaban los comanches. (Salinas C. H., 1966: 95) Es posible, entonces, que algunos de nuestros antepasados pertenecieran a ese grupo, pero también a los grupos asentados en los terrenos que hoy ocupan los municipios de Cadereyta, China, Allende, Terán, Santiago, San Nicolás, San Pedro, Sabinas Hidalgo y Cerralvo.

Si bien no se cuenta con registros documentales de los siglos XVI o XVII que confirmen la pertenencia de nuestros antepasados a tribus indígenas, sí fue posible localizar fuentes del siglo XVIII, de cuando se inició el registro de nacimientos, matrimonios y defunciones en las iglesias de la Nueva España;

en muchos de estos documentos se nombran las castas y razas de los individuos al momento de su nacimiento.

En aquellos años, las tierras del Nuevo Reino de León eran fértiles, aptas para la agricultura y la ganadería, como lo describió el explorador novohispano don Alonso de León:

Es tierra fértil, de muchos pastos y casi siempre verdes. Danse (sic) los panes muy bien; todas semillas y géneros de árboles frutales, de muy gran sabor y gusto; muchos melones, sandías y todos géneros de semillas. Sólo falta, lo que no puedo decir sin gran lástima, hombres curiosos y trabajadores ... (De León, citado por Del Hoyo, 1972:336)

Los españoles trajeron a la región animales desconocidos para los nativos —como vacas, cerdos, caballos, asnos, mulas, cabras y aves de corral—; también cultivos como el trigo y el arroz. Así, se favoreció el desarrollo de la agricultura y la ganadería, con impulso a la siembra de caña de azúcar. Tales acciones de la época explican, de cierto modo, el por qué la gran mayoría de nuestros antepasados, de doscientos cincuenta años atrás del siglo XXI, fueron agricultores y/o ganaderos.

“... salieron a poblar una labor y un ingenio de azúcar en esta jurisdicción, donde hoy (1698) están poblados los tascaltecos (sic), que es la labor de los propios de esta villa de Cadereyta, dos hombres, el uno llamado Pereyra, y otro, Alonso Pérez, y un indio, criado suyo, mexicano; sacaron la acequia, sembraron caña y otras cosas” (Cossío citado por Hoyo, 1972:338-339). La caña de azúcar iba a ser un cultivo muy importante en el Nuevo Reino de León y el azúcar y el piloncillo elaborados en sus trapiches tenían fácil mercado en la zona minera de Zacatecas.” (Hoyo, 1972:339)

La evangelización también jugó un papel clave. A través de la imposición de la fe católica, misioneros y sacerdotes

contribuyeron a pacificar la región y establecer registros sistemáticos de la población.

Con el tiempo, el asentamiento estable, el trabajo agrícola y la ganadería propiciaron el crecimiento poblacional, la estabilidad familiar y el mestizaje. Así surgieron las castas, producto de la mezcla entre las razas que convivían durante la época de la Colonia.

En la época colonial, tres razas eran consideradas “de sangre pura”: la española, la india y la negra. De ellas, solo las dos primeras eran asociadas a la nobleza. La raza española se dividía entre peninsulares (nacidos en Europa) y criollos (hijos de españoles nacidos en América). Los nativos eran de raza india, y los africanos esclavizados conformaban la raza negra. La interacción entre estos grupos originó un sistema de castas.

En el sitio Raza en <https://www.familysearch.org/es/wiki/Raza> se destacan las castas más comunes: mulato (de 1e* y 1n), mestizo (1e y 1in) y zambo (1in y 1n). A partir de un mayor número de ascendientes, había: coyote (4e, 3in y 1n), morisco o cuarterón (3e y 1n) y alvino u ochavado (7e y 1in). Las castas menos comunes eran: Prieto (7n y 1e), Lobo (3n y 1in), Negro fino (3n y 1e), Cambuto (3e y 1n), Cambur (2n, 1in y 1e), Cimarrón (2n, 1in y 1e), Jabaro (6in, 1e y 1n), Sambahigo ó Sambaigo (7e y 1n), Tornatrás o Saltatrás (15e y 1n), Tente en el aire (25e, 1n y 1in), Pardo (2e, 1n y 1in), Nometoques (Partes de todos varios) y Tresalvo (3e y 1n).

Emilio Romero (2023) clasifica las castas así: Mestizo (español e indio), Castizo (español y mestizo), Mulato (español y negro), Morisco (español y mulato), Albino (español y morisco), Saltapatrás (Español y albino), Zambo (indio y negro), Zambo

* e: español, in: indio, n: negro.

prieto (zambo y negro), Coyote (indio y mestizo), Chino (indio y mulato), Harnizo (mestizo y castizo) y Lobo (mulato y saltapatrás).

Aunque más adelante se detalla la información, es factible mencionar aquí que entre nuestros antepasados se encontraron: españoles nacidos en América (criollos), mestizos, mulatos, coyotes y tresalvos.

17. Tierra, trabajo y religión

No puede impedirse el viento, pero hay que saber construir molinos. Proverbio holandés

De las seis generaciones de antepasados, previas a la mía, el 98% de sus integrantes nació en tierras del Nuevo Reino de León.

Según el historiador Gustavo Garza Guajardo (1986), el movimiento colonizador estuvo motivado principalmente por la búsqueda de vetas minerales. Una vez localizadas, en sus cercanías surgían asentamientos conocidos como *Real de Minas*. En los valles con grandes explanadas aptas para la agricultura y la ganadería se fundaron otro tipo de comunidades: las haciendas, propiedades rurales donde se cultivaba la tierra y se criaba ganado; los ranchos, de menor escala en producción y población; así como misiones, pueblos y estancias (Garza, G.G, 1986).

Las comunidades más significativas de los siglos XVII y XVIII, donde hubo ascendientes Rodríguez y/o Arizpe fueron:

Real de Minas

- Ciudad de León (1582), después Zerralvo. Hoy, Cerralvo.
- Hacienda de Santa Catalina (1596). Hoy, Santa Catarina.

Haciendas

- Santa Bárbara de los Nogales (1596), Después Valle de San Pedro. Hoy, Garza García.
- Valle de la Mota (1746). Hoy, General Terán.
- Hacienda del Topo de los Ayala (1624). Hoy, General Escobedo.

- San Juan Bautista de Cadereyta (1637). Hoy, Cadereyta Jiménez.
- El paso del Zacate (1745). Hoy, Dr. Coss.
- Rancho del Toro (1790). Hoy, General Bravo.
- San Felipe de Jesús de China (1791). Hoy, China.
- Hacienda de Pesquería (1646). Hoy, García.
- Hacienda de San Nicolás del Guajuco (1716). Hoy, Santiago.

Estancias

- Estancia de Pesquería Grande (1646). Hoy, García. Entre Monterrey y Saltillo.

A principios del siglo XIX, antes del inicio del movimiento de Independencia, el Nuevo Reino de León estaba dividido en alcaldías. Según las actas de nacimiento, las alcaldías donde nacieron algunos de nuestros antepasados, fueron:

- Valle de las Salinas. Hoy: Mina, Abasolo, Hidalgo, El Carmen, Salinas Victoria, Higueras, Marín, Doctor Coss y General Zuazua.
- San Pedro Boca de Leones. Hoy: Villaldama.
- Santiago de las Sabinas. Hoy: Sabinas Hidalgo y Vallecillo.
- San Gregorio de Cerralvo. Hoy: Cerralvo y Melchor Ocampo.
- San Juan de Cadereyta. Hoy: Cadereyta Jiménez y parte de Juárez.
- Santiago del Huajuco. Hoy: Santiago.
- Valle del Pilón. Hoy: Allende, Montemorelos, General Terán y Rayones.
- San Felipe de Linares. Hoy: Linares, China y General Bravo.
- Valle de Santa Catarina. Hoy: Santa Catarina.
- Valle de Pesquería Grande. Hoy: García.

Al norte y sur del Reino no se encontraron registros de

nacimientos de nuestros familiares; no los hubo en las alcaldías de Río Blanco, Labradores, Concepción, San Nicolás de los Gualeguas, San Miguel de Aguayo y Punta de Lampazos.

Del total de 126 ancestros (2 padres, 4 abuelos, 8 bisabuelos, 16 tatarabuelos, 32 trastatarabuelos y 64 pentabuelos) se omitieron 7 duplicados al hacer el siguiente resumen de lugares de nacimiento o bautismo, con la nominación actual:

54* en China y General Bravo	2 en García
15 en San Pedro	2 en Saltillo, Coahuila
11 en Cerralvo	1 en Monterrey
7 en Montemorelos	1 en Santa Catarina
6 en Cadereyta Jiménez	1 en Villaldama
4 en Santiago Tamaulipas	1 en Ciudad Mier,
4 en General Terán Tamaulipas	1 en Reynosa,
4 en Salinas Victoria	5 Sin información

Todas las abuelas, bisabuelas y tatarabuelas se dedicaron a las labores del hogar, pues ninguna de ellas recibió educación para ejercer algún oficio o carrera; en su mayoría, los esposos se dedicaron a la agricultura. El resumen de las actividades de los ancestros varones es:

- Labradores: 2 abuelos, 3 bisabuelos y 2 tatarabuelos.
- Criadores de ganado: 2 tatarabuelos.
- Artesano (Herrero): 1 bisabuelo.
- Carpintero: 1 tatarabuelo.
- Sin información: 3 tatarabuelos.

El bisabuelo paterno José Agapito Rodríguez Rodríguez aparece en actas como labrador, pero también se desempeñó

* De ese total, 9 de ellos nacieron en General Bravo, una vez fundado el municipio.

como criador de ganado. Así consta en un registro del 30 de junio de 1891 (Ver anexo V) del municipio de General Bravo, donde se menciona que residía en el rancho “Rincón del Ébano” y era propietario de: 10 machos y 45 hembras de ganado vacuno, 50 machos y 100 hembras de ganado lanar, así como 50 machos y 200 hembras de ganado de pelo.

Un dato curioso en la historia familiar es la interacción entre los ancestros de las líneas Arizpe y Rodríguez, en diferentes momentos de su vida; tal fue el caso del tatarabuelo materno Manuel Guerra Medina, quien fue trabajador en el rancho de Agapito Rodríguez.

Solamente se pudieron consultar registros eclesiásticos (bautismos, matrimonios y defunciones) de personas cristianizadas. No hay registros de quienes eludieron asistir a la Iglesia a recibir algún sacramento católico, tampoco hay evidencias documentales de matrimonios o nacimientos realizados según costumbres indígenas. Fue hasta 1857, con la creación del Registro Civil, que todos los ciudadanos, sin distinción de credo, quedaron obligados a registrar oficialmente sus actos civiles.

En los primeros años de la colonización, las grandes distancias dificultaban la visita a los templos existentes para recibir sacramentos. Aunque había más capillas en la región, construidas por los comendadores en cada misión, hacienda, estancia y pueblo, éstas tenían funciones diferentes. La única iglesia importante en el área metropolitana de Monterrey era la Catedral, fundada en 1611. Luego se fundaron: San Gregorio Magno (1633), en Cerralvo; San Juan Bautista (1650), en Cadereyta; San Mateo del Pílon (1650), en Montemorelos y San Pedro (1690), en Villaldama, Lampazos (1700), San Felipe Apóstol en Linares (1715), Santiago (1745), Salinas Victoria

(1753), General Terán (1785), Sabinas Hidalgo (1770), García (1780), Guadalupe (1793) y China (1796).



18. Linaje y particularidades familiares

Las familias somos como las ramas de un árbol: crecemos en diferentes direcciones; sin embargo, nuestras raíces permanecen como una sola.

Autor desconocido

En general, se puede afirmar que por las venas de nuestra familia corre sangre mestiza, producto del cruce de razas entre nuestros ancestros, durante la conquista. A partir de la información recuperada de los registros civiles y eclesiásticos, de los siglos XVIII y XIX, pudo elaborarse un perfil de la composición familiar, de tatarabuelos, trastatarabuelos y pentabuelos de quien esto escribe, el cual se resume a continuación.

- Tatarabuelos Rodríguez: españoles (3h* y 2m), datos desconocidos (1h y 2m).
- Tatarabuelos Arizpe: datos desconocidos (4h y 4m).
- Trastatarabuelos Rodríguez: españoles (5h y 3m), mestiza (1m), datos desconocidos (2h y 3m), no contabilizados por estar repetidos (1h y 1m).
- Trastatarabuelos Arizpe: españoles (4h y 4m), mestizos (1h y 1m), datos desconocidos (3h y 3m).
- Pentabuelos Rodríguez: españoles (8h y 8m), mulatos (1h y 1m), mestiza (1m), datos desconocidos (3h y 3m), no contabilizados por estar repetidos (4h y 3m).
- Pentabuelos Arizpe: españoles (12h y 12m), mulato (1h), mestiza (1m), coyote (1h), tresalva (1m), datos desconocidos (1h y 2m), no contabilizado por ser padre desconocido (1h).

* h = hombre; m = mujer

En total: españoles (32h y 29m), mulatos (2h y 1m), mestizos (1h y 4m), coyote (1h), tresalva (1m), desconocidos (14h y 17m), y no contabilizados (6h y 4m). La suma global es de 112 antepasados (56h y 56m). No se incluyeron los padres, abuelos y bisabuelos porque en sus registros ya no se mencionó la casta, por disposición de la autoridad, desde las primeras décadas del siglo XX.

PERFIL DE LA COMPOSICIÓN GENÉTICA DE LOS ANCESTROS DE LA FAMILIA RODRÍGUEZ ARIZPE, SEGÚN RAZAS Y CASTAS



Castas: Mestizo (Español e Indio), Mulato (Español y Negro), Coyote (Indio y Mestizo) y Tressalvo (Español y Mulato)

De modo general se puede afirmar que el 60 % de los ancestros de la familia Rodríguez Arizpe era de raza blanca.

Posiblemente, con la idea de preservar la pureza de la raza y evitar que sus hijos fueran de un linaje inferior, en los tiempos de la colonización existió un cierto tipo de endogamia entre los descendientes de españoles. En la revisión documental se detectaron matrimonios que, antes de contraer nupcias, solicitaron dispensas eclesiásticas por tener los contrayentes lazos de consanguinidad; en la historia familiar se encontraron las siguientes:

- Tatarabuelos paternos: José María de Jesús Garza Cantú (21) y Manuela Rodríguez Cantú (22).
- Pentabuelos paternos: José Matías de la Garza Falcón Cantú (87) y María Teresa Cantú de la Garza Falcón (88).
- Pentabuelo paterno: Juan José Cantú de la Garza Falcón (89) con la primera esposa María Cecilia Leal de León. Al enviudar, él se casó con María de la Santísima Trinidad Peña Salinas (90).
- Pentabuelo materno: Juan Antonio de Jesús Leal de León y González (109) al casarse con su segunda esposa María Juana Bautista Cantú de la Garza (110).

Las bodas civiles de la segunda mitad del siglo XIX y primera mitad del siglo XX se celebraban durante varios días, pero el casamiento ocurría en la noche; por ejemplo, el enlace de los bisabuelos maternos José Plácido Guerra Flores (13) y María Severina Rodríguez Gracia (14) se realizó a las tres de la mañana del nueve de marzo de 1896.

Los tiempos en que vivieron nuestros ancestros en las tierras de América fueron muy difíciles, por las condiciones del medio y las carencias de vida de los habitantes, particularmente, la

falta de atención médica. Tal vez, estas fueron las causas de los sucesos de viudez en la familia. Hubo ascendientes que enviudaron y se unieron a una nueva pareja, por unión libre o por nuevo matrimonio; así pasó con:

De la línea paterna:

- Trastatarabuelo José de Jesús Anaya de la Garza (41)[†]
- Pentabuela María Josefa Margarita de la Garza Falcón González (72)
- Pentabuelo José Matías de la Garza Falcón Cantú (87)
- Pentabuelo Juan José Cantú de la Garza Falcón (89)
- Pentabuelo José Urbano Cantú de la Garza (93)

De la línea materna:

- Abuelo Pedro Arizpe Guajardo (5)
- Tatarabuelo José Antonio de Arizpe Saldaña (23)
- Trastatarabuelo José Ángel Guajardo Guerra (51)
- Trastatarabuela María Teodora Rodríguez Benavides (52)
- Trastatarabuela María Jacinta Pérez Solís (60)
- Pentabuelo Joseph Rafael de la Concepción Saldaña Peña (97)
- Pentabuelo Juan Antonio de Jesús Leal de León y González (109, tres matrimonios)
- Pentabuelo Joseph Manuel María Flores Cameros (115)
- Pentabuelo Joseph Manuel Remigio Rodríguez García (117)
- Pentabuelo José Vital Félix Gracia Villarreal (123, tres matrimonios).

Entre nuestros ascendientes hubo dos mujeres que fueron hijas naturales, desconociéndose los datos del padre que las engendró, ambas de la línea materna: la trastatarabuela María Bernarda Medina (56) y la pentabuela María Perfecta de la Cruz

[†] Los números entre paréntesis indican el lugar del antepasado en el árbol genealógico de la familia.

Sosaya (116); esta última recibió el apellido del esposo que luego tuvo su madre.

No se encontró información sobre los padres y el lugar de nacimiento de los pentabuelos paternos: Juan José Rodríguez Montemayor (63, 67 y 79), María Xaviera de la Garza (64, 68 y 80), Juan Joaquín García (69 y 81) y María Ynés de la Garza (70 y 82). De Juan José y María Xaviera nacieron los trastatarabuelos paternos Juan José Ángel (31 y 91), José Hilario de Jesús (33 y 39) y la pentabuela materna María Felipa (112), todos de apellidos Rodríguez de la Garza. Cabe aclarar que Juan José Ángel (31 y 91) también se convirtió en nuestro hexabuelo cuando su hijo José Bernardino Rodríguez Zepeda (45) se convirtió en nuestro pentabuelo.

De Juan Joaquín y María Ynés nació María Juan Josefa García García (34 y 40) quien se casó con José Hilario de Jesús Rodríguez de la Garza (33 y 39). Ellos procrearon a: los tatarabuelos paternos María Margarita Rodríguez García (16) y José María Benigno Rodríguez García (19), y al pentabuelo materno Joseph Manuel Remigio Rodríguez García (117).

Juan José Cristóbal Cantú Guajardo y María Josefa Margarita de la Garza Falcón Quintanilla (71 y 72) son trastatarabuelos paternos; seis de sus hijos ocuparon otra categoría en el listado de ancestros: Joseph Ignacio Cantú de la Garza (35) fue pentabuelo paterno; María Gertrudis Viviana Cantú de la Garza (78), María Teresa Cantú de la Garza Falcón (88), Juan José Cantú de la Garza Falcón (89) y José Urbano Cantú de la Garza Falcón (93) fueron trastatarabuelos paternos; mientras que María Juana Bautista Cantú de la Garza (110) fue trastatarabuela materna.

Los hexabuelos paternos José Francisco Peña García y María Gregoria Salinas García tuvieron dos hijas que se convirtieron

en las pentabuelas María de la Santísima Trinidad (90) y María Bibiana (94). Sus respectivas descendientes María Felipa Cantú Peña (44) y María Catarina Cantú Peña (46) fueron trastatarabuelas nuestras; ellas llevan los mismos apellidos, pero eran primas, resultado del matrimonio de dos hermanos con dos hermanas.

Por otra parte, Amalia, el personaje central de este libro, mencionó varias veces que una de sus bisabuelas o tatarabuelas había sido gitana. Durante la investigación se trató de identificar al ancestro cuyo origen pudiera ser romaní o gitano; sin embargo, no se encontraron evidencias físicas genealógicas que lo confirmen.

Por el poco avance de la medicina, el aislamiento de las poblaciones y la carencia de servicios médicos en los pueblos, en los siglos que preceden al actual, no hubo precisión al registrar el origen de los fallecimientos. Era común anotar como causas de muerte: fiebre, dolor de costado o consecuencias del parto; otras razones mencionadas fueron: pulmonía, gripe, resfríos, cólera, diarrea y disentería. Estas últimas cuando hubo epidemias en América, en los primeros años del siglo XIX.

Al inicio del siglo XX aparece en actas de defunción el cáncer como causa de deceso. En la línea Rodríguez (paterna) con más frecuencia, hubo registros de: cáncer de pulmón, enfisema pulmonar y cáncer de hígado, cáncer en la boca y bulto en el tórax. En las muertes más recientes hubo también tumor cerebral, cáncer de estómago, úlcera en el estómago y cirrosis hepática entre los hermanos de Tomás; él mismo murió de cáncer pulmonar. En la línea Arizpe (materna) sólo se detectó un caso de cáncer de seno (Amalia) y uno de cáncer de pulmón (antepasado 29).

Con menor número de menciones se encontraron causas de: ataque cerebral, ataques de neuralgia, apoplejía cerebral, apostema (inflamación), enfermedad de vejiga, mal de orín, fístula, angina gangrenosa. También se encontraron casos de accidentes como el golpe de un toro (37), golpe de coche (23, en 1890), heridas por pelea con indios bárbaros (43), y hasta una muerte natural a los 110 años (63).

Los nombres repetidos originaron dificultades en la investigación. En aquellos años existía la costumbre entre los antepasados de hacer un tipo de “reposición de los hijos fallecidos”; con frecuencia se imponía el nombre del hijo muerto al siguiente vástago de la pareja; aunque algunos hacían diferencia al agregar al nombre principal el adjetivo ordinal de “segundo”.

La simplificación de los apellidos compuestos también alentó el rastreo de ancestros porque apellidos como “González Hidalgo” derivó a González, “De la Garza Falcón” se acortó a Garza o De la Garza, y “Rodríguez de Montemayor” se redujo a uno, el cual podía ser Rodríguez o Montemayor.

Los enlaces frecuentes entre los integrantes de las familias locales causaron repetición en las combinaciones de apellidos como Arizpe – Rodríguez, Rodríguez – Garza y Rodríguez – Rodríguez; lo mismo ocurrió con los nombres; por ejemplo: Tomás Rodríguez (Hermano de Severina), Tomás Rodríguez hijo de Juan (29) y Tomás Rodríguez (1).

Se observó que la gran mayoría de los antepasados Arizpe y Rodríguez se quedaron a vivir en Nuevo León, aunque algunos emigraron a Coahuila, Tamaulipas y Texas (EUA).



19. Árboles genealógicos[‡]

Tengo presente a mis antepasados quienes me ofrecieron sus hombros para que mis pies comenzaran su trayecto y cuido que mi par de piernas sean fuertes para que se apoyen en ellas los pasos de quienes de mí nacieron.
Jorge Luis Borges

NÚMERO 1

PADRES ABUELOS BISABUELOS TATARABUELOS

1. Tomás Rodríguez Rodríguez (1921/1985)
 3. Alberto Rodríguez Cantú (1890/1944)
 7. José Agapito Rodríguez Rodríguez (1843/1906)
 15. José María Rodríguez Sepeda (1809/1889)
 16. María Margarita Rodríguez García (1819/1882)
 8. María de Jesús Cantú Villarreal (1852/1912)
 17. José Francisco Cantú Salinas (1820/1895)
 18. María Catarina Villarreal González (1822/1908)
 4. María Avelina Rodríguez Garza (1889/1979)
 9. José Agustín Rodríguez Anaya (1857/1935 e)
 19. José María Benigno Rodríguez García (1817/1875)
 20. María Dominga Anaya Suárez (1832/1899)
 10. María Ruperta Garza Rodríguez (1865/1933)
 21. José María Garza Cantú (1842 /1902)
 22. Manuela Rodríguez Cantú (1848 /1915)
2. Amalia Arizpe Guerra (1924/2001)
 5. Pedro Arizpe Guajardo (1897/1989)
 11. Felipe de Jesús Arizpe González (1848/1914)

[‡] Se enumeraron los ancestros para facilitar su localización al mencionarles en la obra.

23. José Antonio de Arizpe Saldaña
(1816/1890)
24. María Paula González de la Garza
(1823e/1870e)
12. María Teodora Guajardo Cantú (1860/1941)
25. José Ruperto de Jesús
Guajardo Rodríguez (1836/1875 e)
26. María de los Ángeles Cantú Leal
(1835/1914)
6. Julia Guerra Rodríguez (1905/1994)
13. José Plácido Guerra Flores (1873/1930e)
27. José Manuel Guerra Medina
(1851/1922)
28. María Cándida Flores Rodríguez
(1850/1912)
14. María Severina Rodríguez Gracia (1881/1937e)
29. Juan Pascasio Rodríguez Pérez
(1850e/1905)
30. María Juliana Gracia Cantú
(1854e/1901)

Los siguientes ocho esquemas complementan al anterior; al unirlos se genera el árbol genealógico de la familia Rodríguez Arizpe, con siete generaciones. La línea paterna es desglosada en los esquemas 2, 3, 4 y 5; la materna, en los cuadros 6, 7, 8 y 9.

NÚMERO 2

TATARABUELOS TRASTATARABUELOS PENTABUELOS HEXABUELOS

15. José María Rodríguez Sepeda (1809 /1889)
31. Juan José Ángel Rodríguez (de Montemayor) de la
Garza (1775 /1825e)
63. Juan José
Rodríguez de Montemayor (1751e /1839)
127. No localizado
128. No localizado

64. María Xaviera de la Garza (1751e /1829)
 129. No localizado
 130. No localizado
32. María Trinidad Guillerma Zepeda Arizpe (1782e /1855)
 65. José Miguel de Zepeda (1757e /1785e)
 131. No localizado
 132. No localizado
66. María Josefa de Arizpe de la Garza (1762e /1790e)
 133. Santiago de Arizpe de los Santos Coy
 134. María Ana Leonor de la Garza Treviño
16. María Margarita Rodríguez García (1819 /1882)
 33. José Hilario de Jesús Rodríguez (de Montemayor) de la Garza (1778 /1821)
 67. Juan José Rodríguez de Montemayor (1751e /1839)
 135. No localizado
 136. No localizado
68. María Xaviera de la Garza (1751e /1829)
 137. No localizado
 138. No localizado
34. María Juana Josefa García García (1781e /1835e)
 69. Juan Joaquín García (1755e /1810e)
 139. No localizado
 140. No localizado
70. María Ynés García (1760e /1818e)
 141. No localizado
 142. No localizado

NÚMERO 3

TATARABUELOS TRASTATARABUELOS PENTABUELOS HEXABUELOS

17. José Francisco Cantú Salinas (1820 /1895)

35. Joseph Ignacio Cantú de la Garza (1777 /1831e)

71. Juan José Cristóbal Cantú Guajardo
(1739 /1788e)

143. Nicolás Xavier Cantú González

144. María Thereza Guajardo

Gutiérrez

72. María Josefa Margarita de la Garza

Falcón González de Quintanilla (1747
/1821)

145. Joseph Elías de la Garza Falcón
Guerra

146. María Antonia González de
Quintanilla García

36. María Paula Salinas González (1784 /1826)

73. José Miguel Salinas Canales (1742e
/1811)

147. José Nicolás Salinas y Morones

148. María Micaela Canales

Benavides

74. María Josefa Bibiana González García

(1750e /1794)

149. Nicolás Antonio

González Treviño

150. Ana Josefa García Guajardo

18. María Catarina Villarreal González (1822 /1908)

37. José Vicente Villarreal Guerra (1787 /1855)

75. Joseph Andrés de Villa Real Villarreal
(1744 /1825)

151. Joseph Francisco Xavier de Villa
Real Cortinas

152. María Luisa Margarita de Villarreal Suárez
76. María de Jesús Guerra Martínez (1748e /1795e)
153. Ignacio Guerra Cañamar Buentello
154. María Josepha Martínez Treviño
38. María Luisa González Cantú (1792 /1855)
77. José Vicente Estanislao González Hidalgo Gracia (1769 /1820e)
155. Thorivio González-Hidalgo García de León
156. María Josefa de Gracia y Torres Garrido
78. María Gertrudis Viviana Cantú de la Garza (1770e /1818e)
157. (71). Juan Joseph Cristóbal Cantú Guajardo
158. (72). María Josefa Margarita de la Garza Falcón González de Quintanilla

NÚMERO 4

TATARABUELOS TRASTATARABUELOS PENTABUELOS HEXABUELOS

19. José María Benigno Rodríguez García (1817 /1875)
39. José Hilario de Jesús Rodríguez (de Montemayor) de la Garza (1778 /1821)
79. Juan José Rodríguez de Montemayor (1751e /1839)
159. No localizado
160. No localizado
80. María Xaviera de la Garza (1751e /1829)
161. No localizado

162. No localizado
40. María Juana Josefa García García (1781e /1835e)
81. Juan Joaquín García (1755e /1810e)
163. No localizado
164. No localizado
82. María Ynés García (1760e /1818e)
165. No localizado
166. No localizado
20. María Dominga Anaya Suárez (1832 /1899)
41. José de Jesús Anaya de la Garza (1800 /1859)
83. Joseph Antonio Simón Anaya Irigoyen (1779 /1853)
167. Andrés de Anaya de Aguirre
168. Manuela Irigoyen de Ibarra
84. María Josepha Cecilia de la Garza de la Garza (1775 /1820e)
169. Juan Antonio de la Garza Sepúlveda
170. María Josefa Antonia de la Garza
42. María Bibiana Suárez Díaz (1808 /1834e)
85. José Marcelino Suárez Meléndez (1773e /1826)
171. José Ramón Suárez Cruz
172. María Candelaria Meléndez Valle
86. María Marcelina Díaz de la Garza (1775e /1833)
173. José Francisco Díaz Hernández
174. María Catharina de la Garza Palacios

NÚMERO 5

TATARABUELOS TRASTATARABUELOS PENTABUELOS HEXABUELOS

21. José María Garza Cantú (1842 /1902)

43. José María de Jesús Garza Cantú (1800 /1842)

87. José Matías de la Garza Falcón Cantú (1779
/1835)

175. José Clemente de la Garza
Falcón González de Quintanilla

176. María Francisca Cantú

Benavides

88. María Teresa Cantú de la Garza Falcón
(1782e /1824)

177. (71). Juan José Christóbal
Cantú Guajardo

178. (72). María Josefa Margarita de
la Garza Falcón González de
Quintanilla

44. María Felipa Cantú Peña (1805 /1901)

89. Juan José Cantú de la Garza Falcón (1771e
/1823e)

179. (71). Juan José Christóbal
Cantú Guajardo

180. (72). María Josefa Margarita de
la Garza Falcón González de
Quintanilla

90. María de la Santísima Trinidad Peña Salinas
(1781 /1835e) 181. José Francisco Peña
García

182. María Gregoria Salinas García

22. Manuela Rodríguez Cantú (1848 /1915)

45. José Bernardino Rodríguez Zepeda (1817 /1855e)

91. Juan José Ángel Rodríguez (de Montemayor)
de la Garza (1775 /1825e)

183. (63, 67 y 79). Juan José
Rodríguez de Montemayor

184. (64, 68 y 80). María Xaviera de
la Garza

92. María Trinidad Guillerma Zepeda Arizpe
(1782 /1855)

185. (65). José Miguel de Zepeda

186. (66). María Josefa de Arizpe de
la Garza

46. María Catarina Cantú Peña (1815 /1854)

93. José Urbano Cantú de la Garza Falcón (1787
/1849)

187. (71). Juan José Christóbal
Cantú Guajardo

188. (72) María Josefa Margarita de
la Garza Falcón González de
Quintanilla

94. María Bibiana Peña Salinas (1786 /1825)

189. José Francisco Peña García

190. María Gregoria Salinas García

NÚMERO 6

TATARABUELOS TRASTATARABUELOS PENTABUELOS HEXABUELOS

23. José Antonio de Arizpe Saldaña (1816 /1890)

47. José Antonio Marcelo Arizpe Rodríguez (1782
/1845e)

95. José Luis de Arizpe Flores (1744 /1831e)

191. Juan José de Arizpe Santos

192. Ana María Flores Sánchez

96. Ana María de Jesús Rodríguez de
Montemayor Montes de Oca (1750 /1832)
193. Juan Francisco Rodríguez de
Montemayor Sáenz
194. María Ana Montes de Oca de la
Garza
48. María Ignacia Saldaña González (1795 /1834e)
97. Joseph Rafael de la Concepción
Saldaña Peña (1766 /1843e)
195. Joseph Manuel Saldaña Ayala
196. María Catharina Petra de Peña
Cantú
98. María Gertrudis González Hidalgo
Guerra (1770e /1805)
197. Juan José González Hidalgo
Ballesteros
198. Josefa Michaela Guerra
Gutiérrez
24. María Paula González de la Garza (1823e /1870e)
49. José Alberto González de Ochoa Villalón (1779
/1848e)
99. Nicolás González Ochoa (1749e /1820e)
199. No localizado
200. No localizado
100. María Josefa Villalón Treviño (1754
/1820e)
201. Antonio Esteban de Villalón
Martínez
202. Mathiana Loreta de Treviño
Caballero de los Olivos
50. María Guadalupe de la Garza de Alanís (1787 /1841)

101. Joseph Marcos de la Garza González de Ochoa (1757e /1800e)
 203. Joseph Lucas de la Garza de Álvarez
 204. María Ana Josefa González de Ochoa González Hidalgo
102. María Magdalena de Alanís Rodríguez (1752e /1800e)
 205. Blas Xavier de Alanís Rodríguez de Montemayor
 206. María Rita Rodríguez de Montemayor y Ruiz Ocón

NÚMERO 7

**TATARABUELOS
 HEXABUELOS**

TRASTATARABUELOS

PENTABUELOS

25. José Ruperto de Jesús Guajardo Rodríguez (1836 /1875e)
 51. José Ángel Guajardo Guerra (1802e /1841)
 103. José Ignacio Guajardo Colchado (1776 /1830)
 207. José Joaquín Guajardo González
 208. Polinaria Colchado García
104. María del Refugio Guerra Cantú (1777 /1835e)
 209. Joseph Andrés Guerra Gutiérrez
 210. Ana María Cantú Guajardo
52. María Teodora Rodríguez Benavides (1813 /1888)
 105. José Gregorio Rodríguez (de Montemayor) de la Garza (1781 /1849)

211. (63, 67 y 79). Juan José Rodríguez de Montemayor
212. (64, 68 y 80). María Xaviera de la Garza
106. Juana María Benavides Guerra (1795 /1875)
213. José Cayetano Benavides Guerra
214. María Teresa Guerra Cantú
26. María de los Ángeles Cantú Leal (1835 /1914)
53. José Ignacio Cantú Cantú (1812 /1895)
107. José María de Santa Rosa Cantú Salinas (1774 /1835e)
215. José Antonio Cantú Guajardo
216. Ana María Salinas Canales
108. María Guadalupe Nepomucena Cantú de Villarreal (1786 / 1821)
217. José Antonio Cantú Treviño
218. María Marcelina de Villarreal Cantú
54. María Teresa Segunda Leal Cantú (1812 /1892e)
109. Juan Antonio de Jesús Leal de León y González (1766 /1831)
219. José Lorenzo Leal de León Garza
220. María Teresa Josefa González Hidalgo Quintanilla
110. María Juana Bautista Cantú de la Garza (1772e /1822)
221. (71). Juan José Christóbal Cantú Guajardo
222. (72). María Josefa Margarita de la Garza Falcón González de Quintanilla

NÚMERO 8

TATARABUELOS
HEXABUELOS

TRASTATARABUELOS

PENTABUELOS

27. José Manuel Guerra Medina (1851 /1922)

55. José Luis Guerra Rodríguez (1821 /1897)

111. José Isidro Guerra Cantú (1783 /1833)

223. Joseph Andrés Guerra Cañamar
Gutiérrez

224. Ana María Cantú Guajardo

112. María Felipa Rodríguez (de
Montemayor) de la Garza (1783 /1854)

225. (63, 67 y 79). Juan José
Rodríguez de Montemayor

226. (64, 68 y 80). María Xaviera de
la Garza

56. María Bernarda Medina (1834e /1879)

113. No conocido

227. No conocido

228. No conocido

114. María Francisca Medina (1806e
/1860e)

229. No localizado

230. No localizado

28. María Cándida Flores Rodríguez (1850 /1912)

57. Alejandro Flores Cruz (1825e /1887)

115. Joseph Manuel María Flores Cameros
(1776 /1847)

Garza

231. José Luciano Flores

232. María Francisca Cameros

Santos

116. María Perfecta de la Cruz Sosaya
(1800e /1850e) la Cruz

233. José Tomás de

234. María Guadalupe Sosaya

58. María Juliana Rodríguez Rodríguez (1831 /1914)

117. Joseph Manuel Remigio Rodríguez
García (1805 /1849)

235. (39). José Hilario de Jesús
Rodríguez de la Garza

236. (40). María Juana Josefa García
García

118. María Cándida Rodríguez Villarreal
(1807 /1831)

237. Francisco Santiago Rodríguez
Ríos

238. María Cayetana Villarreal

Guerra

NÚMERO 9

TATARABUELOS TRASTATARABUELOS PENTABUELOS HEXABUELOS

29. Juan Pascasio Rodríguez Pérez (1850e /1905)

59. José Tomás Rodríguez Ramírez (1834 /1887)

119. Juan José Nepomuceno Esteban
Rodríguez González (1791 /1850e)

239. José Antonio Rodríguez

240. María Dolores González

Rosales

120. María Gertrudis Eufemia Ramírez de
Silva (1801 /1843)

241. Juan Pantaleón Ramírez
 González 242. María Catharina de Silva
 Leal
 60. María Jacinta Pérez Solís (1813 /1884)
 121. Joseph de la Trinidad Pérez Villanueva
 (1769 /1840e)
 243. Joseph Narciso Pérez Sánchez
 244. María Victoriana Villanueva
 122. María Remigia Solís Pérez (1777 /1854)

 245. Juan Joseph Solís Garza
 246. María Estefana Pérez de la
 Garza
 30. María Juliana Gracia Cantú (1854e /1901)
 61. José de Jesús Santana Gracia Salinas (1823 /1899)

 123. José Vital Félix Gracia Villarreal (1784
 /1862e)
 247. José Ignacio Gracia
 248. María Felipa Villarreal González
 124. María Francisca Javiera Salinas
 González (1798 /1836)
 249. Joseph Manuel Salinas Canales
 250. María Gertrudis González
 González
 62. María Felipa Cantú Cantú (1827e /1905)
 125. José María de Jesús Cantú y Salinas
 (1801 /1860)
 251. José Ignacio Cantú de la Garza
 252. María Paula Salinas Cantú
 126. María Brígida Cantú González (1803
 /1891)
 253. José Cayetano Cantú
 Benavides

Gracia

En resumen, por el número asignado a cada antepasado y la categoría en la que fue ubicado en los árboles genealógicos de la familia, se identifican así:

CATEGORÍA	LÍNEA PATERNA	LÍNEA MATERNA
Padres (2)	1	2
Abuelos (4)	3 y 4	5 y 6
Bisabuelos (8)	7, 8, 9 y 10	11, 12, 13 y 14
Tatarabuelos (16)	15 al 22	23 al 30
Trastatarabuelos (32)	31 al 46	47 al 62
Pentabuelos (64)	63 al 94	95 al 126
Hexabuelos (128)	127 al 190	191 al 254

Desde mis abuelos hasta mis sobrinos nietos, nuestro árbol genealógico puede verse así:



Elaboración propia de acomodo de nombres. Imagen de árbol diseñado con IA. Chat GPT.

20. Apellidos de los ancestros

Cada nuevo comienzo viene del final de algún otro comienzo. Séneca

Los apellidos de la familia formada por Tomás y Amalia son Rodríguez y Arizpe. Aunque ambos pueden encontrarse en distintas regiones del mundo, su mayor frecuencia se da en países de habla hispana.

El apellido Rodríguez es un patronímico derivado del nombre propio Rodrigo. Su origen se remonta al Reino de Castilla, en España, aproximadamente desde la Edad Media. En ese contexto, el uso del apellido implicaba que la persona era “hijo de Rodrigo”.

El apellido Arizpe (también escrito Arispe) tiene origen vasco. Etimológicamente proviene de los vocablos aritz (o hartiz), que significa “roble”, y pe (o behe), que significa “bajo”. Por lo tanto, Arizpe se traduce como “bajo el roble” (Rodríguez, 2011:53). En este sentido, se ha establecido una analogía entre las cualidades de este árbol y el carácter de quienes portaban el apellido, especialmente entre los antiguos habitantes de las provincias vascas:

El árbol del Roble es de “porte majestuoso, tronco grueso y ramas persistentes y tortuosas que suelen alcanzar hasta 40 metros de altura; de madera muy fuerte, hermosa y compacta, atributos que de igual manera es posible aplicarlos al temperamento de los miembros de este grupo étnico, caracterizado por su fuerza, tenacidad, altura y resistencia.” (Rodríguez, 2011:56)

Durante la investigación genealógica se lograron identificar 71 apellidos, incluidos los de los hexabuelos. Algunos han

cambiado con el tiempo; por ejemplo, los apellidos compuestos como Garza Falcón, González de Ochoa, González de Quintanilla, González Hidalgo, Guerra Cañamar, Leal de León y Rodríguez de Montemayor, derivaron en uno solo, generalmente el primer componente. También fue común suprimir partículas como “de la”, y en algunos casos hubo alteraciones por errores de registro, como el cambio del apellido Gracia por García.

El apellido Arizpe solo aparece en la línea materna, mientras que Rodríguez se encuentra en ambas ramas familiares.

El perfil de los 256 apellidos, desde hexabuelos a padres, con 128 en cada línea, es:

- De línea paterna, con una sola frecuencia: Aguirre, Anaya, Buentello, Cortinas, Días, García de León, Garrido, Gracia y Torres, Hernández, Ibarra, Irigoyen, Meléndez, Morones, Palacios, Santos Coy, Sepúlveda y Valle. Con dos frecuencias: Suárez y Zepeda (o Sepeda).
- De línea materna, con una sola aparición: Alanís, Álvarez, Ayala, Ballesteros, Caballero de los Olivos, Cameros, Colchado, González Ochoa, Leal, Leal de León, Medina, Montes de Oca, Ochoa, Quintanilla, Ramírez, Ríos, Rosales, Ruiz Ocón, Sáenz, Saldaña, Silva, Solís, Sozaya, Villalón y Villanueva. Con dos apariciones: Flores, Gracia, Pérez, Sánchez y Santos. Con tres frecuencias: Rodríguez.
- En ambas líneas de ascendientes, con mayor frecuencia, los apellidos: Arizpe (2, 1)[§], Benavides (2, 2), Canales (1, 2), Cantú (6, 11), Cruz / de la (1, 1), García (10, 3), Garza/De la Garza (9, 10), Garza Falcón (6, 1), González (2, 8), González de Quintanilla (6, 1), González Hidalgo (1, 3), Guajardo (6, 5), Guerra Cañamar (1, 1), Guerra (1, 5), Gutiérrez (1, 3),

[§] El primer número de los paréntesis corresponde a la línea paterna; el segundo número indica la línea materna.

Martínez (1, 1), Peña (2, 1), Rodríguez de Montemayor (4, 5), Salinas (3, 3), Treviño (3, 2) y Villarreal (2, 3).

Los apellidos que lograron ser identificados fueron 91 de la línea paterna y 110 de la materna, que hacen un total de 201. Además, se contabilizaron como apellidos desconocidos, 37 de la línea paterna y 18 de la materna, 55 en total.

Los apellidos desconocidos de hexabuelos paternos fueron: tres de los ancestros 63, 64, 65, 67, 68, 69, 70, 79, 80, 81 y 82, dos del 91 y uno del 84 y del 92. Son apellidos desconocidos de hexabuelos maternos: uno de los antepasados 119, 121 y 123, dos de los ancestros 99, 105, 112 y 116, tres del 114 y cuatro del 113.

Aunque los apellidos diferentes encontrados fueron 71, al reducir los apellidos compuestos al primero de ellos, quedaron 63.

Los apellidos más repetidos, ya reduciendo los apellidos compuestos, fueron:

Garza, 26 Cantú, 17 Rodríguez, 12 Otros con menor frecuencia, 99

González, 22 García, 14 Guajardo, 11

Desconocidos, 55

Entre los bisabuelos el apellido que más se repite es el de Rodríguez, con 5 frecuencias; luego hay 2 de apellido Cantú; los demás, con una sola mención, son: Anaya, Arizpe, Flores, Garza, González, Gracia, Guajardo, Guerra y Villarreal.

Algunos obstáculos para contabilizar los apellidos de los ancestros, fueron:

- La costumbre de bautizar a un recién nacido con el mismo nombre de un hijo fallecido con anterioridad (A veces se agregaba la palabra “segundo” al nombre impuesto).
- La intención de las familias de homenajear a sus propios padres y abuelos, al imponer su nombre a los nuevos descendientes.
- La preferencia de ciertos nombres propios en las distintas comunidades, por ejemplo: José y María, Juan(a), Porfirio(a), Teodoro(a), Ruperto(a), Tomás, entre otros.



21. ¿Somos descendientes de Don Diego de Montemayor?

Siempre que hay un reto, también hay una oportunidad para afrontarlo, para demostrar y desarrollar nuestra voluntad y determinación.

Dalai Lama

El apellido compuesto Rodríguez de Montemayor perteneció a algunos de nuestros ancestros. Sus descendientes, aunque herederos legítimos de dicho apellido, por razones legales, debieron simplificarlo a uno de los componentes. En esta familia, prevaleció el apellido Rodríguez.

Don Diego de Montemayor y Alberto del Canto, junto con Luis Carvajal y de la Cueva, fueron personajes importantes en la fundación de lo que llegaría a ser la ciudad de Monterrey. Al segundo de ellos también se le atribuye la fundación de Saltillo y se le considera el primero en nombrar al Cerro de la Silla.

Alberto del Canto y Díaz de Vieira (1547–1611) nació en una de las islas Azores, Portugal. A los quince años llegó a la Nueva España como explorador; participó en la colonización de varias regiones, incluyendo Zacatecas, la Villa de Santiago de Saltillo y las minas de San Gregorio (actual Cerralvo), donde llegó a ocupar el cargo de alcalde. En 1577 fundó la ciudad de Saltillo y, ese mismo año, un asentamiento al que llamó Villa de Santa Lucía, considerado por algunos como la primera fundación de Monterrey.

Del Canto fue descrito como un hombre gallardo, audaz, combativo, seguro de sí mismo, de tez blanca y cabello rubio; un líder natural, dotado de carisma, y por ello, frecuentemente

admirado —y asediado— por las mujeres en los lugares que visitaba.

Según diversas fuentes, en 1581, Del Canto sostuvo una relación amorosa con Juana Porcayo de la Cerda, tercera esposa de Don Diego de Montemayor. Al enterarse de la infidelidad, Montemayor —en un acto de furia— dio muerte a su esposa, y juró no cortarse la barba ni el cabello hasta vengar su honra acabando con la vida de Del Canto.

Ambos hombres se enfrentaron en varias ocasiones, pero Luis Carvajal y de la Cueva, entonces gobernador del Nuevo Reino de León, buscó pacificar la situación. Para ello, promovió una reconciliación forzada: en 1587, obligó a Alberto a casarse con Estefanía, hija de Juana Porcayo y Diego de Montemayor. De esa unión nacieron tres hijos: Miguel (1587), Diego (1589) y Elvira (1593).

Años después, Estefanía declaró ante las autoridades que su esposo había tenido una relación con su madre, lo cual motivó al fraile Pablo de Góngora a presentar una acusación formal ante la Inquisición en 1593. Como resultado, el Santo Oficio dictaminó que a los hijos de Alberto del Canto les fuera retirado su apellido paterno, quedando registrados únicamente con el apellido de Montemayor.

El hijo mayor, Miguel (del Canto) de Montemayor (1587–1643), contrajo matrimonio con Mónica Rodríguez Treviño (1592–1681), hija del judío portugués Diego Rodríguez Sosa, considerado uno de los fundadores de la ciudad de Saltillo, Coahuila. Por tradición de la época, los hijos de Miguel y Mónica adoptaron primero el apellido materno y luego el paterno, conformando así el apellido compuesto Rodríguez de Montemayor. Por generaciones (G), el resumen es:

1a.G: Diego de Hernández – Montemayor se casa, en terceras nupcias, con Juana Porcallo y de la Cerda.

2a.G: Su hija Estefana de Montemayor y Porcallo (1573 – 1660) se casa con el Capitán Alberto del Canto (1547 – 1611), en segundas nupcias de él, en ciudad de México en 1585.

3a.G: Estefana y Alberto tuvieron al menos cuatro hijos: Miguel, Elvira, Diego y María. Miguel del Canto - Montemayor (1586 – 1643) se casa con Mónica Rodríguez Treviño (1592 – 1681) en la ciudad de México, en 1624. A partir de los hijos de esta pareja se usa el apellido compuesto Rodríguez de Montemayor. Ellos procrearon, al menos, once hijos.

Los Rodríguez de Montemayor fueron tomando posesión de tierras de Villa de Santiago, Monterrey, San Pedro, Salinas Victoria y China, de Nuevo León y de Saltillo, Coahuila.

Dos de los hijos de Miguel de Montemayor y Mónica Rodríguez tuvieron descendientes que aparecen en el árbol genealógico de la familia Rodríguez Arizpe; se trata de Diego e Inez Rodríguez de Montemayor.

El Capitán Diego Rodríguez de Montemayor (1623 – 1676), de la cuarta generación, fundó la Villa de Santiago, N. L., antes Huajuco (o Guajuco). Se casó, en segundas nupcias, con María Inés Isabel de la Garza González- Hidalgo (1623 – 1690), quien era nieta del Capitán Marcos Alonso de la Garza y del Arcón e hija de Blas de la Garza Treviño y Beatriz González-Hidalgo Navarro. Doña Inez Rodríguez de Montemayor (1645 – 1712) contrajo matrimonio con Diego de Ayala y Ovalle (1643 – 1680e) en 1665 en Monterrey, N. L. Las cadenas genealógicas de estos ancestros familiares se muestran a continuación:

4a.G: Diego Rodríguez de Montemayor casado con María Inés de la Garza González – Hidalgo.

5a.G: Tres de los doce hijos de Diego e Inés fueron:

- Capitán Juan Rodríguez de Montemayor de la Garza (1667-1720), quien se casó en segundas nupcias con Agustina Sáenz Saldívar (1681-1719) en Mty, N. L. en 1695.
- Margarita Rodríguez de Montemayor de la Garza (1652-1742), quien se unió en segundas nupcias al Sargento Mayor Lucas Caballero de los Olivos (1625-1690) en Mty, N. L. el 30/09/1670.
- Joseph Rodríguez de Montemayor de la Garza (1661-1720), quien desposó a María Antonia Martínez Guajardo de la Garza (1673-1707) el 03/02/1688-89 en Mty, N. L.

6a.G: Tres nietos de Diego e Inés, un hijo de cada pareja anterior, fueron:

- Juan Francisco Rodríguez de Montemayor Sáenz (1716-1762e), quien se casó con Matiana Montes de Oca de la Garza (1723-1770e) en Mty, N. L., el 16/10/1741.
- Juana Caballero de los Olivos Rodríguez de Montemayor (1683-1745e), unida por matrimonio a Joseph Macario Treviño Rentería (1685-1759) en Mty, N. L. el 17/03/1710.
- Joseph Rodríguez de Montemayor Martínez Guajardo (1693-1767), quien contrajo nupcias con María Saragoza Ruiz de Ocón (1698-1749). Luego, él volvió a casarse.

7a. G: Tres bisnietos de Diego y María Inés, respectivamente hijos de cada una de las tres parejas anteriores fueron:

- Ana María de Jesús Rodríguez de Montemayor Montes de Oca (1750-1832) celebró matrimonio con José Luis de Arizpe Flores (1744-1831e) en 1776 aproximadamente, en Saltillo, Coahuila. ***Ella es la antepasada 96.***
- María Matiana Loreta Treviño Caballero de los Olivos (1714-1755e) se casó con Antonio Esteban de Villalón (1702-1757) el 09/02/1738 en Monterrey, N. L.

- María Rita Rodríguez de Montemayor Ruiz de Ocón (1730-1769) fue desposada por Blas Javier Alanís Rodríguez, (1720-1796) el 30/11/1748 en Santiago, N. L.

8a.G: Dos tataranietos de Diego y María Inés, respectivamente hijos de cada una de las dos últimas parejas mencionadas previamente fueron:

- María Josefa de Villalón Treviño (1754 – 1820e) se casó con Nicolás González Ochoa en 1771 aproximadamente, en Santiago, N. L. ***Ella es la antepasada 100.***
- María Magdalena Alaniz Rodríguez (1752 – 1800e) se unió en matrimonio a José Marcos de la Garza el 10/09/1777 en Santiago, N. L. ***Ella es la antepasada 102.***

En la línea sucesoria de Inez Rodríguez de Montemayor, hija de Miguel de Montemayor y Mónica Rodríguez se encontró otro ancestro en común:

4a.G: Inez Rodríguez de Montemayor (1643-1712) se casó con Diego de Ayala y Ovalle (1643-) en 1665 en Monterrey, N. L.

5a.G: Diego de Ayala, El Mozo (1667-1715), hijo de Inéz y Diego de Ayala, contrajo matrimonio con Nicolasa García de Ávila Cavazos (1664 –).

6a.G: Ana Josefa de Ayala de Ávila (1704-1742), hija de Diego de Ayala y Nicolasa, se casó con José Antonio Francisco Saldaña (1696-1740) el 10/11/1721 en Monterrey, N. L.

7a.G: José Manuel Saldaña Ayala (1725-1785e), hijo de Ana Josefa y José Antonio, se unió a María Catarina Petra de la Peña Cantú (1740-1780e) en matrimonio, el 29/10/1755 en Monterrey, N. L.

8a.G: José Rafael de la Concepción Saldaña de la Peña (1766-1843e), hijo de José Manuel y María Catarina, se casó con María Gertrudis González Hidalgo Guerra, el 08/02/1790 en Monterrey, Nuevo León. ***José Rafael es el antepasado 97.***

Los cuatro ancestros (96, 97, 100 y 102) son pentabuelos de la autora, por línea materna, lo cual resulta curioso porque el apellido Rodríguez llegó a ella por línea paterna.

No se descarta la posibilidad de que también haya descendientes de Don Diego de Montemayor (1530 - 1611) en la línea paterna de la familia Rodríguez Arizpe, sólo que no pudo establecerse con certeza la relación directa entre el fundador de Monterrey y los antepasados Juan José Rodríguez de Montemayor (--- - 1839) y su esposa María Xaviera de la Garza (1751e - 1829), antepasados 63 y 64. Él lleva el apellido compuesto de los sucesores de Don Diego y, ella, también sería descendiente si se tratara de María Javiera Romana de la Garza Sánchez.

Resultó imposible localizar datos del matrimonio para identificar a sus progenitores. Tampoco se pudo determinar dónde nacieron ni se encontró su acta de matrimonio, aunque sí se ubicaron las actas de bautizo de sus hijos, en la Catedral de Monterrey.

Solamente se pudo validar que la pareja fue originaria del Valle de San Pedro (hoy San Pedro, Garza, García, N. L.); ahí tuvieron, al menos, 10 hijos, a quienes bautizaron en la Catedral de Monterrey. Al parecer, a principios de 1800 se fueron a vivir al Rancho del Toro, en China. El matrimonio de Juan José y Xaviera destaca en el árbol genealógico familiar porque varios de sus vástagos inmediatos están entre nuestros ancestros.

Para tratar de obtener más datos válidos se analizó lo siguiente:

El acta de defunción de Juan José, en China en 1839, dice que murió de muerte natural, a los 110 años. Si este dato es cierto,

entonces él debió nacer en 1729; pero si hubo error, y se toma en cuenta que bautizó a su primer hijo con Xaviera en 1771 aproximadamente a sus 20 años, entonces su nacimiento fue en 1750.

El seguimiento del nombre, con posible nacimiento entre 1729 y 1751, condujo a identificar cuatro homónimos de la persona, todos ellos descendientes de Diego de Montemayor. Ellos fueron:

- Juan José Rodríguez de Montemayor (1731 – 1792e), hijo de Joseph Rodríguez de Montemayor Guajardo y María Saragoza Ruiz de Ocón, nacido en el valle de Santiago del Guajuco, casado primero con María Luisa de Alanís Rodríguez de Ayala (1734 - 1755) en 1751, y luego con Ana Francisca González de Paredes (1738 – 1794e) en Salinas Victoria, en 1757. Esta persona no es el ancestro 63 porque habitó fuera del Valle de San Pedro y procreó hijos al mismo tiempo que Juan José y María Xaviera.
- Juan José Antonio Rodríguez de Montemayor (1730 – 1795e), hijo de Marcos Rodríguez de Montemayor y Manuela de Leza Guzmán, de Saltillo, Coahuila. Se casó con Ana María Micaela Galindo Ramos (1733 – 1792e), en 1753 en Saltillo, Coahuila y continuó viviendo en aquel lugar, donde bautizó y casó hijos hasta la última década del siglo XVIII. Se descarta a este personaje porque vivió fuera de San Pedro; también a su hijo Juan José porque nació en 1776 y no pudo ser padre en 1771.
- Juan José Rodríguez de Montemayor, (1743 - sd), bisnieto de Miguel (*del Canto*) de Montemayor, hijo de Juan Diego Rodríguez de Montemayor (1717 – 1746) y María Javiera Rodríguez de Montemayor (1721 – 1780), casados el 16 de noviembre de 1738 en Monterrey, N. L. Sus hermanos

nacieron de 1738 a 1746. Este personaje puede ser el ancestro 63, aunque no puede asegurarse.

Respecto a la antepasada 64, María Javiera de la Garza, es posible que ella también sea descendiente de Alberto del Canto y Estefanía de Montemayor, pero sólo si se comprueba que se trató de María Xaviera Romana de la Garza Sánchez (1750 - sd), casada en primeras nupcias con Joseph Joaquín Rodríguez Montes, y según su propia genealogía, que enseguida se expone:

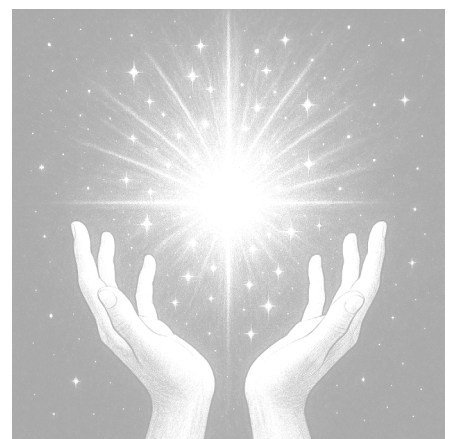
- 1a. G: Diego de Hernández- Montemayor casado con Juana Porcallo y de la Cerda.
- 2a. G: Su hija Estefana de Montemayor y Porcallo (1573 – 1660), se casa con el Capitán Alberto del Canto (1547 – 1611) en segundas nupcias de él, en la ciudad de México en 1585.
- 3a. G: Su hijo Miguel del Canto - Montemayor (1586 – 1643) se casa con Mónica Rodríguez Treviño (1592 – 1681) en Cd. De México, en 1624.
- 4a. G: Su hija María Margarita Rodríguez de Montemayor (1626 – 1680) se casa con el Sargento Mayor Juan de la Garza Falcón González Hidalgo (1620 – 1673) aproximadamente en 1640 en la ciudad de México.
- 5a. G: Su hijo Capitán Blas de la Garza Montemayor (1670 – 1719) se casa con Margarita López Prieto y Ayala (1664 - 1700) el 13 de enero de 1682 en Salinas Victoria, N. L.
- 6a. G: Su hija María Ramona de la Garza López Prieto (1700 – 1739e) se casa con Melchor de los Santos Sánchez de la Barrera (1688 – 1749) en Monterrey, N. L. el 04 de mayo de 1718.

7a. G: Su hija María Gertrudis Sánchez de la Barrera (1731 – 1775e) se casa con Joseph Antonio de la Garza Flores de Valdez (1727 - 1795) en Monterrey, N. L., el 13 de septiembre de 1749.

8a. G: Su hija ***María Javiera Romana de la Garza Sánchez (1750 - sd) puede ser el ancestro 64.***

A partir de la información anterior puede afirmarse que la familia Rodríguez Arizpe, formada por Tomás y Amalia, desciende de Don Diego de Montemayor, porque cuatro de sus descendientes se convirtieron en ancestros de Amalia; sin embargo, la cuenta puede aumentar, al agregar a la línea paterna los casos de Juan José Rodríguez de Montemayor y de María Xaviera de la Garza, solo si se comprueba que también estos descienden del fundador de Monterrey.

PARTE III:
MAGIA. Posibilidad real



22. Dulce María



Elaboración propia con IA. Chat GPT.

A mediados del siglo XIX, en tierras de la municipalidad de China, Nuevo León, a escasos cien metros de una ribera del Río San Juan, nació la hija de un humilde matrimonio. Desde su concepción, las fuerzas del Universo depositaron en ella la herencia ancestral de dos culturas: la europea y la indígena.

Los amorosos padres decidieron llamar a su primogénita Dulce María, por dos motivos: la ternura reflejada en el rostro de la recién nacida y el sincero deseo de encomendar su protección a la Santísima Virgen María, a quien, como fervientes católicos, veneraban.

La piel de la niña, de ascendencia mestiza, confirmaba la mezcla de razas entre sus antepasados. Por sus venas corría sangre de blancos y de indígenas. Su tez, morena clara y aperlada, contrastaba con su luminoso cabello castaño. Tenía rasgos delicados y finos, pero su cuerpo denotaba fuerza, particularmente en los brazos y las piernas.

Al mes de nacida, Dulce María fue bautizada en una ceremonia privada en la casa parroquial, por el cura del pueblo. Sus padrinos fueron sus abuelos paternos; ellos la sostuvieron en brazos mientras el sacerdote derramó el agua bendita sobre su cabecita.

Los padres de la criatura conocían los orígenes de sus respectivos linajes, pero decidieron no contárselos a su hija hasta que fuera capaz de comprender la relevancia de su abolengo. Ellos sabían que la herencia blanca provenía de españoles, portugueses y romaníes, mientras que la indígena se remontaba a comanches, apaches y navajos. Durante los primeros años de la niña, las manifestaciones de sus ancestros fueron imperceptibles, pero esto cambió al llegar la pubertad.

A los once años, su madre le explicó el proceso natural de su transformación de niña a mujer; le habló de los cambios físicos y del don de dar vida. Además, le anunció que era momento de iniciar su formación en los saberes ancestrales que gobernaban el destino de los hombres en la Tierra. La abuela paterna sería su maestra, siguiendo una antigua tradición familiar que se remontaba a tiempos inmemoriales.

Cada tarde, Dulce María y su abuela sostenían largas conversaciones. Durante meses, la anciana le habló de los dioses y espíritus protectores, de los ritos y ofrendas necesarias para obtener sus favores, y de las ofensas que debían evitarse para no provocar su ira.

Con paciencia, la abuela tardó tres años en transmitirle el conocimiento sobre las plantas: cómo identificar las hierbas curativas, distinguirlas de las venenosas, y reconocer las que debían ofrecerse en los rituales. Tras esa preparación, Dulce María comenzó a asistir a su mentora en ceremonias para

pedir lluvias, cosechas abundantes, curaciones, éxito en las cacerías y protección en las guerras.

Ya en plena adolescencia, su entrenamiento avanzó: aprendió a retirar su conciencia del mundo físico para tener visiones, y a interpretar sueños premonitorios. Después de cinco años, su abuela consideró terminada su formación y le confió la responsabilidad de actuar como mediadora entre los hombres y los espíritus.

Al conversar un día con su bisabuela Guadalupe, la madre de su instructora, Dulce María descubrió que esta anciana también conservaba sus poderes intactos a sus más de setenta años: invocaba espíritus, curaba con hierbas, realizaba diversos ceremoniales y tenía sueños proféticos. Doña Lupita le relató que esos dones provenían de cuarenta generaciones atrás, de antepasados que cruzaron a América caminando sobre las heladas aguas del norte y avanzaron hacia el sureste, agrupados en clanes familiares.

Cuando Dulce María estaba por cumplir dieciséis años, otra parte de su herencia genética despertó, de manera casual o quizás por designio del destino. Una caravana de gitanos llegó a su pueblo.

Impulsada por la curiosidad, la joven visitó su campamento y observó a un grupo de muchachas que bailaban y sin pensarlo, se unió a ellas. Los presentes quedaron maravillados por su habilidad: creyeron que era otra gitana. A partir de ese momento, Dulce María trabó amistad con las chicas.



Elaboración propia con IA. Chat GPT.

Días después las jóvenes se reunieron y platicaron sobre los romaníes. En otra ocasión, las forasteras explicaron a la lugareña el significado de las líneas en las manos y, poco a poco, le enseñaron a interpretarlas para leer el futuro.

Una tarde, las gitanas invitaron a Dulce María a conocer su carromato. Ahí admiró los coloridos ropajes y los llamativos accesorios; se sorprendió por la sencillez de sus instrumentos musicales y sintió atracción por los objetos que utilizaban en sus actos de adivinación, particularmente, por una misteriosa baraja.

Al partir la caravana, Dulce María intercambió regalos con sus amigas: les obsequió blusas bordadas a mano y recibió, a cambio, un par de arracadas doradas y el mazo de naipes que tanto le había llamado la atención. Desde esa noche, las imágenes de la baraja invadieron sus sueños, causándole insomnio.

En la búsqueda de respuestas acudió a visitar a su bisabuela Francisca —"Doña Panchita"—, una mujer centenaria conocida por su sabiduría. La anciana le confesó que ambas descendían de auténticos romaníes; le dijo también, que un

antepasado lejano había ganado en un juego, en Arabia, un mazo de naipes de origen egipcio, similar al que ella recibió de regalo. Al recorrer Europa, por siglos, los gitanos usaron esas cartas para predecir el futuro, luego, sus descendientes las trajeron a América. Doña Panchita le explicó que el don de leer los naipes había pasado de generación en generación, pero que ella podría bloquearlo, si así lo deseaba.

A sus dieciséis años, Dulce María comprendió que dos corrientes de sabiduría ancestral fluían en su sangre: la indígena y la romaní. De sus bisabuelas recibió herramientas para comprender el pasado, interpretar el presente y prever el futuro. Pero, ella ignoraba en ese momento que las dos herencias, ahora fundidas en ella, algún día se transmitirían íntegramente a una descendiente lejana: Amalia, su futura bisnieta.

23. Los ancestros indígenas de la bisabuela Guadalupe

Transcurrían los años de la primera década del siglo XIX, en los terrenos del Nuevo Reino de León, cuando nació Guadalupe, la indígena que sería la abuela del padre de Dulce María. Sus progenitores habían venido al mundo siendo esclavos del dueño de la hacienda donde vivían, pues sus abuelos formaron parte de la tribu vencida por los europeos que, escudados en encomiendas reales, tomaron posesión de tierras y personas por la fuerza.



Elaboración

propia con IA. Chat GPT.

Cuando Lupita llegó al mundo, sus padres aún servían al amo, pero ya habían sido evangelizados por los misioneros españoles y profesaban la fe católica. Fue por lo que decidieron nombrarla en honor a la Virgen de Guadalupe, aunque jamás permitieron que olvidara su estirpe indígena. A menudo le recordaban que sus tatarabuelos habían sido apaches migrantes provenientes del norte.

La madre de Guadalupe le relataba historias de sus ancestros mientras tejía su cabello en dos gruesas trenzas, siguiendo la costumbre de sus antepasados comanches. Le hablaba de los Lipanes, un subgrupo de los apaches, y de algunos ascendientes de sangre navaja. De entre ellos, destacaba uno, de linaje puramente comanche, cuya historia fascinaba a la pequeña Lupita.

Desde su infancia, Guadalupe imaginaba a sus tatarabuelos viviendo en armonía, respetando las diferencias entre apaches, comanches y navajos, y resolviendo sus disputas mediante diálogos guiados por consejos de ancianos de todas las tribus.

La bisabuela Lupita sentía especial admiración por aquel antepasado comanche, cuya valentía y visión destacaban en los relatos familiares. Según contaba la señora, la familia del joven decidió asentarse en una planicie de las tierras altas, donde la caza de bisontes era buena. Inconforme por tal resolución y anhelando encontrar lo visto en sus sueños: unas tierras cálidas, menos agrestes, de grandes prados, el muchacho tuvo la audacia de unirse a los Lipanes en su marcha hacia el sureste, iniciando la aventura la primera noche del verano, bajo una brillante luna llena.



Elaboración

propia con IA. Chat GPT.

Hoy se sabe que apaches, comanches, navajos y aztecas fueron parte de los pueblos que cruzaron el estrecho de Bering desde Asia, miles de años antes de la llegada de los europeos a América. Estas tribus migraron por Norteamérica y sobrevivieron gracias a la caza, la pesca y la recolección, algunos se establecieron en territorios propicios para la vida sedentaria, otros continuaron hacia el sur. Mientras los navajos permanecieron en Utah, los apaches y comanches se extendieron hacia el norte de la Nueva España, y los aztecas siguieron hasta el lago de Texcoco.

Guadalupe, predominantemente apache, se formó como hija de la tierra, aprendió a venerar la naturaleza en todas sus manifestaciones: plantas, animales, montañas, aguas y vientos. Los apaches de su linaje fueron pacíficos; construyeron viviendas de adobe, cultivaron maíz, habichuelas y calabazas, y vivieron de la caza de animales silvestres.

Los apaches rendían culto a espíritus en rituales dirigidos por chamanes. Pedían protección para la caza, la guerra, la curación de enfermos y los ritos de iniciación, implorando obtener buenos resultados. Apreciaban las visiones y los sueños como mensajes divinos, especialmente durante fenómenos naturales como las tormentas; elaboraban sahumerios con plantas sagradas para invocar a los espíritus.



Elaboración propia con IA. Chat GPT.

Algunos antepasados de Guadalupe fueron chamanes. De ellos aprendió a realizar rituales de protección para recién nacidos; ella invocaba los poderes de los cuatro puntos cardinales mientras colocaba amuletos en las cunas. Al inicio del parto, Lupita asistía a la mujer, ayudándole a dar a luz de rodillas, estimulaba la respiración del recién nacido, cortaba el cordón umbilical y limpiaba los cuerpos de madre e hijo.

Los apaches concertaban matrimonios mediante acuerdos familiares. Un emisario de la familia del varón solicitaba la unión llevando obsequios a la familia de la pretensa, y si ambas familias y los jóvenes consentían, se realizaba la unión. El tatarabuelo comanche de Guadalupe siguió estas tradiciones al unirse en matrimonio con la hija del chamán de los Lipanes y, con esta unión, fortaleció los lazos de sangre con la tribu que le adoptó. Algunos meses después del enlace matrimonial, la pareja y algunos familiares cercanos decidieron establecer sus hogares en terrenos de lo que posteriormente se conocería como Nueva España, antes de que los conquistadores europeos alteraran su mundo.

En los albores del siglo XVIII, los europeos tomaron por la fuerza las tierras del noreste del Nuevo Reino de León, masacraron a muchos indígenas y convirtieron al resto en

esclavos. Guadalupe nació en ese contexto de opresión y, desde pequeña, sirvió en la casa grande. De los abusos del patrón le nacieron sus tres hijos: dos hijas y un varón.

En momentos de desesperación, Lupita invocó el valor y la inteligencia de sus ancestros apaches, pues requería sobrellevar las injusticias mientras luchaba por la libertad de sus descendientes. La confianza en sí misma y su optimismo le permitieron aprender a ser paciente, a tratar con respeto a sus amos. Así, con inteligencia y temple, logró que, cuando su hija menor cumplió doce años, el patrón les concediera el documento que los declaraba libres, a ella y a sus tres vástagos.

Tras alcanzar la emancipación, Lupita dedicó su vida a transmitir los saberes ancestrales a sus hijas y nietas. Siempre orgullosa de su raza, celebraba con altivez los rasgos del linaje comanche que observaba en sus hijos: hábiles domadores y jinetes, expertos nadadores, cazadores versátiles, y mujeres diestras en el trabajo de las pieles y la manufactura de herramientas, odres, mantos y armas.

Con satisfacción profunda, Doña Guadalupe contemplaba a sus descendientes crecer como hombres y mujeres fuertes, autosuficientes, nobles y respetuosos de los valores familiares. Así, su legado, forjado en la memoria, el orgullo y la resistencia, seguiría vivo en las generaciones futuras.

24. Los ancestros blancos de la bisabuela Francisca

En un pueblo de la Nueva Galicia, en la Nueva España, en tierras que hoy pertenecen al estado de Zacatecas, a mediados del siglo XVIII, nació Francisca. Fue una niña de sangre gitana que vino al mundo cuando su tribu atravesó la región en tránsito a tierras del norte.

Al paso de los años, Francisca, conocida como Doña Panchita, fue la bisabuela de Dulce María. Ella fue quien, entre pláticas y recuerdos, relató a su bisnieta las aventuras de sus antepasados, nómadas errantes, que recorrieron Europa tras emigrar desde Asia y África.

Una tarde, Panchita le mencionó que fueron cuatro gitanos — Catalina, Antón y otra joven pareja— los que llegaron a América en el tercer viaje de Colón, en 1498. Se les conoció como "los egipcianos" porque se decía que su tribu provenía de Egipto. Ellos huían de los conflictos y las amenazas de prisión que sufría su pueblo, en el sur de Castilla. Al emigrar al continente recién descubierto buscaban en las nuevas tierras la libertad y un destino más digno para sus descendientes.



Elaboración propia con IA. Chat GPT.

Dulce María pudo imaginar las penurias sufridas por sus ancestros itinerantes: la persecución, las cárceles, el rechazo y las acusaciones injustas. Los gitanos fueron tildados de falsos profetas, hechiceros y estafadores; sufrieron discriminación y marginación, algunas veces padecieron severos castigos y, en ocasiones, intentaron exterminarlos. Panchita evitaba ahondar en ese pasado; en cambio, le gustaba reiterar los valores de la cultura romaní: la tenacidad, la capacidad de adaptación, la lealtad a su tradición oral y la unidad familiar.

En sus primeros años Francisca fue parte de una caravana que subsistió ofreciendo espectáculos: las mujeres mayores leían las manos, las jóvenes bailaban y los hombres realizaban acrobacias con animales amaestrados. No siempre fueron bien recibidos; las acusaciones y el prejuicio les perseguían. En silencio, Dulce María reflexionó sobre las condiciones de su presente, y pensó en los gitanos que ella conocía, honestos y buenos.

Dulce María preguntó un día a su bisabuela por qué se quedó en el pueblo donde ahora vivían. Ella le contó que, tras años de viaje, su tribu llegó a la Villa de Cadereyta. Ahí conoció al hijo de un carpintero español, de quien se enamoró. Una noche, antes de que la tribu emigrara al oeste, ellos huyeron hacia la Villa de China, donde se casaron y formaron un hogar. Francisca nunca volvió a saber de su familia o su tribu.



25. Amalia

La bisabuela de Amalia, en esta historia, fue Dulce María. Aquella mujer, heredera de dos grandes culturas, se casó a los veinte años con un joven mestizo, descendiente de españoles, a quien no le importaron los rumores sobre sus habilidades y rarezas. Se conocieron en el Rancho del Toro, en China, Nuevo León, y juntos formaron un matrimonio feliz, criando a diez hijos: cinco varones y cinco mujeres.

Con el paso del tiempo, uno de sus hijos sería el abuelo de Amalia. Ella nació en 1924 en lo que antes fue el Rancho del Toro, que se convirtió en el municipio de General Bravo, vecino de China, a partir de 1868.

Curiosamente, Amalia vino al mundo el 8 de septiembre, fecha en que se celebra el nacimiento de la Virgen María. Algunas personas creen ver en esta coincidencia un vínculo oculto entre la Virgen, Egipto y los gitanos, lo que añade un matiz misterioso a la historia de Amalia.

En su niñez, Amalia hizo honor a su nombre: dulce, amorosa y cariñosa. Sin embargo, hacia los ocho o nueve años, empezó a mostrar una fuerza interior notable: alegre, trabajadora, obediente, pero en cierto modo, rebelde.

Durante su adolescencia, Amalia enfermó gravemente: padecía fiebres altas, visiones y caída del cabello. En sus delirios veía flotar sobre su cama algunas figuras de las cartas de la baraja española, entre ellos, al Rey de Oros, el Caballo de Espadas, la Sota de Copas, como personajes fantasmales, que extendían sus manos hacia la adolescente, ofreciéndole un don.

En esa etapa Amalia no quería dormir, sentía temor. Al despertar, se quejaba de animales que rasguñaban su cuerpo.



Elaboración propia con IA. Chat GPT.

El médico del pueblo hablaba de locura y no ofrecía soluciones a los afligidos padres; ellos trataron de sanarla con brebajes de hierbas, barridas de cuerpo con pirul y abundantes rezos; para detener la pérdida de pelo lavaron su cabeza con agua de papa y con excremento de vaca, pero nada resolvía el problema.

Los remedios tradicionales no surtieron efecto para darle alivio, y sus padres, desesperados, recurrieron a curanderos, aunque estos tampoco lograron curarla. La enfermedad se agravó hasta el punto de no poder dejarla sola. Finalmente, agotada, Amalia aceptó verbalmente a las apariciones, y desde ese instante su salud mejoró. Su cabello volvió a crecer y su vida cambió: empezó a leer las cartas con notable precisión.

Sus padres, temerosos de los dones heredados, habían intentado ocultar la historia de Dulce María, buscando

proteger a las nuevas generaciones de la incomprensión social. Sin embargo, al ver la evidencia en Amalia, decidieron revelarle la verdad sobre su linaje.

Amalia creció fuerte, sin complejos, al amparo de su amorosa familia. Fue muy alegre y trabajadora, apoyó a sus padres al realizar los quehaceres domésticos y colaborar en la crianza de sus hermanos.

Usó sus dones para el bien, ayudaba a quien lo necesitaba, orientaba con generosidad, y combinaba su vida familiar con la diversión ocasional de su música preferida, al cantar y bailar con frecuencia.

El creador del universo, los ancestros personales de la joven Amalia o el destino la eligieron receptora de los dones de adivinación y curación que poseía; en ninguno de sus hermanos se observó algo parecido.

A los veintinueve años, en un evento social del pueblo, Amalia se reencontró con Tomás, su primer amor, al que conoció en la infancia cuando ambos estudiaban en la escuela primaria. Él era de ascendencia española, provenía de familias dedicadas a la ganadería y a la carpintería en la región de China y Bravo.

Los dos muchachos tenían años de no verse pues él vivía en la ciudad de Monterrey, a donde se mudó su familia después del fallecimiento del padre. El amor entre ellos surgió de nuevo y, sin esperar mucho, unos meses después se casaron, en 1954.

El nuevo matrimonio estableció su hogar en una modesta casa de una colonia popular, muy próxima a las instalaciones de la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey. Durante veinticuatro años, en aquel hogar lleno de alegrías y desafíos, Amalia continuó usando sus dones para ayudar a quien lo

solicitará. Junto a Tomás y sus tres hijas, enfrentó la vida con fe, fortaleza y amor incondicional, dejando una huella perdurable en todos quienes la conocieron.

Ella quedó viuda a los sesenta y un años, el día en que la familia celebraría treinta y un años de vida matrimonial. Sobrevivió dieciséis años a su esposo y alcanzó a conocer a sus seis nietos, aunque no a la siguiente generación de descendientes.



26. Los descendientes de Amalia

Después de veinticuatro años de su fallecimiento, el recuerdo de Amalia está vivo en la mente de sus tres hijas y sus seis nietos. De algún modo, el creador del Universo ha permitido que ella manifieste su presencia, de cuando en cuando, ante alguno de sus retoños, a modo de comunicación emocional y protectora.

Aunque ninguna de las tres hijas del matrimonio de Amalia y Tomás ha mostrado evidencias de poseer los dones de la madre, tal como ella los tuvo, cada una de ellas exhibe cualidades que pueden asociarse con aquellas capacidades de su progenitora.

Las descendientes inmediatas de Amalia han sido capaces de anticipar sucesos, de ventura y desventura, a través de distintos medios como premoniciones, sueños o visiones ocasionales, aunque no de modo permanente ni voluntario. Una de ellas ha visto gente fallecida que pretende comunicarse con familiares vivos; en su cuerpo ha sufrido agresiones, como rasguños y moretones, causados quizá por algunos de esos espíritus cuando se negó a establecer algún tipo de contacto. Otra de las herederas, en alguna etapa de su vida, mostró habilidades para leer el futuro en la mano de las personas. Puede afirmarse que las tres hijas han procurado bloquear sus sentidos a las señales de este tipo de manifestaciones paranormales.

En la segunda generación de los sucesores de Amalia, es decir sus nietos, – ya adultos todos –, hay quienes han mostrado tener una sensibilidad especial para percibir lo sobrenatural, aunque de formas diferentes. Alguno de los varones percibe

fenómenos y entes inmateriales, mediante sombras y movimiento de objetos, mientras que una de las mujeres recibe mensajes de personas fallecidas a través de sus sueños.

En el presente, los siete bisnietos de Amalia, durante el primer año de sus vidas, han exhibido conductas que hacen pensar que establecen comunicación con seres que los adultos no logran ver; se ríen, asustan, lloran y hasta platican con ellos. A sus tres años, uno de los niños platica con una hermanita inexistente, de su misma edad, a la que llama Catalina. ¿Será ese nombre una agradable coincidencia producto de la imaginación infantil o será posible que se trate de aquella gitana, ancestro de Amalia, que vino a América hace quinientos años?

Si bien ninguno de los nueve herederos adultos, las tres hijas y los seis nietos, ha tenido deseos de leer los naipes para predecir el futuro, es desconocido lo que pueda ocurrir con las siguientes generaciones.

Es posible que todos, varones y mujeres, transmitan a través de sus genes aquellos dones de sus antepasadas, pero quizá, sólo ocasionalmente den pruebas de la sensibilidad que poseen; sin embargo, todo parece indicar que los dones se manifiestan de manera evidente solamente en las mujeres de la familia, después de tres o cuatro generaciones. De ser cierta esta apreciación, los dones podrían explicitarse en alguna de sus bisnietas o tataranietas, aunque también cabría suponer que las condiciones y circunstancias del mundo en su tiempo de vida podrían bloquear la manifestación de los dones mencionados.

Solamente el transcurrir del tiempo podrá despejar las dudas sobre la posible activación de esa herencia genética bajo la piel, en los descendientes de Amalia.